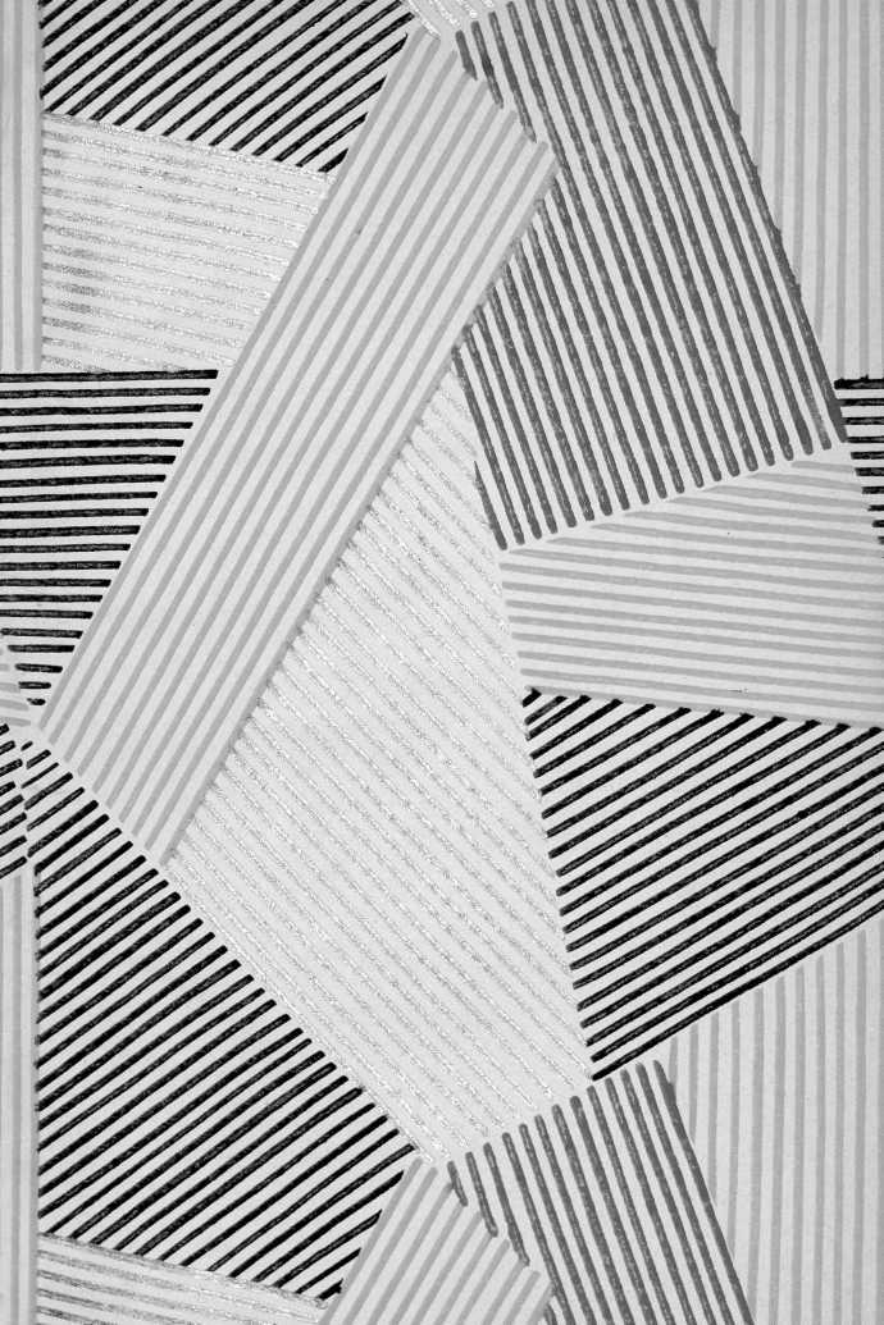




شکر الیہ مورخانی کا تعارف

THE LIBRARIAN









# LOS VICIOSOS,

POR

RICARDO BECERRO.

(CON LÁMINAS DEL MISMO AUTOR.)



ADMINISTRACION:

CAÑOS, 1, TERCERO DERECHA.

MADRID.



curioso libro de  
Ricardo Becerra de Benja,  
que no quiso firmar  
con su dos apellidos.  
Palau cita muchos libros  
de él, pero no este.

## LOS VICIOSOS,

POR

**RICARDO BECERRO.**

(CON LÁMINAS DEL MISMO AUTOR.)



LOS VIGIOSOS

LUIS  
DIEGO  
PIÑERO

MADRID



POR  
RICARDO BECERRO.

1877

---

MADRID, 1877.—IMP. DE M. MINUBSA, JUANELO, 10.



R.126405



## DEDICATORIA

A DON ANTONIO SANCHEZ PEREZ.

---

Querido compañero y leal amigo: Se acaba de sentir en medio de nuestro campo de trabajo el golpe de la tremenda vara de la justicia del señor Fiscal de imprenta, condenándonos á mes y medio de silencio. Hay que callar, pues, en la prensa política durante esta canicular cuaresma con estrambote, y dedicar ese piadoso tiempo á la penitencia y á la resignacion. Yo, que como ya sabes, y como he dicho ya en letras de molde:

«Tengo aquí en mi casa  
una calavera,  
entre varios libros  
que hay sobre mi mesa,  
y á veces de noche,  
mirándome en ella.....»

filosófo y pienso, etc..., etc., me he decidido á emprender una mision por esos mundos de Dios, pintando á mi modo la excelencia de los vicios cuando se toman como útil distraccion, y sus terribles efectos cuando se imponen como

dueños y tiranos. La soledad en que vivo, por una parte, la costumbre de prorumpir en diarias lamentaciones políticas por otra, lo malo que, según dicen va esto, y lo bueno que debe ser lo otro, según lo que se asegura; el rigor de la ley y el varapalo de la fiscalía, han determinado mi antigua vocación de predicador; y hallándome ya, como quien dice, con las manos en la masa, aunque los tiempos no están para hacer tortas, voy á dar principio á mis ejercicios mientras la suspensión pasa, y los políticos se vuelven del fresco mar Cantábrico al turbio y revuelto mar de Madrid.

Tal vez al leer algunos párrafos de estos sermones sentirás deseo de reír, como tal vez al escribirlos recuerdo que he sentido impulsos de llorar; contraste para tí muy esplicable, porque estás de sobra acostumbrado á dictar con el espíritu apenado por los profundos males de la patria, humorísticos y alegres períodos, que hacen la delicia de las gentes, y en los cuales van envueltos en agradables palabras y en graciosos giros, desgarradoras quejas y hondos dolores.

En ese estilo, aunque con el desaliño y ligereza del que á todas horas trabaja en estas aficiones, voy á bosquejar un estudio humorístico de los principales vicios, movido por el deseo de ha-

cer un libro ameno, que distraiga al lector, y que le recuerde una vez más cuánta sabiduría y cuánta prudencia hay en el corazón del hombre que sabe prevenirse contra los estragos del mal, tomándolo en pequeñas dosis, y dominándolo siempre.

Me gusta más la oratoria persuasiva que la ampulosa y deslumbradora; prefiero las ideas á las figuras: sedúceme lo útil mucho más que lo bello; creo que el hombre de bien es poeta, idealista y soñador, y que al contrario, la poesía, el idealismo y la fantasmagoría son ineficaces y estériles cuando caen sobre corazones é inteligencias torcidas. Quiero decir con esto, que procuro en todo cuanto me ocupa en la tribuna y en la prensa, siquiera sea tomando parte en ellas como último soldado, deducir del positivismo del bien, que consiste en el trabajo, en el amor y en la paz, toda la poesía de la vida; que prefiero las obras á los propósitos; que cuanto pueda redundar en beneficio de esos tres fundamentos, es superior á todo cuanto halague al esquisito paladar de las inteligencias sobresalientes, en general inútiles para realizar ese bien; y que en una sociedad sencilla, poco ilustrada y muy dada en cambio á la enseñanza vulgar y atractiva, los libros y los discursos llamados á hacer segura propaganda, han

de ser como es el pueblo, sencillos, na la académicos, vulgares y agradables.

Procuro hacerlo así, he dicho, y sé con harta pena que no lo logro.

Como misionero de día de labor, pobre oyente de los grandes panegíricos que se dedican á los días en que repican fuerte, he dispuesto hacer mi correría de verano por los campos de mis convicciones, sin salir de mi celda; y en ligeros apuntes tomar de esta predicacion lo más importante para que nuestro diligente editor lo esparza por los pueblos de su jurisdiccion literaria.

Invitarte á tí que eres todo un hombre de bien, y un consecuente político, á remover el fondo de los vicios privados y públicos, sería una obra imperdonable; titulos son los tuyos que hoy no abundan mucho en el mundo cortesano, y no á emprender tan repugante tarea, sino á pregonar de nuevo los beneficios que en el amor, en la familia, ya en los goces del vino, del tabaco y del juego se encuentran cuando se saben usar, te comprometo al poner tu nombre, muy estimado, en la primera de estas páginas.

Hay que ir pasando la vida á tragos, y puesto que España produce tan ricos vinos, tenemos la inmensa fortuna de que siendo buenos los tragos ha de ser escelente la vida. Pero se nos aguaría

toda la cosecha si permitiéramos por nuestra indolencia que los países extranjeros se pusieran delante de nosotros en produccion y en ventas; peligro seguro, que ya nos amenaza si no predicamos con todas nuestras fuerzas la necesidad de que los vinos que hemos de dedicar á la exportacion, se elaboren como algunos dignos propietarios y vinicultores empiezan á elaborarlos, y como todos, absolutamente todos los cosecheros, que quieran trabajar con provecho, deben hacerlo. Es nuestro el porvenir en vinos, si se tiene esto en cuenta. La América entera y gran parte de Europa nos esperan con las bocas abiertas. ¡Qué bueno fuera que ante ese porvenir magnífico nos dejaran á nosotros la ignorancia y los impuestos con la boca abierta!

La mujer estará, de seguro, conforme con lo que digo de ella; y aunque las mujeres renegarán al principio de mis afirmaciones, en cuanto se pongan de acuerdo consigo mismas, se conformarán tambien. Con una, nos trasformamos y vivimos hechos unos ángeles; entre muchas es imposible vivir en paz un momento.

Del tabaco, que usado prudentemente, tanto descanso y distraccion produce, que todo el daño que puede causar es el no hacer ninguno; y del juego, peligroso entretenimiento para muchos,

pasatiempo de algunos, y ruina vergonzosa de tantos y tantos, allá van largas consideraciones y advertencias agrídulces, que envuelven alguno que otro consejo digno de no ser olvidado. También se han perfilado, nada más, algunos vicios menudos que pueden ser el principio de una colección completa en este género.

Y, teniendo en casa el dibujante, le he rogado que ilustre varias cuartillas deteniendo el lápiz allá donde el asunto lo requiere. De cuatro rasgos me ha hecho otras tantas portaditatas del arte del renacimiento, que es el que más se presta á satisfacer con símbolos y adornos las exigencias de su fantasía. Yo quisiera que este pobre amigo, en el cual la afición al dibujo original y libre es un vicio ó monomanía incurable, pudiese ir cuanto antes á vivir entre vosotros, para que su horizonte y sus trabajos se ensancharan en la vida y trato del mundo; que aquí, donde vivimos, aunque el entusiasmo por el arte sea mucho, ni la soledad, ni la monotonía prestan motivos para inspirarse, ni hay quien mire y aprecie, poco ó nada, lo que se trabaja, ni deja tiempo la vida vegetal, indolente y prosáica al espíritu para que vuele, ni para que en las alturas de la ilustración y del sentimiento, goce, como en otros horizontes gozaría.



Acepta de buena voluntad este sencillo obsequio que el dibujante y el compañero te dedican; y ten entendido que para añadir un trabajillo más á la constante propaganda que en nuestra mision tenemos emprendida, van ya muy adelantadas las cuartillas y los retratos de una nueva galería de figuras de cera, de paño pardo, de uniforme, de frac y de turrón, que muy pronto han de salir á luz, recogidas en un libro titulado: LOS MAMAR-RACHOS DEL SIGLO.

El pan está caro; de cada peseta nos escamotea el Gobierno 55 céntimos; no hay, pues, más remedio que trabajar. «*In sudore vultus tui vesce-  
ris pane.*» Aquí nos coge la condena bíblica de medio á medio. En cumplimiento de ella no descansa la pluma de tu amigo y compañero.—  
VALE.

---



## AL VICIOSO LECTOR.

---

*La mayor virtud es el saber hacer  
buen uso del vicio.*

RICARDO BECERRO.

Hasta hoy, en que para distraer unos ocios del verano, doy principio á llenar estas cuartillas, tendido á la sombra, no se ha dicho, ni se ha escrito jamás, lo que acabo de apuntar al frente de mi trabajo. Necesitaba encabezarlo con un arranque filosófico, y me he decidido á ser filósofo por tres segundos, á emplearlos en consignar esa sentencia, y á olvidarme de la filosofía en el resto del libro. Confieso francamente que no sé si algun pensador antiguo ó moderno ha dicho algo semejante, y confieso tambien que al decirlo no expongo una idea aventurada y casual, sino que manifiesto una creencia. Creo además que piensan como yo todos los hombres, excepcion hecha de alguna media docena de espíritus immaculados, que sean absolutamente virtuosos; tan puros y tan extraordinarios como los santos verdaderos.

Sin la sombra, la luz no se concibe, por más

que hagamos todas las maravillas de imaginación posibles; siendo aquellas tan necesarias para que nuestros ojos vean y nos den idea del mundo exterior, como la luz misma. Sin los vicios la virtud no tiene mérito ni significación alguna; la moral no tiene relieve; el criterio de nuestra conciencia no tiene módulo á que referirse para juzgar.

Hay que ser viciosos por necesidad, no buscada, sino impuesta por nuestra misma naturaleza y por las leyes sociales. Un poco de vicio, disuelto en la rutina de nuestra existencia, da á esta todo su colorido, su múltiple variedad. Lo difícil es saber utilizar gota á gota ese poco. Esas gotas disueltas un millon de veces en los días de la vida, como los principios homeopáticos se disuelven, tienen influencia suficiente para contrarestar las penas y dolores del alma.

En este positivismo infinitesimal; en ese bienestar que buscamos en todos los momentos, libando, tocando suavemente el vicio con nuestros lábios, está representado el claro-oscuro de nuestra existencia, en la que sería imposible avanzar un paso, si al dolor, que es constante en el alma ó en el cuerpo, no se sobrepusiera el placer del vicio, que es necesario é inevitable.

Las penas acuden á descargar sus golpes á la razón; los placeres proceden de la imaginación. El vicio sirve á ésta como leal y solícito criado.

El poco de vicio que es necesario diluir en nuestras acciones, debe ser regulado por la ra-

zon, fiscal severo de las exageraciones imaginativas que piden vicio á toda costa. En semejante lucha vive el hombre constantemente: si conseguimos mantener en equilibrio ambas potencias, habremos llegado al colmo de la terrena sabiduría. Si la razon dá ancha cabida á los dolores, y se complace en ellos, y dedica á su contemplacion toda la energía del espíritu, el hombre es perdido; la tristeza y la melancolía le consumen: si la imaginacion se desborda y triunfa, y cierra los oidos del alma, y multiplica los placeres, y se embarca atrevida en el mar de los vicios, sin regla ni limite, perdido está tambien, alcanzado á la postre, por distinto camino, aquella melancolía y aquella mortal tristeza.

Pero hermanadas la razon y la imaginacion en placentera armonía, olvidando el escozor horrible de los disgustos morales con el gusto del aromático habano, ó de la suave tagarnina, con el perfume, la frescura y sabor de la copa de Jerez ó de Valdepeñas; con la incitante impaciencia con que se espera el as de oros, ó con la dulcísima mirada y juguetona sonrisa del bien amado, el alma se fortifica, descansa al amparo del momentáneo placer obtenido, y avanza; que es el gran problema de la vida, poder descansar y avanzar, y avanzar hasta el fin lejano de la vejez, mal que pese á todos los sinsabores, contratiempos y penas que nos atajen el paso.

El tabaco, el vino, la mujer y el juego: ¡benditos seais!

Lanzo esta exclamacion, y me parece oir el

desconcierto de miles de voces purísimas, que protestan contra ella. Pero aunque esté solo en la trinchera, al parecer, sólo resistiré la acometida de esas monomanías hipócritas del mundo, que vienen al través del tiempo pecando con el corazón y mintiendo con los labios.

Avanza la legión de los *virtuosos* vociferadores, y uno á uno los someto al análisis con la punta de mi pluma, disecándolos sobre una cuartilla de papel. Hé aquí el resúmen de algunos, que sintetiza el estudio de todos.

—¡Yo no tengo ningún vicio!— exclama el ejemplar casado A.—¡Yo no fumo, ni juego, ni me emborracho! Efectivamente, de mis observaciones deduzco que A no fuma, ni coje un naipe jamás; pero que es constante abonado al más tonto de todos los juegos, el de la lotería, en ninguno de cuyos sorteos deja de tomar parte; que se regoldea modestamente en la mesa bebiendo, de lo bueno, muy abundantemente, aunque sin emborracharse, es cierto; y que, á la chita callanda, que suele decirse, no le desagrada tener algún tropiezo, y no con su cara mitad por cierto.

—¡Hé aquí un santo!—me dicen otros,—presentándome un reverendo sábio clérigo, que tiene conmovidas á las gentes con su ejemplaridad. Apelo á su cocinero y á su fámulo.—El señor,—me responden,—tiene la más repleta de todas las mesas, y *bebe bien*; fuma bastante, no juega ni poco ni mucho, y prescindiendo de su buen ama, que es otra santa, no creemos que hable, así, que se sepa, con ninguna mujer.



—Aquí está este pobre; es la virtud misma,—añaden, presentándome un viejo señor lleno de mansedumbre y de limpios remiendos.—Es verdad, el pobre á sus sesenta años no tiene vicio alguno, porque vive medio de limosna, y porque su naturaleza «está ya gastada.» Sin embargo, no saben los que me lo presentan que á menudo se encuentra en mis paseos solitarios, y que el hombre ve los cielos abiertos cuando le invito á que, al resguardo de un retirado rincon, que yo conozco, bebamos una colosal botella de clarete. ¡Y con qué ilusion apura los vasos!

—Paso á un hijo de familia, soltero, aplicado, ejemplar, que sostiene su casa con su trabajo.—Examino al modelo.—¡Admirable tipo! Su conciencia me cuenta que si bien no fuma, ni juega, ni ama, ni bebe, sueña en sus soledades en los redondos brazos de la criada; atisba desde su balcon entreabierto todas las pantorrillas de la vecindad, sin hacer daño á nadie, por supuesto, y que, eso sí, su mamá sabe que no puede acostarse sin que despues de la cena tome su copita de anisete ó de caña.

Etc., etc., etc.

Estos detalles pertenecen al secreto de lo más íntimo de nuestros semejantes, no trascienden al público, y los protagonistas pasan á la vista del mundo como completos ejemplares de virtud.

Claro es que el beber una copa más, el aventurar media docena de duros al tresillo, el lanzar un requiebro á toda muchacha guapa que pase á nuestro lado, ó el *fumarse* un puñado de puros

todos los días, no son vicios; y que cada cual en sus aficiones rinde culto á uno, á dos, ó á todos estos placeres; pero *así somos todos los viciosos á quienes está dedicado este librito*; así son realmente los vicios què llevamos acuestas; vicios con los que momentánea y constantemente se olvidan los pesares, y que mirados por dentro nada son ni nada significan; pero que contemplados por los severos fiscales que pululan en la sociedad, aparecen en el ojo ageno como maldades horribles, contra las que se hace incesante, ruda y ridicula predicacion, sin tener en cuenta que los consejeros necesitan muy de veras ser aconsejados.

No llenaré estas páginas en obsequio á la exageracion del vicio, ni por exceso ni por defecto. El que hecho un estanco ambulante, con picadura en todos los bolsillos, con puros en todas las ocasiones, con un cigarro en los lábios y otro en la oreja, enciende punta con cola, y fuma sin cesar de noche y de día, hasta oler á cien leguas, hasta tener la boca hecha una caverna, y el exófago convertido en un túnel de hollin; y rico ó pobre, consume el tiempo y la salud en chupar, en escupir y ahumar, agarrándose al tabaco con la frenética afición del nene insaciable que no sabe dejar el pecho de los lábios; el que por todas partes va dejando humo, insoportable aroma, y puntas remordidas, y llega á esa especie de raro idiotismo de fumar sin saber que fuma, y de olvidarse de que piensa, y de dormitar chupando el papelito mugriento ó el puro relamido; ese,

más que vicioso, es un cerebro enfermo, digno de lástima, castigado por su misma enfermedad. Ni me he de referir al borracho de profesion, deshonroso tipo del honrado vicio de saber beber. No puedo considerar digno del humorístico boceto que me entretiene, al que rebaja la dignidad humana hasta el punto de convertirla en ceguera y en bestialidad ahogándose en el vino. En los chispeantes átomos, que saltan en la copa trasparente y límpida, hay algo que está destinado á trasformarnos, inflamando nuestra imaginacion; pero hay algo tambien que nos engaña, que no arrastra y que puede perdernos. En la lucha entre el vino y el hombre, ¿quién debe triunfar? El vicio se convierte en una enfermedad, si el vino triunfa.

Nada quiero con el borracho, con el hombre vencido. Su razon eclipsada le aparta de los demás hombres, sus actos tienen todos los caracteres de los locos y de los de las fieras. Sus palabras son la más repugnante caricatura del sentido comun. Vencido en el espíritu, no puede sostenerse en el organismo. Las funciones de la vida se alteran; el envenenamiento del alcohol es lento, pero seguro y súcio. No mata como los demás venenos, dejando al cuerpo con sus formas y sus líneas ordinarias; mata enrojeciendo los ojos, sacando al rostro el acusador colorido de la uva, multiplicando las erupciones ardientes, encorvando el cuerpo, quitando á las estremidades su rigor, su extension y su figura, relajando todas las vísceras y convirtiendo, en fin, al hombre en el más

inmundo y repugnante de los seres. También este vicio es una locura, una dolencia que no merece ser glosada, sino maldecida.

El que de jugador inofensivo se hace tahir, está fuera de la ley: la sociedad le señala con el dedo; yo no quiero bosquejar criminales.

De las mujeres hay mucho que hablar, y poco que decir en serio. Aquí cada pensador tiene su filosofía. Después de haber vivido entre los árabes bastante tiempo, y conociendo un tanto la sociedad europea, me encuentro muy indeciso para hablar en serio. Alégrome, por lo tanto, de que el tono de este álbum haya de ser jovial; y de que vaya á beneficio de inventario todo lo que en él se lea. Antes de que hubiera vino, tabaco y reyes de oros habia mujeres; antes de que hubiera virtud alguna hubo en el corazón del hombre irresistibles tendencias á abrazar á la mujer. Este deseo sacrosanto por la mañana, llegó á convertirse en vicio por la tarde. No hay vino que más pronto se avinagre que el amor. Eso fuego intenso que arde en nuestra sangre y que nos arrastra hácia la mujer, es temple sublime que nos sustenta y complace mientras la temperatura es normal; cuando se eleva, cuando el calor se convierte en fiebre, la sangre hierve, el organismo estalla; y por desgracia: ¡qué hombre no ha hecho en este mundo alguna colosal calaverada por el amor! En esa fiebre, aumentándose la rapidez de los movimientos del corazón, se camina más aprisa, se llega sin querer al término de la vida en pocos años. En el tren del amor, más importante que el papel del

maquinista, que se engaña á menudo en la marcha, es el del guarda-freno que vigila en el alto de la masa ambulante; allí donde reside la facultad de pensar y razonar. Los descarrilamientos son frecuentes. El abismo de la muerte limita por ambos lados la estrecha línea que recorreremos al abusar del amor. En el período crónico de la alta temperatura de la fiebre erótica, el placer no se encuentra por ninguna parte; la pasión no es un vicio, es una monomanía estúpida que conduce también al idiotismo.

El período utópico del extremo frío no existe en el amor. No hay espíritus más ridículos que aquellos que sostienen, en plena vitalidad, que son ajenos á la natural pasión que despiertan unos ojos hermosos. El hombre, por ser el más estafalarario é incomprensible de todos los seres, ha llegado á decir con formalidad, que se puede y que se debe vivir sin amar. Entre los crímenes contra la naturaleza moral humana no hay otro semejante á este. Todo hombre que niegue que es insensible al amor, está demás en la tierra, y en el cielo también. Porque si en algo consiste la ventura celestial debe ser en la comunicacion de todas las almas, en la realizacion sin límites del amor, bajo una fase que ni siquiera podemos soñar. Si pudiera haber, que no lo hay, un hombre que le fueran indiferentes las mujeres, los naturalistas le hubieran incluido entre el cuarzo y la piedra berroqueña. Ni á alcornoque siquiera debe aspirar; los alcornoques dan flores y frutos. Aman á su modo.

Regalo, el único y el más sublime que hemos encontrado sobre la tierra, la mujer, ha de gustarse con el digno aderezo del cariño. Fuera de este caso, el vicio no merece la pena de ser comentado, porque sin amor, es sencillamente una tendencia animal.

A un lado, pues, las exageraciones degradantes, los hombre en ciernes y los virtuosos del cuartel de Inválidos.

Entablemos, vicioso lector, una série de cuatro humorísticas conferencias en obsequio al inocente pecado de los pobres vicios, que como ángeles tentadores nos acompañan, nos inspiran, nos ofrecen momentáneo lenitivo y nos permiten vivir trabajando, principal virtud que á todos los hombres debe igualarnos. Bosquejemos á la ligera, como en dos centenares de cuartillas puede hacerse tan solo, los perfiles y el claro-oscuro de esos vicios que no debemos abandonar; y eso que más que los más acérrimos sostenedores (en novelas y poemas, en hojas sueltas, y en artículos macacotes) de los manoseados principios de la creencia, de la familia y de la propiedad, verdaderas víctimas de los ateos, de los perdidos y de los usureros, que se han dado hace largo tiempo á defenderlos con los lábios y con la pluma, aunque no con los hechos, sabemos respetarlos hasta con apasionada idolatría; que es hoy cuestion de imprescindible moda la de escribir virtudes en las banderas propias para hacer odiosas las de los enemigos, pues ya que en el mundo civilizado no existen las antiguas castas históricas, andan aho-



ra dividiéndose los hombres en santos y canallas, ridículos motes hijos de la soberbia y del egoísmo; y no porque con las armas de la sátira nos pongamos enfrente del caricaturesco mundo del pasado, hemos de conceder jamás á sus defensores que en esas divisiones de la herencia del tiempo se han quedado ellos con las joyas de la honradez, del amor y de la laboriosidad de la casa. A lo más les habrá tocado el escudo heráldico y las ropas viejas, con cuyos trebejos siempre andarán por el mundo vestidos de máscara.

Aquí, en plena canícula, aferrado al banco del trabajo, del cual sale el pan nuestro de cada día, con el cigarro encendido, y la copa de fresco, chispeante y rojo clarete castellano al lado, mientras oigo la argentina y melodiosa voz de mi compañera, que canta trabajando también á pocos pasos de mí, en la aireada estancia que sombrean un olmo secular y una parra de pocos años, á solas conmigo mismo, y pensando en tí, lector mundano, empiezo este pasajero trabajo, encomendándome á los espíritus del tabaco, del vino y del amor, sin un libro, sin un apunte, sin ningún dómine que me distraigan, y ansiando solo emborronar con la pluma y con el lápiz el monton de cuartillas que tengo entre las manos.

El corazón, el humo y el alcohol me asistan, y á tí también, en este día y en todos cuantos nos queden de viaje por este pícaro mundo.

X..... Julio de 1877.





EL VINO.



---

## EL VINO.

---



IGAMOS la plausible conducta de los frailes, que empezaban su sacrificio llenando el cáliz. Y leamos con la cabeza descubierta este capítulo, para honrar, como se debe, el privilegiado néctar divino. Que el maná

de los judíos supiera al manjar que la voluntad fingia, yo no sé si es cierto; pero que el vino sabe á la ilusion que nos embarga en el momento de beberlo, es indudable. ¡Bebamos y vivamos!

Puestos los ojos en la límpida copa que contiene el bálsamo maravilloso, meditemos.

## I.

**Introito.**

Yo también, como el poeta antiguo, para recomendarme al lector:

«.....Generosum et lenes requiro  
 Quod curas abigat, quod cum spe divite manet,  
 In venas animumque meum, quod verba ministret,  
 Quod me, Lucane, juvenem commendet amice.»

es decir:

El generoso y suave vino anhelo  
 Que las penas ahuyenta; que sostenga  
 La preciada esperanza, que al espíritu  
 Y al corazón fácil palabra lleva,  
 Y que á ti, amigo y joven, oh Lucano,  
 Me recomiende en la jovial empresa.

Creo que la vid es un don del cielo, y así lo enseña el clásico cuando asegura que:

«Omnia vastatis ergo cum cerneret arvis  
 Desolata deus, nobis felicia vini.  
 Dona dedit, tristes hominum quo munere fovit  
 Reliquias; mundi solatus vite ruinam.»

como quien dice:

Contemplando el dios Baco que la tierra  
 Asolada quedó, quiso aliviarnos  
 Haciéndonos felices, y del vino  
 El dón inestimable aquí ha dejado:

y creo que el valor moral del alma, y las virtudes, encontrarán en él poderoso asiento; así le

sucedía al ménos al inmortal Caton el viejo, cuyo ánimo se fortificaba y aumentaba en calor y vida con algunas copas más:

«Narratur et prisce Catonis  
Sæpe mero incaluisse virtuz;»

y de seguro, que todas las grandes obras de la humanidad se han decidido despues de alzar el vaso y de beber rápidamente el espumoso y chispeante néctar, tal cual de un modo gráfico lo dejó descrito Virgilio:·

«..... Ille impiger hausit  
Spumantem pateram.....»

Advierto al lector que no hay buen latino que no sea buen bebedor, y que con dificultad un entusiasta de los clásicos deja de lanzar su sentencia antes de aproximar la copa á los lábios. En este asunto, pues, costumbre obliga.

## II.

### **Arqueologia del vicio.**

No solo la contemplacion de las ruinas del Circo, de las columnatas del Campo Vaccino, de Itálica y del Parthenon, despiertan en el ánimo recuerdos de lo pasado. Cada gota de vino está ligada á la uva, y está á la cepa, y esta al planton primero, y éste á un plantador, cuyo nombre se pierde en la oscuridad de las bodegas. Pero si es interesante la historia de los hombres y la de los monumentos, porque es preciso honrar la me-

moria de los grandes hechos y la de las grandes cosas, el hecho admirable de mantener á tragos la alegría y el humor de la humanidad, es tal vez la cosa más sobresaliente que los tiempos registran. De aquí el que la genealogía de cada vino sea tan instructiva y deleitosa como la de las casas de los Varrones y de los Agricolas, de los Megías y de los Guzmanes. Las tres creaciones superiores de la naturaleza, que son: el sol, el hombre y el vino, proceden de Oriente. El sol del cielo, el hombre del Paraiso, el vino de la Etiopía. El vino es, pues, un poco meridional; es paisano del famoso rey Theodoros; es el que contribuyó á levantar las maravillas, jamás bien comprendidas, de Tebas, de Karnak, los suntuosos salones del Hypostilo, y las grandes tumbas de los monarcas africanos desde las Pirámides hasta las rocas de Biban el Moluck, puestas todas en la region originaria de la vid y en las inmediatas.

El vino, como las demás grandes creaciones, tiene su época prehistórica, anterior al primer suceso real, la borrachera de Noé. En lo prehistórico entrá lo mitológico. Atheneo apunta que Saturno plantó las uvas en Creta, Gerion en España, Osiris en Egipto y Baco en la India. Orestes, hijo de Deucalion, al ir de rey á Ethna, plantó en este país la vid. El néctar y la ambrosía con que pillaban sus pítimas los dioses, eran el peleon de entonces. Los mostos de la Campaña, el rico vino de las colinas que bordean la cuenca del Garigliano, desde lo antiguo llamado



Falerno, las uvas de Gaeta y Suessa no bastaron para los bebedores romanos; ellos fueron buscando cepas por los ámbitos del mundo conocido y se llevaron á Roma como riquísimos tesoros los toneles llenos de Lesbos, de Chio, de Efeso y de Cos. Aquellos melosos vinos de que hablan Plinio y Galeno, que duraban cientos de años, convertidos en jarabe semi-sólido, *herreum vinarium*, *apotheca vinaria*, constituyeron el non plus de los regalos de su tiempo. Los de Alba y Sorrento se bebían desde que llevaban veinte años de fabricados. Ciceron, Plinio y Horacio, hacen mencion poética de los seculares vinos que bebieron en famosos banquetes. Alejandro Magno fué un gran borracho. Cuenta Atheneo que cenando el rey en casa de Medio Thesalo, veinte capitanes brindaron por él, y que él contestó con otros tantos brindis, bebiéndose otras tantas copas colosales. Solía premiar con seiscientos escudos al convidado que bebía más. Una noche, despues de uno de los triunfos de Asia, murieron borrachos en su mesa treinta y seis oficiales.

En los primeros tiempos de la República romana no se permitía beber vino á los jóvenes antes de los treinta años. Las mujeres no lo bebían nunca. El uso de besarlas públicamente por sus padres y maridos, segun Plinio, se debió á que querían investigar de este modo si sus hijas ó mujeres habían bebido vino. Polibio dice que Egoracio Metello mató á su mujer por haberla sorprendido bebiendo en compañía de otras. Fa-

bio Pictor asegura que cierta familia hizo morir de hambre á una dama romana porque robó á su marido las llaves de la bodega.

Con el tiempo, estas costumbres cambiaron. El pretor Cayo Domicio se contentó con privar de su dote á una jóven que se embriagó. Se permitió á las mujeres beber vino cocido y azucarado; y por último, todas las Calpurnias llegaron á trincar alegremente con los Césares. Plinio tuvo fama de buen bebedor; Marco Antonio tenia á grande honra ser uno de los mejores potistas de Roma; Ciceron bebia extraordinariamente, y Caton se distinguió tanto por sus cualidades morales, como por su resistencia en el beber.

Como á manera de código solemne se escribió en el gran pueblo la regla de la edad en que habian de beberse: ningun buen potista deja de saber de memoria aquello de: «*Faleruum ab annis decem ut potui idoneum..... etc.*», y en ella se recomienda que el vino de Alba se beba á los quince años, el de Sorrento desde los veinticinco, el Tribustino á los diez, el Lubicano á los doce, el Gau-rano á los seis y el Falerno á los veinte.

Desde Egipto se esparció la vid por todas las costas del Mediterráneo. Helicon enseñó á los suizos antiguos y á los galos los secretos de la vini-cultura. Plantados por primera vez en Marsella los pámpanos cubrieron bien pronto todas las cuencas de los rios de Francia y de España, quinientos años antes de Jesucristo. Julio César escribia sus campañas de las Galias teniendo á un lado la espada y al otro una copa de oro llena de

vino, de las orillas del Ródano. Los buenos tragos de los cántaros de Tarragona, de Saurona, (cerca de Valencia), de la Laletania y de la Cere-tania, segun Marcial, Silio Itálico y Columela, hacian á los romanos preferir el suelo de España al de la misma Italia.

Marco Terencio Varron en su *Menippea romana*, da idea de su buen humor, de sus aficiones gastronómicas, y de su entusiasmo por el buen vino. Es deliciosa su didáctica de la mesa.

—«El número de convidados en un banquete, para que este sea bueno,—dice,—debe por lo menos igualar al de las Gracias, y no pasar del de las Musas.»

Varron por ser buen bebedor, fué uno de los mejores filósofos de su tiempo. Él dió las reglas acerca de los vinos que habian de elegirse para beber, despues de los más delicados platos: del pavo de Samos, del faisán de Frigia, de la grulla de Nelos, de los pescados finos de Cilicia, del sollo de Rodas, de las ostras de Tarento, de las murenas de Tartesio, del abadejo de Pesinanto, y de otros manjares. El dejó escrito acerca de las propiedades de los vinos, que:

«El tinto fortifica.

El blanco es diurético.

El dorado es digestivo.

El nuevo refresca.

El viejo calienta.

Y que el intermedio es el más provechoso de todos.»

Domiciano no solo persiguió á los cristianos,

sino á los viticultores, mandando arrancar todas las vides de las Galias.

La noticia de que la Europa meridional producía tan ricos vinos, fué la causa principal de la invasión de los bárbaros. El mosto los hizo á todos ciudadanos de Roma. Atila fué el mejor bebedor de su tiempo. Su caballo no entraba nunca en las viñas.

Don Rodrigo se atrevió á lo que se atrevió, despues de haberse fortificado con abundantes sorbos de pardillo toledano.

Los cruzados dejaron al arte la idea ojival, y á la agricultura las mejores vides de Oriente. Ricardo Corazon de Leon, era tan fino amante del vino, que en 1275 decretó: *Que el que robase un racimo en viña ajena, pagase cinco sueldos ó perdiera una oreja.* Es verdad, que tambien en lo antiguo amenazó el fiero Sicambro con la muerte al que arrancase un solo pié de sarmiento.

Al través de los tiempos no todo ha sido favor para el viñedo. Épocas registra la historia en que se prohibió su cultivo; pero el néctar incomparable, como todas las grandes ideas que encierran un principio salvador, renació chispeante, triunfó de sus enemigos, y se impuso á ellos como invencible soberano.

## III.

**La señora madre.**

El vino es hijo de una cariñosa, fecunda y verde señora: la vid. La vid se ha dicho, es el producto de los amores del sol y la tierra. Es el verdadero emblema de la amistad. Con sus garfios y tijeretas se agarra á todos los objetos, se abraza á todos los apoyos, trepa á todas las alturas, cuelga de todas las bóvedas naturales y artificiales, y es el más bello ornamento de la naturaleza. Busca el amparo y el apoyo de todos, porque á todos sostiene y anima. En las huertas y en los bosques encarámase á los olmos, á los olivos, á los fresnos, es la amiga y la compañera de casi todos los gigantes de la vegetacion.

No hay toldo, ni techo, ni tienda más hermosa que la que forman sus vástagos, sus ramas, y sus hojas, entrecruzándose de unos á otros troncos, para ofrecer al hombre fresca sombra, perfumado ambiente y admirable vista.

La viña es el emblema del hombre laborioso, porque ella se tuerce, se retuerce, y toma todas las direcciones y posturas para buscar alimento, aire y luz, para utilizar el tiempo en que sus anchas y lozanas hojas viven.

Es su flor modesta en el color y en la forma; pero embalsama el aire con su aroma.

La vid natural abandonada al tiempo adquiere extraordinario volúmen en su tronco y dura centenares de años. Los antiguos clasificaron á la vid entre los árboles. La estatua de Júpiter en Populonia, de tamaño natural, era de madera de vid incorruptible. Las columnas de los templos de Juno en Patera, en Marsella y en Metaponto, y las escaleras del de Diana en Efeso eran de vid, y de desconocida antigüedad. Las vides seculares y poéticas que sombrean algunos edificios árabes de la Berbería tienen tres metros de circunferencia. Hoy mismo se cita, entre las maravillas del Nuevo Mundo, la vid de Santa Bárbara, en California, cuyo tronco tiene dos metros de circunferencia. Sus primeras ramas que nacen á seis palmos de altura, y están sostenidas por pies y travesaños, llegan á cubrir una estension de un acre de tierra, y aun á la distancia de 60 pies del tronco tienen 10 pulgadas de grueso. Cada racimo pesa 3 libras, y anualmente produce 56 arrobos de fruto. Tiene cuarenta años, y no se ha abonado nunca. Está plantada en la orilla de un arroyuelo constante, que sin duda le presta toda su vida.

Viven y prosperan las vides como los pobres, en los terrenos que nadie busca ni solicita, entre las piedras y las arenas, con un poco de humus vegetal nada más. Entre la arcilla y las pizarras fabrica la naturaleza los más deliciosos vinos. Con esos elementos y con un poco de cal basta á nuestras comarcas meridionales y de Levante para producir esos incomparables productos que el mun-

do bebe y admira. Entre residuos volcánicos se alzan las ricas viñas de Tokai, así como los de Valdepeñas, Marsala y Siracusa. Entre el cuarzo y las pizarras, entre cantos y granito viven las de Borgoña y las del Rhin. En la pizarra arcillosa nace el mejor vino del mundo, el de Málaga, así como los de Marbella, Motril, Lujar, Cariñena y el Priorat.

Gústale á la vid, no los hondos ni los llanos, sino las faldas y laderas de los repechos, cerros y cuestras. Ya lo dijo el poeta «...*apertos Bacchus amat colles.*» No tan cierto como esto es lo que tambien aseguró, que las variedades de la vid son tan numerosas como las olas del mar Jónico y como las arenas del desierto: 600 contamos en España, de las cuales unas 130 están bien descritas por los vinófilos. Notable punto, que debe conocer el vicioso siquiera sea lijeramente. De ellas las más notables son:

Las tempranas ó listanes de uva blanca verdosa ó parduzca dorada, madres de los ricos vinos de Pajarete, Rota, Sanlúcar y Málaga: á las que corresponden las *Colgaderas* y el *Tempranillo*, que dan los deliciosos néctares de Peralta y la ribera del Ebro.

Los palominos, variedad de la anterior, de uva más menuda y hollejo más grueso.

Los mantúos de uvas verde, oscuras, grandes, carnosas y de fino hollejo, dan los vinos de Conil, las pasas de Almonte y la rica uva de Puerto Real y Chipiona.

Los jaenes de uvas negras en general redon-

das y ásperas, en grandes racimos, se crían en muchísimas localidades.

Los mollares, muy cultivados en Andalucía; uva de comer en Jerez; negra, grande y temprana.

Los albillos de uvas pequeñas, blancas en general, blandas y muy dulces y jugosas.

Las malvasías de Jeréz, las tintillas, que dan la riquísima de Rota; las zurumis de Baza, Velez y Granada, y el doradillo malagueño; todas deliciosas variedades de los más renombrados caldos del Mediodía.

Los Ximenez, que dan el famoso Pedro Ximenez, de uvas traslucientes, doradas, blandas y dulcísimas.

Los perrunos de amarillas uvas, redondas traslucientes y ásperas tan abundantes en Andalucía.

Los vigiriegos, de fruto grande, blanco verdoso y muy dulce.

Las agraceras de uvas negras, ágrías tardías, grandes y gruesas.

Las ferraras de uvas grandísimas, negras muy carnosas y agridulces; entre las que las llamadas Zucarís son deliciosas al gusto, así como las Melcochas granadinas.

Las de teta de Vaca, de fruto grande, rojo, para regalo de invierno; otras blancas, aovadas traslucientes y de poco gusto.

Los Cabrieles de fruto negro, oblongo, hollejo grueso y grato sabor.

Las datileras, largas y estrechas, rojas, de em-



parrado, de grueso hollajo, dulces y de invierno; entre ellas las de Loja y Almuñécar, de alto precio, y que se destinan á hacer pasa.

Los moscateles de uvas redondas, doradas, pequeñas y dulcísimas, que dan el estimado vino de su nombre; entre ellos los más celebrados, el riquísimo blanco Morron de Málaga, y el gordo morado de Jerez y Sanlúcar.

Hay además infinidad de variedades muy largas de anotar.

De entre todas ellas están conformes los doctores más afamados del Mosto, en que para hacer ricos vinos tintos, se han de usar por este orden: Tintilla sevillana; Moscatel de Velez; Ribereño de Navarra; Tempranilla de Rioja, y tinto de Granada.

Para el blanco: el Pedro Ximenez, el Zumbon andaluz, los Listanes, la Malvasia Jerezana, los Lairesnes de la Mancha y los Albillos. Para comer: los Listanes, las uvas de la Reina de Valencia, la Melcocha granadina; el Albillo madrileño; los Zucaris; los mantúos; el perruno negro; los Mollares andaluces; el Zurumí granadino; la vigiriega ordinaria, y las tetas de vaca.

Para pasas: el Almuñécar; el Moscatel gordo y blanco; los Corintos y los Listanes.

Para emparrados y regalo de invierno: los mantúos, el Zurumí, la Malcocha, los Cabrieles y las ferraras.

Entre estas variedades, desde las agraceras y los vigeriegos, hasta los dulcísimos moscateles y Pedro Gimenez, tenemos ricos plantones

que dan los incomparables vinos de España.

Los albillos por ejemplo tienen variedades tan estimadas como la garnacha (tinto aragonés), el Valdepeñas, la malvasía, el pardillo, y los verdaderos albillos castellanos; el listan comun denominado de diversos modos, según las localidades, produce la esquisita calidad que se bebe en Cariñena, en las dos Riojas, en las Castillas y en gran parte de Andalucía; los mantúos castellanos regalan á Niebla y á los pueblos de ambos lados del Estrecho; el jaen blanco tan generalizado, ha dado fama á Arganda y Chinchon; y el turrentes de Cádiz, de Galicia y de la Mancha, produce delicados, aromáticos y muy buscados vinos.

A la pobre planta, madre del vino, la atacan todos los enemigos físicos y metereológicos, inorgánicos y orgánicos que hay en la naturaleza. Mántanla los escesivos calores, los terribles frios, la piedra, la lluvia impetuosa, los vientos huracanados, las nieblas y las heladas; persíguela ese parásito vegetal criptógamo, *el oidium*, que para castigo de la humanidad bebedora, vino á España hace veinticinco años, y contra el cual el azufre, el carbon, ni el hollin, tan poco pueden; pícanlas con devastadora furia los tordos, los gorriones y los mirlos; devóranlas con insaciable afán los lobos, las zorras, los tejones y los perros; destruyen sus brotes los caracoles y las babosas; las destrozan sin descanso los gusanos blancos, las garrapatas verdes, los atelabos dorados, los gorgojos, los cocos y pulgones, los barrenillos,

los escribanos eumolpos, los azulados donceles, la langosta, la chinche verde, el kermes, las mariposas pirales y sus orugas, la polilla del grano, los gusanos grises, y otros muchos insectos; y en fin, vírgen y mártir, pisada y estrujada, para cuando nos ofrece el hijo de sus entrañas, aun insultan su memoria los ediles que le imponen crecidos tributos, los químicos que lo adulteran, y los taberneros que lo bautizan.

## IV.

## HIMNO ANTES DE BEBER.

**In vino sanitas.**

Tal vez la fiebre artera tus gustos arrebate,  
 Tal vez las ilusiones de tu apetito mate,  
 Tal vez que bebas agua te diga algun doctor;  
 No escuches de la ciencia tan pícaro consejo;  
 Enfermo y todo, bebe de tu vinillo añejo  
 Y á sorbos, de seguro que te pondrás mejor.

**In vino benignitas.**

Al suegro mas tirano, al acreedor terrible,  
 Con temeroso anhelo tu corazon sensible,

Do quier en esta vida tal vez contemplará.

Procura de los postres en la ocasion primera  
Verles, cuando las copas perturban la mollera,  
Y mas amables gentes, tu suerte no hallara.

### **In vino mortalitas.**

Es el clarete fresco, restaurador, sublime  
Que al barro y al espiritu con su poder redime,  
Pero ¡ay! si el tabernero lo dá de su tonel;

El néctar delicioso, lo bueno entre lo bueno  
En soliman cambiado, en misero veneno,  
Arruinará tu estómago y tu salud con él.

### **In vino veritas.**

El corazon artero entre sus pliegues vela  
De la verdad el brillo, fingiendo se desvela,  
Y con doradas frases oculta la maldad.

Asciendan los vapores del vino hácia la frente.  
Despéjese el espiritu, y entonces, de repente  
Répétirán los lábios entera la verdad.

### **In vino timiditas.**

Aquel vecino honrado, que nunca tuvo miedo,  
Que defendió su causa con furia y con denuedo.  
En la borrasca vedle tan tímido y lloron;

Borrasca de cofrades que al tinto rinden culto,  
Movida por pellejo de respetable bulto,  
En lacrimosa turca ahogó su corazon.

### **In vino ferocitas.**

El cariñoso, afable é inofensivo nene,  
Que sangre de achicorias en sus arterías tiene.  
Empina el codo, atúrdese, y empieza á desbarrar.

Al cielo desafía, su pecho se desborda,  
Con el concurso entero disputa, arma la gorda,  
Y al universo entero pretende degollar.

### **In vino generositas.**

Quien se negó á prestarte en no olvidado apuro,  
Con múltiples excusas, el miserable duro,  
Ofrece hoy sus haciendas, su vida y su mujer.

Pregona de su pecho la esplendidez completa,

Mas de su brusco cambio la causa no es secreta.  
 ¡No sabe lo que dice; acaba de beber!

### In vino felicitas.

Mi amor murió, murieron tambien mis alegrías,  
 De mi ventura hermosa los juveniles días  
 Huyeron, y aunque me sienta con ánsia de reír;  
 ¡Qué hacer! Si en este vaso el trasparente vino,  
 De un mundo incomparable mostrándome el camino,  
 Me incita sin pesares ni duelos á vivir.

## V.

### El arte.

Beber por beber no tiene mérito. Es un pecado de lesa naturaleza, en que incurren la mayor parte de los hombres. El vino merece ser honrado, sabiéndolo beber. Hay tanta diferencia de hacerlo sin conciencia y sin detenimiento á beberlo con *amore*, con gusto y calma, como de pasar la vida en una aldea, tumbado á la bartola, y oyendo hablar á los tíos, á pasarla en la Côte en Fornos, en el Real y en las recepciones; como de ser cura de misa y olla á ser obispo.

El arte de saber beber lo poseen pocos; por eso escasean tanto los verdaderos filósofos y los hombres felices. Una copa de rico vino español merece una contemplacion tan detenida y tan espiritual como la catedral de Búrgos. No hay nada en el mundo que transforme la jaula y asiento de nuestro espíritu como el vino. Todos los libros del mundo juntos cambiarán el cerebro de un hom-

bre vulgar, convirtiéndolo en el de un sábio; pero ha de ser á fuerza de mucho tiempo y de muchos sacrificios; una copa respetable lo trasforma en cinco minutos, sin detrimento de nuestro fisico. El libro obra generalmente sobre la cabeza á espensas del resto de la economía: la copa anima á un tiempo el cerebro, el corazon, el estómago y los músculos todos. La inteligencia es egoísta, el vino es federal conservador.

Todos los sentidos deben de tomar parte en el placer, para que este sea una verdad. El que bebe el vino gustándolo simplemente, es ciego, corto de olfato, sordo y hombre sin tacto. No puede darse un sér mas desgraciado. ¡Qué estraño es que faltándole al beber tantos sentidos, le falte al fin la suma de ellos, que es el sentido comun! La embriaguez no es mas que el resultado de no emplear más que medio sentido en el acto de beber. Medio, nada más, porque el que bebe vino como se bebe el agua, no hace mas que gustarlo á medias, y aún concedo demasiado.

Aprende, pues á beber, oh amado Teótimo, que el caso no es trivial, ni baladí, sino de alta trascendencia.

LA VISTA.—Ha de agradar el vino á la vista por su color y su limpieza; los vinos sucios y espesos ó de color dudoso no son aceptables. Una coloracion blanco-dorada, dorada-rojiza, roja, rosada, roja oscura ó vinosa, propiamente dicha, alegra el ánimo con su limpidez y transparencia, vista por refraccion; y ya sea nuevo ó viejo, jamás su tono ha de presentarse alterado por co-

loraciones espesas en toda la masa, ó en suspension. Podrá un vino no ser malo aunque sea algo sucio, pero de seguro que ni está bien elaborado, ni reúne las cualidades necesarias para que sea realmente bueno. Gran parte del placer de la contemplación báquica, está en la concentrada perspectiva, en el dulce reflejo, en la trasluciente y bien entonada tinta que se encuentra en el líquido que llena una copa. Ninguno de los jugos que da la naturaleza tiene un color que atraiga y seduzca tanto como el del vino puro, ya sea el de los llamados blancos, ó el de los negros ó tintos bien preparados. Una mesa sin una copa de vino es un cuadro perfilado pero sin colorido, es una planta sin flor, una tribuna sin orador, un cuerpo sin vida. Un pedazo de pan y un vaso de vino son el emblema de la humanidad. El pan representa al trabajo, á la pena de la labor necesaria para vivir, al sostenimiento material; el vino á la recompensa, al perdón, al espíritu que descansa y goza. En ninguna actitud encuentran los ojos más sublime al hombre, que cuando alza la copa para brindar. Los reyes y las potestades llegan al máximo de su solemne carácter cuando brindan. A tales concepciones se eleva el alma bebiendo el vino.

EL OIDO.—De este sentido se olvidan todos los vinicultores, higienistas y peritos al tratar del arte de beber; en ningún tratado etnológico se encuentra la necesidad de su cooperación y, sin embargo, tiene tanta importancia como los otros. El vino se vé, se huele, se gusta y se palpa, pero



no se oye,—dixeis. ¡Craso error!—Recordad si habeis bebido alguna vez un vino de regular estimacion sin que antes os hayan hecho su elogio, y os hayan descrito sus virtudes. ¿Con qué sentido gozais de esta parte alicuota del placer?

Ha de honrarse, pues, el vino, escuchando la historia de su elaboracion y de sus caractéres, ya que tanto como los halagos que hace al gusto, satisfacen los que hace á la imaginacion. Y tan verdad es esto, que muy á menudo, y entre gentes poco peritas, el oido, al beber, engaña y domina á los demas sentidos. Dad, en efecto, á un convidado, ó á varios, un vinillo límpido, de poca fuerza, agridulce, y un tanto aromatizado, que hayais hecho en vuestra misma bodega, disponiendo artificialmente por medio de ciertas pruebas y modificaciones, decidles con estudiada formalidad que es Burdeos legítimo, que es vino del Rhin ó del Chateaux Laffite ó Saint-Julien, y portal lo tomarán y beberán, haciendo cada cual el elogio á su manera. ¡Cuántas veces en la mesa la historia de los vinos nos ha producido un placer más ó ménos verdadero, del que no hubiéramos disfrutado, bebiéndolo sin hablar una palabra!

EL OLFATO.—Dos olores tiene el vino; el propio y el de edad. El propio es tanto más pronunciado cuanto más nuevo es, pero siempre debe desprenderse del buen vino, por viejo que sea. Ya entre los aficionados se le llama *bouquet*. Depende de la expansion del espíritu que contiene en disolucion un aceite esencial, más ó ménos fu-

gaz, más ó ménos pronunciado, más ó ménos característico en cada especie de vino, y es muy marcado y muy expansible en los recién hechos, y se concentra y disminuye en los añejos. El otro olor se desenvuelve con los años, y se cree que es producto de la reaccion de los ácidos sobre el alcohol, en la que se originan ciertas combinaciones etéreas. Siempre es un síntoma poco lisonjero para la salubridad y duracion de un vino, al que, en general, no da mérito alguno.

Ningun buen potista debe confundir el *bouquet* con el *aroma*. El primero se percibe con el olfato, sobre todo en cuanto se calienta el vino, mientras que el aroma es el sabor que se percibe mientras se bebe y aun despues de beber. Dan el bouquet los éteres cuárticos más ó ménos abundantes; y el aroma es debido á la naturaleza del terreno y de la cepa que han dado el vino.

Pero ni el color, ni la historia, ni el olor representan la verdadera importancia de un vino, porque siendo una sustancia esencialmente preparada para el órgano del gusto, como base de la alimentacion poderosa á que da lugar, si bien es muy bueno y admirable que agraden los vinos á esos tres sentidos y se estiman muy mucho por este concepto, su superioridad debe estar basada no exclusivamente en ello, sino en que regalen al paladar y al estómago. Concédase, pues, la importancia debida á esas cualidades, pero no se base en ellas todo el mérito, como suelen hacerlo muchas personas que con una copa en la mano, la miran y remiran, la huelen y

aspiran, y apenas beben. Buenos son los saludos y cumplimientos, pero nada hay comparable á los hechos. Mirado, olido y biografiado un vino, debe beberse solemnemente, dando á las sensaciones anteriores el carácter de meras presentadoras.

El gusto. — Se prueba un vino poco á poco, con la punta de la lengua primero, y con la base despues. Por muy bien dispuestos que estén los otros sentidos, el del gusto no va en zaga á ninguno de ellos. Reside en él el tacto activo, y muy activo, digan lo que quieran todos los tratados de fisiología. En la punta de la lengua y en los bordes inmediatos se perciben una clase de sabores, y en la base, y en la bóveda y velo del paladar otros. Los nervios linguales que van á parar á la primera gustan los sabores ácidos, y los que terminan en las otras, los glosos-faríngeos, los sabores alcalinos. En este supuesto, tocando el vino con la estremidad de la lengua, se sienten sus cualidades ácidas, azucaradas y estípticas, siendo preciso que para que sea bueno, resulte aromatizada la mezcla de estos tres caractéres, es decir, que no predominen ni el ácido, ni el azúcar, ni la astringencia. Una vez hecha esta prueba, por un leve ascenso de la cabeza y un simple movimiento de la lengua, hágase pasar el vino al fondo de la boca y allí se sentirán: su fuerza alcohólica, sus sales, *su aroma*, su amargor ó su insipidez, y hasta el gusto de la vasija en que haya estado contenido: tráguese pausadamente despues, y en cuanto haya tocado al velo del paladar y sus paredes inmediatas, un olor muy

marcado ascenderá desde la faringe á las fosas nasales, dando al sentido del olfato el verdadero sello de la bondad ó defectos de la bebida. El último contacto de ella con la base de la lengua, y con las mucosas de la faringe, produce siempre una impresion bastante duradera, por la que los bebedores deciden en resúmen de las cualidades de un vino. Vino con dejo es vino pésimo.

RESÚMEN.—Si el vino es limpio, de hermoso color, de buena historia y de olor agradable; si forman un acorde perfecto la astringencia, la acidez y la dulzura; si calienta su riqueza alcohólica, sin que el alcohol se perciba; si el aroma completa estas cualidades, puede concedérsele el título de sensualmente bueno. Si no reúne todas, absolutamente todas esas condiciones, baja mucho en estimacion y en mérito. Por lo demás, resumir aquí lo que los potistas y buenos bebedores piensan acerca del gusto de los vinos, de los nombres, términos y señales con que bautizan las variadas manifestaciones del sabor, sería el cuento de nunca acabar. Las reglas indicadas son las clásicas; las deducciones pueden hacerse á gusto del consumidor.

## VI.

## ¡BEBAMOS!

**Sublimidad de la funcion.**

¡Cuánto regalo nos ha dado la naturaleza al darnos de beber! En cada trago absorbemos un mundo de ideas, con cada idea ensanchamos el círculo inmenso de nuestra dignidad de hombres. Por eso no hay metamorfosis, ni evolucion, ni cambio semejante al del alcohol, en calor, en vida y en inteligencia. La hermosa vid de arrugado tronco y verdes pámpanos, tiene un hijo querido, el vino: la sangre de Cristo. Su culto viene desde la víspera del primer dia prehistórico, y llegará hasta el de la resurreccion de los muertos. Antes de que en la India y en la Grecia rindiesen culto á Baco, llamándole con un mote cualquiera, la humanidad se habia elevado á la contemplacion de los cielos, alzando el codo. Para amar nos inclinamos á la tierra, para comer bajamos los ojos, para beber miramos al sol y á la luna, y aun muchas veces de dia vemos las estrellas. La fábula añeja de la conversion de los cascos guerreros en coronas de hojas de parra, de las lanzas y flechas en tirsos, de la formalidad en alegría, de los cánticos sagrados en jotas y seguidillas, de los tirano en amigos, se está realizando todos los dias. ¡Bebamos!

Cuando os sentais alrededor de la mesa cubierta de blanco lino, adornada de flores y frutas, entre las que se alzan como elocuentes monumentos las copas llenas de mosto; cuando hiere vuestra retina el suave reflejo del dorado-rojizo néctar, no se acuerda vuestro corazón de las penas pasadas, ni de los temores venideros, ni de los desdenes estudiados de las variables faldas, ni de las eternas horas del trabajo mezcladas con dolores físicos, ni de las eventualidades de la fortuna que surgen de entre la monotonía de la vida, ni de los olvidados tiempos de la niñez teñidos de lágrimas, ni de los próximos de la vejez ahogados en suspiros; lo que os anima y alienta son las ilusiones que vais á sentir, los enjambres de bromas que os van á distraer, los coros que podreis entonar, y los sainetes y caricaturas que vais á forjar cuando el calor llegue á su punto con el aromático sabor en la boca y la alegría en el alma.

¡Cómo sabes inspirar, ¡oh vino! al que sabe beberte y te estima necesario á su espíritu, como la sangre á nuestra vida y á nuestro organismo! El misterio de la atracción universal se siente en tí de un modo maravilloso al animarnos á beberte, para que formes parte de nuestro ser. No hay criatura más feliz que el hombre, desde los seres desconocidos que flotan en la inmensa salsa de las nebulosas y de los espacios supratelúricos, hasta los que viven pegados á la infinitamente microscópica humedad del grano de arena, porque solo el hombre bebe vino. *¡Homo sapiens!* Ese océano de trabajos intelectuales que hoy

asusta á la Europa y á la América, esas gigantescas obras, que desde los palacios de Karnac hasta el túnel del Mont-Cenis pregonan el poder del hombre, no son más que vino condensado, vino hecho ideas, hecho arte; tragos bien aprovechados. La historia sagrada hubiera concluido alrededor de la torre de Babel, si Noé no hubiera presentado á las gentes su invento. *Sans garantie du gouvernement.* (S. G. D. G). Sin el néctar de Etiopía, al través de los siglos convertido en vino de Valdepeñas, no se hubieran alzado las Pirámides de Egipto. El mismo impulso movió á los bárbaros del Norte para lanzarse sobre nuestros pueblos, que á Alejandro para ir á probar el vino indico, que á los Cruzados para volver, si no cargados de gloria, á lo menos cargados de cepas, que á Napoleon para llegar á Chamartin, que á los eclécticos para ir á Manzanares y á Vicálvaro; el afan de beber, y no agua, por cierto. ¡Laboratorio sublime el de la vid! Ella convierte el oxígeno del aire en azúcar, el agua en vino, la tierra en éter, la arena y la pizarra en bálsamo tranquilo. El sol se filtra al través de su fruto para alumbrar nuestro cerebro, la electricidad se concentra en sus jugos para escitar y sacudir nuestros nervios; la brisa se detiene entre sus hojas para refrescar nuestra sangre; las hermosas tintas de los crepúsculos se reflejan en sus gotas para inspirarnos el colorido de las ideas; la soledad del campo le acompaña para que su destilado caudal nos convide al descanso y á la contemplacion; el oro y la plata de las mi-

nas, el cristal de roca y el topacio se tallan y elaboran para recibir sus dones, y todo el cortejo de manjares y regalos que comemos sirven de alfombra á su carrera por nuestro cuerpo.

¡Bebamos! Bebiendo crece y se ensancha el alcance de nuestros sentidos, la potencia de nuestro sér. El último hombre desde el último rincón de la tierra vé el cielo con todas sus maravillas; multiplica en su cabeza los soles y las constelaciones y más allá del infinito aún ve algo, otro trago más. El vino nos presta sus alas, superiores á las del vapor y á las de la electricidad; iguales por lo menos á las del pensamiento, para recorrer los insondables abismos más ó menos cerúleos, más ó menos coloreados del Universo, y para encontrar nuevas formas de la vida allá donde los telescopios, los logaritmos y las fórmulas de los sábios no encuentran más que el vacío. Las chispas que brotan de una copa son chispas eléctricas que pulsan el arpa de nuestros nérvios como los dedos de los ángeles las de las etéreas regiones. Las ciencias naturales nos hacen el análisis material del vino, pero no se encuentran, ni aun con el espectróscopo más delicado, esas rayas que fijándose en el fondo de nuestro cerebro nos hacen poetas, cómicos, oradores y héroes al beberlo. La psicología y todas las demás pseudo-ciencias del espíritu, tampoco saben cómo transforma al hombre, en sus potencias intelectuales, el espíritu de vino. El que bebe, ni lo analiza, ni lo explica, pero lo siente. ¡Bebamos!

El vino es la quinta esencia de la naturaleza



como la sangre es la quinta esencia de la vida. Desde Miguel Angel, el más grande de todos los génios, hasta Farraca el peor de los zapateros, todos los artistas consagraron y consagran sus inspiraciones con continuados sorbos.

Y, oid, oid: así como el amor en la esfera del porvenir lo abarca todo, porque en él está fundada la vida del mañana, y por su virtud no se acabará jamás el mundo, en la esfera del presente todo lo anima y lo sostiene el vino. El calor que nos une á nuestras compañeras, la luz que brilla en sus ojos, el magnetismo que nos arrastra en pos de ellas, la electricidad que desde sus corazones se neutraliza con la del nuestro, todo es amor, crepúsculo risueño de la perpetuidad de la vida; y el entusiasmo que sentimos por el trabajo, la delicia que nos sostiene en el arte, el culto que rendimos al ideal, la fè que tenemos en nuestra individualidad, son como enfluvios del vino que con su plácido ardor conforta y anima nuestro organismo. El amor y el vino forman la hermosa cruz, á la que estamos clavados para redimirnos en nuestro martirio de esta vida. ¡Bebamos!

## VII.

### **Fisiología.**

Las condiciones sensuales del vino expuestas en el arte de beber, no bastan para que sea esencialmente bueno. Tales se hacen hoy las mezclas,

y los vinos imitados, que pueden reunirlos sin faltar una sola, y ser sin embargo nocivos para la digestion y asimilacion. Con cumplidos caracteres, para agrado de los sentidos, hay vinos que hacen daño en el estómago, en el epigástrico, en la cabeza y en los músculos; vinos que en lugar de proporcionar alegría y quietud, traen disturbios y pesares.

Pero no hay que temer esos resultados cuando el vino sea natural y sin pretensiones. Todo cuanto va dicho en estos apuntes se refiere al buen *vino natural de pasto*; no me refiero ni á los vinos generosos, que son exclusivos para regalo y postre, ni á los imitados que no son buenos para nada.

El vino es la única sustancia de la naturaleza, que es á la vez alimento para el cuerpo y para el espíritu. Como alimento corporal lo es de primer orden. Un cuartillo de vino alimenta casi tanto como dos libras de pan, y más que una libra de carne. Tan bien dispuesto está en su composición química, que reúne los elementos más precisos para la nutrición hidrocarbonada. Como tan fácilmente se absorbe por las paredes del estómago para ser llevado al torrente circulatorio, es muy expuesto y nocivo el tomarlo en más que regular cantidad, porque lo sencillez de su asimilación nos incita á tomarlo en abundancia. Los jornaleros, los pobres obreros del campo, los mineros españoles, cuantos se ocupan trabajando durante largas horas del día, al sol, á la intemperie, ó en lugares poco saludables, se mantienen perfectamente y llegan sin enfermedades á la vejez, ali-

mentándose en general con poco pan, poca carne y bastante vino. Es incalculable la fuerza y la resistencia que el vino da por ejemplo á los cavadores, canteros, y otros obreros de las más rudas faenas. En general puede asegurarse que en el Mediodía de Europa todo el que se dedica á algun trabajo constante tiene como base de su alimentacion el vino; y que sin él su actividad decaería de un modo rápido y seguro.

Desde el estómago y las paredes intestinales, tomado el vino por los bazos absorbentes, llega á la red de los sanguíneos y obra por simpatía en el cerebro inmediatamente; los movimientos del corazon se activan, y en cuanto los elementos químicos se distribuyen por el organismo, aumentanse las funciones traspiratorias y secretorias, el calor general y la tension, flexibilidad y vida los músculos. Tambien sobre el aparato respiratorio tiene una accion benéfica y rápida.

No obra con ménos energía y bondad como alimento del espíritu. Esa actividad dada al organismo se refleja, como es natural, en el cerebro, multiplicándose tambien en él las aptitudes para el trabajo intelectual. Cuanto se ha dicho de la potencia del vino en las manifestaciones morales de los individuos, es la prueba concluyente de esos efectos tan rápidos como incomparables. Su influjo aun en el pueblo trabajador es moralmente bueno.

La estadística de la mayor parte de las naciones de Europa, demuestra que en las regiones

donde se coge y se consume más vino, hay marcadamente menos crímenes y vicios.

En los tristes períodos de las enfermedades, cuando se llega á esa especie de resurreccion fisiológica que se llama la convalecencia, ¡qué efectos tan notables no produce la pequeña dosis de vino generoso ó natural, siendo de reconocida limpieza!

Con arreglo á las edades, ha de seguirse la regla de compensar prudentemente con él la falta de nutricion en los individuos. Los niños robustos no deben tomarlo jamás; los débiles de constitucion han de reforzarse con la sopa en vino al fin de las comidas, siempre en corta cantidad. En la adolescencia tampoco es conveniente si la salud y las fuerzas son cabales. En la juventud cuando ya el hombre trabaja, cuando hay que mantener aquel equilibrio orgánico de las asimilaciones y de las pérdidas, es absolutamente necesario, y el mismo cuerpo lo pide con arreglo al trabajo que ejecuta; en la vejez, dicho se está: el vino es la leche de los viejos.

Son muy variados los efectos fisiológicos de los distintos vinos.

El vino comun tinto, generalmente áspero, es el más alimenticio; y aunque si bien en gran cantidad, por su exceso de ácido tánico relaja el estómago y enardece la sangre, da más fortaleza que ninguno en posiciones moderadas. El clarete, más suave y fresco, más agradable al paladar, no alimenta tanto, es más ardiente; y siendo puro, como pocas veces se

le encuentra, es tan gustoso como inofensivo.

Los ágríos ácidos tienen muy buenas condiciones higiénicas, dan apetito, favorecen la digestión, son diuréticos, y muy recomendados para el uso comun, entre personas de sano organismo.

Los ácidos dulces son más alcohólicos y embriagan pronto, pican y deben beberse añejos.

Los llamados generosos propiamente: (Jeréz, Málaga, Peralta, Pajarete, Alicante, Cariñena, Garnacha, Tintilla y otros), como muy espirituosos en general, son los más deliciosos para tomarlos en cortas cantidades, aumentan el calor, las funciones, la traspiración y entonan por completo los aparatos digestivo y circulatorio. No tan superiores son los generosos y endulzados de Panniza, Málaga, Tostadillo, Lágrimas, Yepes, Rueda, Montilla, que más ó ménos distintos entre sí, por las diversas clases de suelos, labores y cuidados que los forman, son muy apreciados, tienen justa fama, y se llaman respectivamente generosos, débiles y secos.

Los vinos ágríos de las malas regiones vinícolas, que se producen en ciertas localidades frías, son detestables por todos conceptos.

El vino de pasto no ha de tener más de 9 á 12° de alcohol; por eso no pueden considerarse como vinos de uso constante los generosos, ni hay organización capaz de resistir sus efectos, en buenas dosis.

Los vinos nuevos son poco digestivos, ménos nutritivos, y van cargados de sustancias y elementos que los hacen poco agradables.

Los mezclados con más ó ménos arte, son siempre malos.

## VIII.

### **Fatología vinosa.**

Hay vinos que no reúnen las condiciones y cualidades proporcionales que los hacen buenos, sino que ofrecen un sabor tan desagradable, que excepto las personas muy acostumbradas á ellos, nadie los puede beber. Entre las enfermedades ó defectos del vino, pueden apuntarse: las que provienen de la naturaleza de la vid, y de la falta de madurez en la uva; las que se deben al terreno, ó los abonos; las del gusto de la madera ó del racimo, cuando la fermentacion ha sido grande y de mucho tiempo; y la falta más ó ménos completa de las cualidades sensuales ya apuntadas. Generalmente la causa de estos defectos es debida á la incuria del cosechero, y el remedio más eficaz para corregirlos, es el mezclar los vinos que los presenten con otros vinos de mejor calidad, con alcohol ó aguardiente; y el emplear en cada localidad esas fórmulas tradicionales, jamás escritas, que los vinicultores van enseñando á sus hijos, y para las cuales, como suele decirse: «Cada maestrillo tiene su librillo.» Sin embargo, vino que ha nacido malo, nunca se enderezará, se bebe por beber, pero no se estima. Entre los hijos de la

uva, es tan cierto como entre los de la mujer, que: «quien mal anda mal acaba.»

## IX.

Siempre es curioso leer la cantidad relativa de alcohol que tienen los vinos más conocidos del mundo, cuyo apunte, para satisfaccion del vicio-  
so, incluyo á continuacion:

VINOS EXTRANJEROS.—El de Lissa tiene un 25,5 por ciento.—El de Marsala, 25,09.—El de Madera, 22,27.—El Lacrima-Christi, 19,70.—El de Constancia, 19,75.—El Carcavello, 18,65.—El de Alba-Flora, 17,26.—El Hermitage, 17,05.—El Rosellon, 17,92.—El clarete de Burdeos, 15,10.—La Malvasía de Madera, 16,40.—El de Niza, 14,63.—El Champagne, 13,80.—El Hermitage comun, 12,82.—El de Frontignan, 12,79.—El de Tockay, 10,58.—El de Siracusa, 15,28.—El de Sauterne, 14,22.—El del Rhin (Hock), 14,02.

VINOS ESPAÑOLES.—El de Jerez, 19,20.—El de Málaga añejo, 18,20; el ordinario, 17,25.—El de la Rioja alavesa, 12,9.—Rioja castellana, supurado, 19,1. (Tempranillo, 11,8).—El de Albacete, 15,6.—Alicante, fondillon, 20,3; comun, 11,4.—Almería, de 15 á 11.—Avila; nebillo, 12,9, tinto, 8,1.—Badajoz; de 15 á 9.—Baleares; mantuan-  
na, 19, ordinario, 11.—Barcelona; rancio, 22,9, ordinario, 11.—Búrgos; seco dorado, 14,2, ordi-  
nario, 12.—Cáceres; de 17 á 11.—Cádiz, manza-

nilla amontillada, 21,4; tintilla de Rota, 9,2.—Ciudad-Real; 14,5.—Córdoba; blanco, 19,4, ordinario, 9.—Gerona; rancio seco, 20,2, garnacha, 14,8.—Granada; rancio, 18,9, colorado dulce, 13.—Huelva; blanco amontillado, 14,5.—Huesca, de 16 á 12.—Lérida; garnacha, 13, moscatel, 11. Madrid; albillo, 17,9, tinto, 11,4.—Murcia; de 16 á 12.—Navarra; seco, 19, ordinario, 10,5.—Orense, blanco, 16,7, tostado, 9.—Palencia; tostadillo, 13, tinto, 9,2.—Pontevedra; tinto, 7,8.—Sevilla; de 19 á 14.—Tarragona; generoso, 22, tinto, 13.—Teruel; blanco, 7.—Toledo; áspero, 18,8, clarete, 11,5.—Valencia; blanco, 17,1, moscatel, 10.—Valladolid; de 14 á 13.—Zamora; blanco, 15, moscatel, 11.—Zaragoza; blanco seco, 17,2, ordinario, 12,5.

## X.

### El agua y el vino.

En el agua el oxígeno es el elemento que nos sostiene, y el hidrógeno el que nos anima. El nitrógeno del aire mantiene la armonía entre ellos, entrando en el aire disuelto en las bebidas.

En el vino, á esos elementos que sustentan la vida de las transformaciones, que es la de la naturaleza, se añade el carbono, que da á la suma de las funciones orgánicas el poder de animar el cerebro, de hacerle brillar. El carbono es la base de la luz, aunque el hidrógeno es su vehículo necesario, porque no hay cuerpo que en estado



de gas conduzca mejor el calor, en su fase más activa ó de mayor intensidad, que es la luz. El oxígeno es el cuerpo que sirve de apoyo mecánico á la combustion; por él arde el hidrógeno, y por él brilla el carbono. La luz del hidrógeno es pobre, mas en cuanto se une con el carbono, no hay luz más poderosa. Todas las luces del universo son hidrógenos carbonados, en las cuales pueden arder muchos cuerpos.

Nuestra actividad, que al fin y al cabo es un movimiento, una combustion incesante, brilla muy poco con el agua sola, y se trasforma en fuego, en inspiracion, en poesía, en admirable poder, con el vino.

El vino no es más que agua capaz de arder.

El agua apaga al fuego; añadid al agua un poco de carbono, convertidle en alcohol, y echadla al fuego; éste se multiplicará instantáneamente.

Lo mismo sucede en nuestro organismo. El agua nos sostiene, pero el vino nos enciende. Un hombre que bebe agua es un fósforo apagado. Solo se inflama cuando de tarde en tarde frota ó choca con algun cuerpo áspero; con el amor, que es una sustancia llena de dificultades. El que bebe vino es un fósforo siempre encendido.

Llevado el vino á la exageracion, se declara el incendio á bordo. Toda el agua del Océano no basta para remediarlo; el hombre se va á pique.

Casi toda la naturaleza se sostiene y anima con el agua, que es la vida en su forma más sencilla, y por lo cual se une y asimila á todas las demás vidas.

Lo que falta en ese todo, lo que nos hace decir: *casi*, es el hombre; el único animal que bebe vino; el único sér inteligente, segun asegura él mismo.

Si el hombre no bebiera vino, ó cosa semejante, nuestra especie hubiera desaparecido ya de la faz de la tierra.

Al vino debe la humanidad el no ser una de de las especies perdidas.

El agua fecunda, anima, pinta y decora la naturaleza; el vino fecunda, anima, pinta y engrandece nuestro cerebro, para el cual se han creado todas las maravillas de la tierra.

El agua es la compañera de las enfermedades; en la cabecera de los enfermos y encima de los ataúdes de los muertos no hay más que un vaso de agua. El vino acompaña al hombre en el apogeo de sus glorias, y es su mayor felicidad.

Un poco de carbono hace todo el milagro. Parece increíble que esta sustancia tenga tan poderosas virtudes. Por algo el carbono puro, aun como símbolo, y cosa bruta, es lo que mas se aprecia por el hombre. ¿Cuántos hombres hay tan felices que posean un par de diamantes? En el bolsillo, ni en el cerebro, no hay cuerpo que más valor nos dé que el carbono. El alcohol es agua carbonificada, es decir, una disolucion de polvos de diamante. ¡Por eso vale tanto una copa de Jerez!

En el pleito acerca de cuál sea mejor, si el agua ó el vino, un Juez Supremo dijo su última palabra, al tomar la copa en sus manos, y exclamar: «¡Esta es mi sangre!»

## XI.

**Los pintores de vinos.**

o solo las mujeres feas y descoloridas se pintan; tambien hay artistas poco escrupulosos que se encargan de pintar los vinos, para que engañen mejor á los aficionados.

Estos pintores son de dos clases: criminales y farsantes.

Los primeros son los que emplean en la coloracion de los vinos descoloridos la fuschina, la cochinilla y los carmines; los segundos son los que les dan color con el sauco, las moras, las remolachas, el mirtilo, el aligustre, las bayas de Portugal, la amapola, la dália, la malva, el tornasol, la orchilla, y otras sustancias.

Los criminales y los farsantes no son españoles de origen, porque nuestros vinos han sido

siempre ricos en color; pero el mal ejemplo de los extranjeros se ha aclimatado, por desgracia, entre nosotros, y es preciso combatirlo sin tregua ni descanso. Siendo el buen color del vino una buena cualidad, los cosecheros procuran llenarla del mejor modo posible. Todo vino fermentado con hollejo, pepita y escobajo, tiene color; y sin esas sustancias no. Los vinos de buen color, de color bien tinto, son muy solicitados para el comercio, y son higiénicamente más nutritivos y mejores que los claros ó blancos, y los que más se prestan para mezclarlos con los flojos; de aquí el que se procure darles color *à toda costa*, estableciendo el fraude en grande escala para engañar simplemente, aun á riesgo de hacerlos purgantes ó astringentes, en lo que estriba la *farsa*, ó para envenenar lentamente á los bebedores, que es lo que constituye el crimen.

La *fuschsina* es el asqueroso veneno que más se usa hoy para dar buen color al vino. Destilando el carbon de piedra, dá gas del alumbrado, cock y brea. Destilando la brea dá, entre otros muchos productos, varios aceites, y entre ellos uno que se llama *anilina*, que es la base de esa sustancia colorante, de tinte idéntico al de las flores llamadas fuchsias, á la que se dá el nombre de *fuschsina* ó rojo de anilina. Uno de los cuerpos que se hacen obrar sobre la anilina para producirla es el *ácido arsénico*, purificándola despues, aunque no completamente, con sal comun. Hay muchas clases y muchos colores de fuchsinas, segun el reactivo que se haga obrar sobre

la anilina; pero todas ellas son tan nocivas como la indicada. Esta sustancia se disuelve muy bien en el agua y en el alcohol, y dá inmediata é intensa coloracion al vino, aunque no dura mucho. En un vino que se guarde se precipita la fuchsina en el fondo.

Está probado, que aun sin rastro de arsénico, es un veneno; cuando contiene alguna pequeña cantidad de él, no hay para qué decirlo.

La fuchsina dá color rojo á todos los órganos del cuerpo; ataca radicalmente al hígado; tiene una accion fatal y pronta sobre los riñones y la vejiga, y sus efectos son incurables.

Si un vino tiene fuchsina, déjese caer una gota en el dorso de la mano, y téngase allí de cinco á ocho minutos, la mancha roja que quede sobre la piel, no se podrá lavar fácilmente con agua; si el vino no tiene esa sustancia, la mancha se quita en seguida.

Se coloran tambien con la cochinilla y los carmines laca y amoniacal, que son muy nocivos.

Entre las bayas ó frutas, que se usan para dar color, están: las bayas de Portugal, muy cultivadas ya en Europa, de magnífico color rojo carmin, y muy purgante en sus efectos; las del mirtilo rojo violado de poca fuerza; las de arrayan, de zumo rojizo, azulado y poco intenso; las de sauco, cuyo uso es el más general, de jugo rojo, oscuro, vinoso, muy fuerte, inofensivo en sus efectos, pero purgante tambien. Muchos droguitas poco aprensivos hacen con este jugo y con

alumbre y agua un líquido de teñir vinos, bastante dañoso. Las moras, en sus variedades y con su hermoso tinto violado, se usan también. Y la fuchsina y la orchilla, cuando dan poco color, se refuerzan mezclándolas con el zumo de remolacha y el carmin de añil, cuyas coloraciones son poco estables.

Muchos vinos nuevos y flojos se pintan con el bello color rojo violado del campeche, ó con el amarillento del palo del Brasil, que comunican al líquido sus propiedades astringentes en alto grado. En diversos puntos se usa la coloración inofensiva que dá el fruto de la cepa del Gamay.

Tantas y tantas suciedades se toman cuando muchas veces hay necesidad de engañar á la vista. Semejantes farsas, sin aumentar en nada el mérito ni las cualidades digestivas de los vinos, redundan la mayor parte de las veces en perjuicio de la salud.

¡Dichoso el que vive y bebe en el rincón olvidado de una comarca vinícola española, donde el vino no tiene más malicia que la de los mozos que lo han pisado y encubado!

## XII.

### **Los imitadores de vinos.**

El buen bebedor ha de ser puritano. Nada de imitaciones ni de mezclas. Es incalculable la cantidad de vinos falsos que se beben en las

grandes poblaciones. Es ridículo ya el número de fórmulas que existen para hacer vino que no es vino, desde las *Calabrias* francesas, que no son más que mezclas de mosto y de alcohol, hasta los inmundos mejunjes de los falsos drogueros licoristas.

Entre los vinos de árboles, arbustos y plantas más conocidas que se beben en algunas localidades, están:

El vino de naranja, formado con el zumo de estas, con cortezas, agua y azúcar.

El de frambuesa, el de moras, el de grosella, el de guindas, el de sauco, el de melocotones y albérchigos, el de membrillo, el de ciruelas y otros, todos ellos de puro capricho y de ninguna importancia; se hacen también con los zumos respectivos y con jarabe.

Se imitan todos los vinos del mundo con más ó ménos ingenio; así es que hay grandes depósitos de Jerez, de Málaga, de Burdeos, de Tokai, de Lunel, de Madera, de Borgoña, de Frontignan y de los más celebrados, que han sido elaborados en la trastienda de los licoristas, que se venden á cualquier precio y que se consumen como quien bebe agua, por ese vulgo compuesto de todas las clases de la sociedad, á quien el nombre y la apariencia bastan para entrar con todo. En los países poco vinícolas es donde más consumo se hace de estas variadas mezcolanzas.

## XIII.

**La sidra y la cerveza.**

Hay hombres á quienes les gustan las mujeres feas, insustanciales y desabridas. Hay bebedores que beben y ponderan la sidra y la cerveza. Cuestion de gustos.

En un país como el nuestro, en el que se cojen y se pueden beber tan admirables vinos, creo que es un verdadero sacrilegio el hablar de bebidas semejantes. Donde no hay vino, pase! El que no tiene mas.....

## XIV.

**El vino de España.**

No es este un tratado de vinicultura, ni en la intencion siquiera; pero siempre que se hable del vino, hay que insistir en la predicacion de las reformas de la industria vinícola; de esa industria que está llamada á hacer de nuestro país una mina inagotable. En la regeneracion social y económica de la nacion española, que ya es hora de que empiece, ha de entrar como importantísimo factor el vino. La naturaleza ha hecho de nuestro suelo un paraíso para el cultivo de la vid. La rutina y la ignorancia han convertido



ese paraíso en un zarzal enmarañado, pobre y casi improductivo. Los impuestos y las tarifas caen todos los años como un pedrisco sobre la cosecha.

La naturaleza continúa siendo la misma; preciso es que el hombre cambie en absoluto. El mal estado de la vinicultura, no depende del suelo, depende de la cabeza. Si nos descuidamos nos hundimos; Francia obtiene ya, ¡parece increíble! más y mejor vino que nosotros. Nuestra nación no tendrá vergüenza ni perdon, si consiente que continúe ese predominio.

Es verdad que tenemos:

Un suelo incomparable, en la mayor parte del país.

Un sol como el de Chipre, como el de Italia, como el de Madera.

Un clima dulcificado por dos inmensos mares.

Una extensión increíble de terrenos, hoy improductivos, que pueden dedicarse á la vid.

Unos vinos ricos en alcohol y en los principales compuestos genéricos.

Unos braceros sóbrios, sufridos y económicos.

Pero no es ménos cierto que tenemos también:

Una vinicultura primitiva y absurda.

Muchos sistemas de labores ya desechados.

Una recolección atropellada, hecha á un tiempo, esté como esté el fruto.

Una mezcolanza horrible de fruto verde y agraz, y de fruto mohoso y húmedo con el fruto bueno.

Un procedimiento de presión sucio y descuidado.

Un método de fermentación en el que se envuelven mostos que llevan ocho días de trabajo, con el recién producido por las últimas cargas.

Lagares, prensas y bodegas tan mal cuidadas, tan mal hechas y tan repugnantes, que de ellas solo puede salir vino de última calidad.

Cubas colosales en la que es imposible cuidar y tener el vino con las condiciones que la ciencia exige.

Trabajos de trasiego costosos, largos y muy perjudiciales.

Procedimientos de aclareo y limpieza que convierten una bebida inocente en una verdadera pócima.

Procedimientos de coloración como los que quedan indicados.

Absoluto apego a las antiguallas, poco espíritu para plantear reformas, y abundantes y ridículas excusas para rechazarlas.

Increíble conformidad con la miserable ganancia que se obtiene de la elaboración actual.

Suficiente orgullo para creer que los reformadores y propagandistas de las innovaciones científicas, no saben la quinta parte que los prácticos del país.

Poco gusto en la parte estética de los embases.

Poco dinero en general.

Muchos impuestos.

Buenos economistas y muy malas tarifas.

Descuidada instruccion aun en los mas sencillos rudimentos de las ciencias naturales y en la economía, lo mismo en los propietarios que en los obreros.

Y gran falta de poblacion; principal y fundamental causa del triste estado de España.

Con aquellas ventajas y con estos males, el problema está reducido á ir mejorando poco á poco, pero sin cejar un punto, entre otras muchas industrias, la vinícola.

Para ello, hay que confesarlo con satisfaccion, numerosos propietarios han emprendido ya el planteamiento de grandes mejoras en la elaboracion y cultivo; se obtienen maravillosos resultados, que de dia en dia aseguran las esperanzas que los hombres ilustrados acarician, de que los males desaparecerán de raíz, y de que la riqueza se fundará sobre sólidos cimientos. Los nombres de estos españoles distinguidos, acreedores al reconocimiento pátrio, van siendo ya muy conocidos, y en cada provincia, y en el país entero, se les considera y estima como se merecen.

La inteligencia y la buena voluntad han de redimir al suelo hispano, á este rincon privilegiado del mundo, copa de oro del néctar de los dioses, en el que tanta fama han alcanzado las vides de Jerez, de Málaga, de Valdepeñas, de Peralta, del Priorato, de Cariñena, de Nieblas, de la Nava, y de otros tantos preciosos criaderos. Sin necesidad de traer nuevas especies de vid del extranjero, pero aceptando todos los benéficos procedimientos que la ciencia aconseja, y que se han em-

pleado con tanto éxito fuera de España, aplicando á nuestros viñedos las modernas enseñanzas, con sujecion al clima y al terreno de cada zona; no empeñándonos en imitar á nadie, ni en hacer vinos estraños, sino en elaborar los nuestros con cariño y cuidado, el problema quedará resuelto para ventura y felicidad de los productores y de los consumidores.

## XV.

### **Las bebidas fuera de España.**

No hay buenos vinos más que en las naciones mediterráneas y en sus islas. La vid tiene aún que estenderse mucho y cubrir con sus hermosos pámpanos inmensas regiones. Nuestros modernos exploradores deben llevar al Africa la civilizacion orlada de hojas de parra. La mayor parte de los pueblos extranjeros se regalan con los ricos vinos de las naciones mediterráneas. En esta industria le espera á España el gran porvenir. Nos hace falta no imitar á nadie, sino cultivar y elaborar con cuidado, limpieza é inteligencia, y sobre todo con el propósito de conseguir que nuestros vinos sean los mejores del mundo.

Portugal tiene ricos vinos de Oporto y Lisboa, y los medianos de Tierra-caliente y Verde, para el consumo.

Francia ha conseguido á fuerza de entusiasmo y de trabajo, ser la nacion mas productora del

universo. Asombra lo que en materia de cultivo y explotación de vinos han hecho los franceses en pocos años. Sus notables vinos de pasto de muchos departamentos, sus Champagnes, Cognacs, Sautesnes, los deliciosos zumos de Armagnac, Marmande y otros, y su Borgoña, Burdeos y Rosellon, continúan bebiéndose con universal aplauso entre las gentes de buena conciencia vinícola.

Suiza no se distingue mucho en bebidas. Los vinos de Vaud, Valais, Neuchatel y los Grisones, no son más que regulares; y los vinos imitados de cerezas de Zong, de Agenciana, de flor de Iba y de otros frutos, á los que muestran los habitantes gran afición, son de buen beber.

Italia, como España, es gran país de vinos. Capri, Asti, Montiferrato, Alejandría, las islas, Sicilia sobre todo, dan escelentes productos. Hay infinidad de clase de vinos, y los elaborados con gran esmero, son en general de primer orden.

Grecia da en Corinto, Nauplia, Patrás y Atenas, muy buenos vinos, pero faltos de acertada elaboración. Las islas dan famosos licores.

Turquía tiene muy buenas comarcas para el vino, pero se cultiva y obtiene con poco cuidado; así es, que escepto el del Archipiélago que es bueno por naturaleza, no tiene en el resto del país importancia verdadera.

Austria: la Hungría dá claretos regulares; el Tirol algo mejores; Prestburgo muy aceptables tintos; los de Voslau son muy buscados, aunque tienen pocas condiciones de gusto; y el famoso

vino de Tockay, es, como se sabe, un verdadero regalo para los buenos bebedores.

Alemania en vinos de pasto vale poco, si bien en la del Sur se cojen algunos buenos; los de Iohannisberg, Asmannhausener, Otochnein, Roltlaender, Geisenheimer, Rudesheimer y otros, continúan siendo vinos de gran fama en la nacion y fuera de ella; y el Bacharadi, el Bingen, y algunos de Baviera y Baden se aprecian mucho en el país.

Rusia da en Besarabia y en Crimea buenos productos, y la region carpatiana el rico Tockay correspondiente; los vinos orientales de Astracan y el Cáucaso, no valen mucho; se consumen muchos vinos imitados de frutas, y muchos aguardientes en el resto del Imperio.

Inglaterra bebe vino extranjero, ya colonial propio del Cabo y de Australia, ó ya de nuestros países. Como todas las regiones del Norte, sustituye la cerveza, los aguardientes, los espíritus y las imitaciones y mezclas, á la falta de vinos de pasto.

En América empieza ahora el verdadero cultivo de la vid. Las repúblicas latinas van á emprender en grande la industria vinícola; y los Estados-Unidos tienen ya regulares vinos en el Ohío, y en otras regiones. Pero aun por largo tiempo han de surtirse de nuestras ricas bodegas andaluzas y catalanas, y de las de Castilla, si continúa el progreso en la buena elaboracion, felizmente iniciada. Animense nuestros cosecheros.

## NOTAS CURIOSAS.

Hé aquí la traducción de una leyenda árabe acerca de los efectos del vino.

«El diablo ha sido sábio desde el principio del mundo. Comprendiendo la importancia de la vid, se dedicó á cuidarla con especial cariño, y para que produjera maravillosos efectos, hizo en la planta las picardías siguientes:

Al brotar las yemas regó la raíz y el tallo con sangre de pavo real; al abrirse las flores y las hojas la regó con sangre de mono; al engordar los racimos los regó con sangre de leon, y al cortarlos y pisarlos, los remojó con sangre de cerdo.

Por eso al empezar á beber el vino se siente el hombre animado, flamante y orgulloso como un pavo real.

Al sentir el ardor de la bebida se alegra, salta y hace muecas como un mono.

Al crecer la chispa vuélvese fiero como un leon.

Y para fin de la jornada cae envuelto en el fango como un cerdo.

Se llama vino de *borricos* el que hace dormir.  
vino de *cobardes*, el mezclado en  
agua.

vino de *suegras*, el verde.

vino *moquero*, el que hace llorar.

vino de *cesta*, el que dan en las bodas.

vino de *escribanos*, el que hace reñir.

vino de *monos*, el que hace bailar y reir.

vino de *puerco*, el que se vomita.

y vino *taravilla*, el que hace hablar.

---



### EL LATIN Y EL VINO.

A estas cuartillas llegaba, cuando el cura del lugar, ex-capuchino viejo, hombre de sano corazón y cuerpo, verdadero patriarca con su fondo de sabio y sus humos de pícaro y decidor, entró en mi cuarto como entra siempre, sin aviso y sin



cumplimientos, y dejando á un lado su teja y su baston, frotóse las manos, y vino á darme unas palmaditas en la espalda diciéndome:

—*Omnia labor*; pero hijo, con el espantoso calor que este mes de Julio nos ha traído, te atreves á estar escribiendo tres ó cuatro horas! Bien es verdad que la estancia es fresca, que los árboles te rodean y los jilgueros te divierten... pero ¡calla!—continuó, reparando en la gran copa de vino que tenia al lado—¿es eso tinta ó vino? porque supongo que no escribirás con dos tinteros, y me choca por otra parte, el ver lo que nunca he visto, un cáliz tremendo sobre tu mesa! ¿Vas á buscar la inspiracion ahora, achispándote como un tudesco?

Por toda contestacion bebí un gran trago, me limpié los labios y el bigote, y le hice señal de que se sentara. Así lo hizo, y se quedó mirando con sonrisa burlona, como quien contempla una cosa rara y entretenida.

—Fray Blas,—le dije,—la imaginacion nos engaña á menudo: cuando escribimos acerca de un asunto que no conocemos ó cuyo objeto está lejos de nosotros, podemos caer en mil errores y exageraciones. ¿Haríamos bien ahora la descripcion de lo que pasa en Madrid? No; pero la haría cualquier testigo presencial. Usted no ha estado en el infierno, y sin embargo nos describe á menudo sus horrores. ¡Así se escribe la historia!

—No entiendo una palabra de lo que dices, replicó el cura.

—Calma, señor; esta copa de vino es el asun

de mi trabajo; estoy escribiendo acerca del placer y del vicio del vino.

—¡Oh, soberano asunto!; y haciéndolo así como lo haces, podrás poner debajo aquello de «¡Tomado del natural!» Quiero que me leas lo que va escrito.

—Sobre la marcha, padre; pero si ha de juzgar usted con conocimiento de causa, es preciso que remoje tambien el entendimiento. Son las once de la mañana y la hora convida; conquese...

—*Rogatus ab amico*; venga, venga un poco de ese blanco de Pozaldet, que se detiene tan poco en el cuerpo, pero que atraviesa por todo él como un escuadron de cosacos, arrollándolo todo; y dí que me traigan un par de polvorones de la despensa, porque el blanco es un caballero que debe ir siempre bien acompañado.

Llamé á una criada, volvió á llenar las copas, trajo los polvorones, y mientras Fray Blas comia y sorbia, diciendo á cada sorbo, ¡Jesús!, leí estos ligeros apuntes.

Al terminar, nuestras copas estaban vacías; el cura se enjugó el sudor y los labios con un gran pañuelo de yerbas, se recostó sosegadamente en su sillón, sacó el abdomen, eruptó tres veces, puso sobre el brazo del asiento su mano izquierda, y estirando el índice de la derecha con la mano levantada hasta la cabeza, cerró los ojos y dijo:

—¡Bien, hijo mio! honrado está el vino á maravilla, aunque á mí no es cosa lo que me gusta. Pero requiere este proceso que se oiga á todos, y

yo, con tu vénia de amigo, deseo añadir á tu trabajo algunas observaciones.

—Hágalas el padre, que yo las he de tomar como sabiduría pura.

—No tanto, hombre, no tanto; no seas tú como los navarros ó manteros de Palencia, que cuando en las oposiciones de aquella ilustre catedral ganaba el alto puesto de magistral ó penitenciario algun eclesiástico, levantábanle en alto en una silla, y llevándolo en triunfo y procesion por toda la ciudad, iban gritando por detrás: ¡Viva el pozo de *cencias!* el artesón de *solecismos!* Lo que yo te digo no es cosa mia, sino aprendida allá en el cláustro, en mis buenos tiempos.

—Sea como quiera, lo oiré con sumo gusto.

—Pues bien, hijo; me temo que con las lisonjas y ponderaciones que, con muy buen deseo por cierto, dejas hechas del vino, les ha de entrar á muchos la manía de beber más de lo que beben, y lástima grande será que tu librilla sea un un agujijon del vicio. Creo que no es ese tu propósito, y para ayudarte á que los aficionados no pasen del límite que la prudencia marca, he de decirte, sobre poco mas ó ménos, lo que, acerca del feo pecado de la embriaguez, dejaron dicho los antiguos.

—Tenga presente, fray Blas, que dejé sentado al principio que no me ocuparia de los borrachos.

—Pues déjalo correr, que á algunos les hará beneficio mi advertencia.

—Concedido.

—Has de saber, que el vicio de la embriaguez

ha sido condenado desde los primeros tiempos de la historia del mundo. El Espíritu Santo lo dijo por boca de Isaías: *Væ qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam, et potandam usque ad vesperam.* ¡Hay de vosotros los que madrugais para volveros á embriagar, y continuais bebiendo hasta la tarde! Dicen los teólogos que este vicio es: *Excessus in potu inebriante, causa voluptatis, usque ad violentam usus rationes privationem;* pero yo creo que aunque el vino no prive totalmente la razon, tambien puede llamarse borrachera, y pecado el empezar á perderla, y el no poderse tener en pié. Desde que aparece cualquier síntoma anormal debe el hombre suspender la bebida, porque ya puede darse el fuego por encendido. El borracho, chirliis ó mirlis, como dicen los tios, sin necesidad de perder la razon, es blasfemo, contumelioso, deshonesto, detractor, revelador de secretos, provocador, rencilloso, apaleador y homicida.

No sé cómo pintar la borrachera, que tantos males causa. Es un cieno infernal, en que sumergida el alma, no respira sino inmundicias del abismo. Lago Leteo, en que ahogados los sentidos, nada perciben que no sea contrario á sus objetos. Espíritu de las tres furias, que meteorizado, y reducido á un sujeto, le trasforma en ira. Vapor petrificante de actividad tan rara, que no contiene su virtud trasformativa en los cuerpos vegetales, sino que se estiende á convertir en mármol el espíritu. Soberbia contumaz delante de Dios, capaz de convertir al hombre en demo-

nio, como en otro tiempo lo fué para convertirlo de ángel, pues este mismo nombre le da Crisóstomo: *Voluntarius Dæmon*. Es rabiosa culebra y venenoso basilisco, (*Prov.* 23), pues ciega á tantos la malignidad de su ponzoña, que volviéndola contra sí mismo, acaba al sujeto en que se hospeda! ¡Cuántos borrachos fueron homicidas de sí mismos! Es fomento ciertísimo de la lujuria en toda sus especies; hospicio de la ira, manantial de las riñas y discordias; turbadora enfadósima de la paz pública; cuchillo sedicioso en los ejércitos, en los campos y en los pueblos; diablo anti-nubo, para discordia insufrible entre casados; crisopeya maldita que convierte el oro de las conveniencias en el hierro de la mendicidad, y despues en el plomo infeliz de la desesperacion; sentina original y conservatriz de las más criminales y diuturnas enfermedades, en sentir de todos los mejores médicos; tempestad maliciosa del cuerpo y alma, que arrojando centellas, piedras y rayos á todas partes, incomoda y destruye á la república, con lo que despide, y asola y mata á su alma y á su cuerpo, con los estragos interiores; pues es pecado odioso al cielo, en pluma de Basilio. Quimera verdadera, si es que puede haber verdadera quimera, pues pone al hombre en el estado contradictorio de ser y no ser; de estar en sí y de no estar en sí; de estar fuera de sí y dentro; de estar vivo para el mal y muerto para el bien; es, en fin, un demonio blando, aborrecible á Dios y á todo el mundo.

Absorto y complacido oía yo al capuchino, que imperturbable continuó de este modo:

—La borrachera debía perseguirse y castigarse por los magistrados y autoridades, como causa y fundamento de muchos crímenes, como la castigaron los romanos: «*Per vinum, aut lasciviam lapsis capitalis pœna remitenda est, et militiæ sin mutatio irroganda,*» como la castigó Maximiliano de Alemania y también nuestro Carlos V. Yo he leído muchas veces en los Proverbios que las cualidades características y esenciales de la borrachera son: los tumultos, las riñas, la ira y los golpes y heridas sin motivo: «*Tumultuosa ebrietas. Cui vœ, cujus patri vœ, ceui rixæ, asi fovæ, cui sine causa vulnera, cui cui suffusio oculorum. ¿Nonne his qui comorantur in vino, et student calicibus epotandis?*» Y en el Eclesiástico, también he aprendido lo mismo: «*Vinum multum potatum irritationem et iram, et multas ruinas facit.* El sábio griego Pittacus decidió que se castigase con doble pena el delito cometido por el borracho, conforme á las ideas de Laercio y de Aristóteles. Por solo el delito de embriagarse, dió Solon una ley á los atenienses para que pudiesen quitar la vida á su príncipe. En las leyes bárbaras y augustanas hay idénticos preceptos.

Mi maestro el gran teólogo y canonista padre Gobat dice que este vicio debiera castigarse la primera vez con destierro y la segunda con la muerte: «*Mihi dubium non est, inquin laudem meretetur princeps etiam ecclesiasticus, qui*

*ebrietatem voluntarius suis quo ad temporalia subditis prohiberet sub pœna exilii, aut etiam capitis, si exilio non emendatus sit, esto nullum in ebrietate committat delictum.*» Que no hay leyes: hacerlas. Que se opone la costumbre: derogarla. Al vicio es preciso perseguirlo con encarnizamiento. Los borrachos no se enmiendan con sermones. El borracho, no es hombre, no es nada; Nexio lo dice:

«¿Quæris quis site homo ebrio sus? Acqui  
Nullus est nomo (Nevole) ebrietas.»

Bebsabé decia á su hijo Salomon: «*Noli regibus dare vinum quia nullum secretum est ubi regnat ebrietas.*» En Flovio Vopisco, he leído que un emperador se enteraba de toda la política de las demas naciones, convidando y embriagando á sus embajadores.

Nadie que no esté borracho puede dudar de que la borrachera es un gravísimo pecado: «*Nemo nisi ebrio similis dicitur unquam, sit ne ebrietas peccatum.*»

Oye, oye, lo que dice San Agustin en su carta á las vírgenes consagradas: «*Ebrietas est slagitiorum omnium mater, culparumque materia, radix criminum; origo vitiorum, naufragium castitatis, turpitude morum, de decus vitæ, nonestatis infamia, animæ corruptela; in utroque sexu cuneta mala appetit, et nefanda commit.*» Oye á San Basilio: «*Ebrietas est dæmon voluntarius ex voluptate animis nostri inditus. Est malitice mater, virtutis inimica.*» San Juan Crisóstomo repite lo mismo. Mascardo, el padre Le-

sio, Próspero Farivaceo, Agustín Barbosa, los padres Catalini, Baldello, Vazquez, el cardenal de Lugo, Bonacina, Sanchez, Julio Claro, Celso y Caramuel condenan con severidad al vicioso borracho, y no te cito sus textos, que sé de memoria, por no llenarte la cabeza de más latines.

San Ambrosio llama rocin al borracho: «*Per ebrietatem fiunt ex hominibus equi ad hinentes, etc.*»

Los médicos condenan también la embriaguez con terribles sentencias: «Cuanto mayor sea el número de ansiadas copas que á tu vientre vayan, tanta menor salud has de disfrutar.»

*«Quod tibi potarum plus est inventre salutum  
Hoc minus è potis nisce salutis habes.»*

Si, hijo mio, sea tu libro no solo incitante atractivo para conservar la salud, por medio de la alegría y de los prudentes y metódicos tragos de vino, regalo incomparable, sino también predicador severo contra el vicio. Demuestra al lector, que el alcohol: «enardeciendo el cerebro de los hombres, se ve que huyen de ellos el pudor, la probidad y el miedo:

*«Denique quum mentes hominum furiarit uterque,  
et pudor, et probitas, et metus omnis abest.»*

y teman á la naturaleza implacable y justa los borrachos; ella no les perdonará. Vuelvo á repetir ántes de terminar, la sentencia de Isaías: «*¡Væ qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam, et potandum usque ad vesperam.*» ¡Ay de vosotros, los que madrugáis para embriagaros y continuáis bebiendo hasta última hora!»



Calló Fray Blas, y se me quedó mirando, con una pícarasca sonrisa en los labios. Admirado de la potencia intelectual del buen viejo, me levanté y le dí un abrazo. Después, recogiendo como pude el texto de su original peroración, la copié íntegra, uniéndola á mis cuartillas.

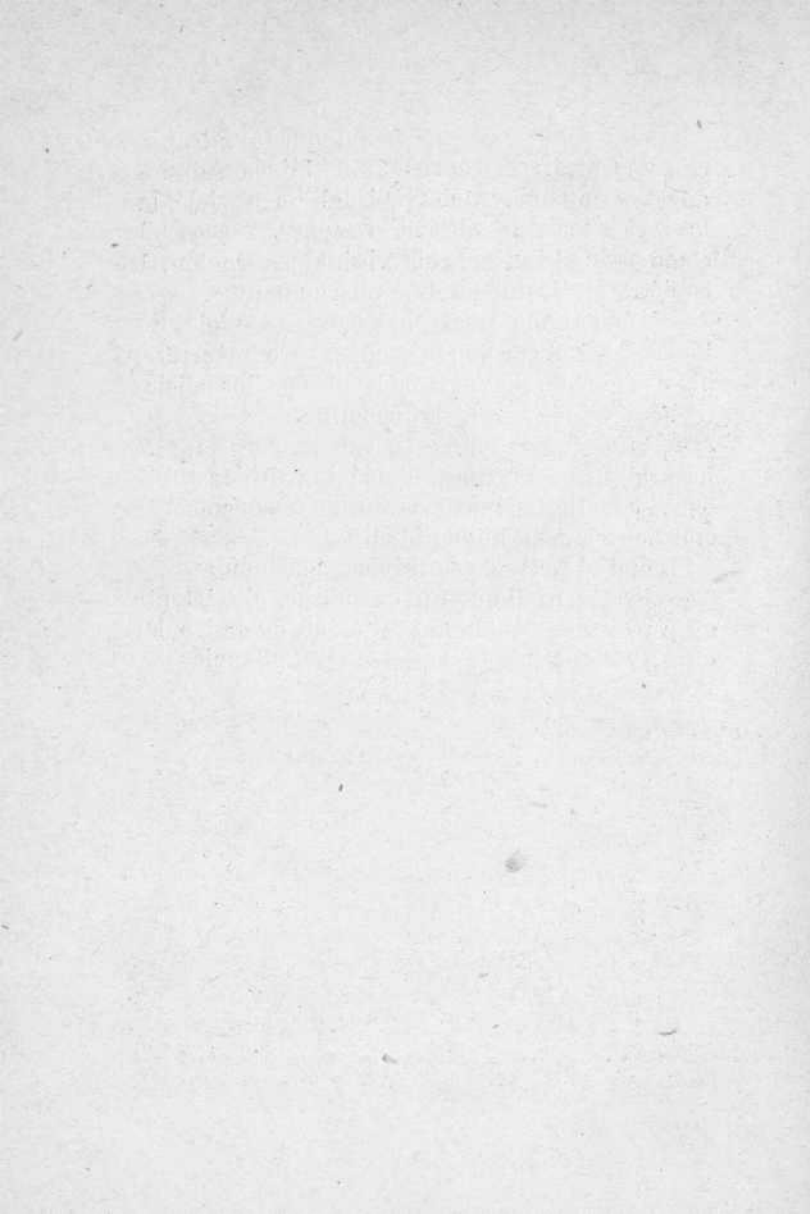
—Mucho daño hacen la piedra y el oidium, los hielos y el coco en las viñas, pero más terrible es el efecto de vuestros latines en los aficionados al vino,—le dije al concluir.

—Pues ninguna de esas calamidades, ni las naturales ni las latinas, si así las quieres llamar,—añadió,—causan tanto destrozo como la embriaguez á la humanidad.

Le leí el texto de su filípica y exclamó:

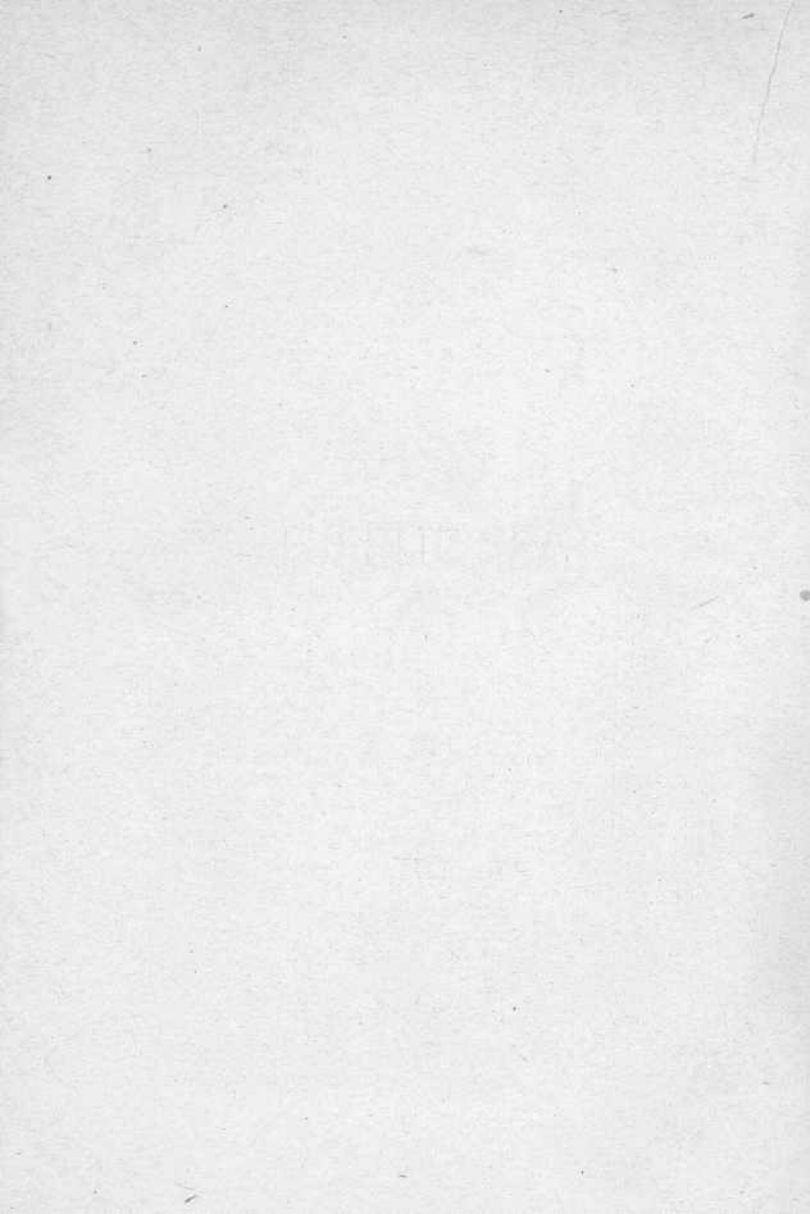
—Está bien; dí que un capuchino de setenta años responde de la autenticidad de todas las citas, y de la verdad de todas las sentencias.

---





LAS MUJERES.



---

# LAS MUJERES.

## PRIMERA PARTE.

### I.

#### La mujer.



o tengo sobre mi mesa ningún libro, ni ningún apunte, ni siquiera conservo en la memoria ninguna sentencia de cuantas han lanzado acerca del bello sexo los sábios, los santos, los filósofos, los tontos y los pícaros.

Quiero dejar á mi pluma que corra alegremente,

sin traba ni sujecion á maestro alguno, y guiada solo por el espontáneo empuje de mi cacúmen. Diré lo que crea, y creo que he de tratar ese asunto con alguna novedad, porque si la mujer no se sirve al lector, literariamente se entiende, con un guiso nuevo, es bocado que los poetas, los moralistas y los filósofos nos han hecho casi vulgar y aborrecible, presentándonoslo siempre de la misma manera. Gracias á las gracias que ellas tienen por naturaleza, que si no, imposible seria ya el que nos sedujeran tales cuales suelen aparecer perfiladas y detalladas en letras de molde.

## II.

### **El punto oscuro de la mujer.**

Tratándose de estudiar á la mujer, jamás se ha visto claro. Sucede con ella como con las ideas primarias de la naturaleza.

Nadie sabe definir la vida, ni el movimiento, ni el calor, ni la luz, porque al tratar de explicarlos, intentamos penetrar en el secreto de nuestra organizacion. Con la mujer sucede lo mismo. La mujer es una parte esencial de nuestro cuerpo, que vive de nuestra vida y de nuestro movimiento, y que se separó de nosotros en un día aciago, por un cataclismo inexplicable de la naturaleza. Constituia en nosotros otro sentido más, y al perderlo, hemos perdido la facultad de conocerlo y de explicarlo. Unida á nosotros, den-

tro de nuestra propia organizacion, nos dariamos cuenta de las sensaciones para que fué formada, como nos explicamos hoy el tacto, la vista y los demás sentidos, íntimamente ligados á nuestro cerebro y á nuestra inteligencia; pero partido, fraccionado como está ese sentido, siendo ellas la mitad y nosotros la otra mitad de él, ni la mujer sabe ni sabrá lo que es el hombre, ni el hombre lo que es la mujer.

Ese cataclismo tiene una historia, y el fenómeno resultante una explicacion.

La historia es esta: En el principio del mundo, llamando principio al de nuestra existencia en la tierra, no habia en él más que dos vecinos; Dios y el diablo. El primero se ocupaba en realizar el sumo bien, y el segundo en echarlo todo á perder. Aquí, sobre la tierra, la suprema maravilla creada fué el hombre. El diablo se asustó de tanta perfeccion reunida en una sola criatura, y empezó á mover todas las potencias del mal para destruirla. El hombre era perfecto; la perfeccion consistia en que el sentido completo de la generacion estaba dentro de él. Y lo mismo sucedia en todos los séres orgánicos. Trabajó el diablo con su inmensa sabiduría, y... vino el cataclismo. Adan se echó á dormir y le jugaron una mala pasada. Al despertar se encontró con que á su cuerpo ¡le faltaba *una costilla!* traducen los sábios; el lector traducirá lo que le parezca. Y, ¡es claro! á la costilla robada habia que darle una forma, y se le dió la de la suprema maravilla; la forma del hombre, un tanto echada á per-

der: «Nunca segundas partes fueron buenas.»

Adan no tuvo arte ni parte en el asunto. Estaba dormido cuando ocurrió el caso.

Al despertar se enamoró de la vecina. Nada más natural; la esencia de ella era suya, habia sido suya, eran su misma sangre y su misma vida, cuando fué perfecto.

Adan exclamó:

—Te quiero.

El diablo aulló:

—Te atrapé.—Y frotándose las manos de gusto, mandó al infierno el siguiente despacho telegráfico, con su sello de guerra de 15 céntimos:

«Dios ha hecho un pájaro admirable; yo he hecho la liga en forma de mujer. El pájaro cayó. Escribo.»

Y de la carta que escribió detallando el suceso, he tomado yo estos detalles.

Del cataclismo ocurrido á la obra maestra del organismo, enfermó toda la naturaleza orgánica, y los séres vivos se fraccionaron en dos partes: machos y hembras. Algunos se perturbaron tanto en la trasformacion, que quedaron mezclados, hermafroditas.

El octavo día de la Creacion nacieron, pues, las hembras; una enfermedad de la naturaleza.

En los otros mundos planetarios ó siderales de la naturaleza es posible que no haya sucedido esto, y que sean perfectos los séres.

El fenómeno resultante es de índole óptico-psicológica. Me explicaré. La mujer se presenta ante nuestra comprension de dos modos: ó inspi-



rándonos cariño, ó no; entendiéndose el cariño como amor, como aspiracion á la inmortalidad de la especie.

Cuando contemplamos á la mujer con ese cariño, cuando la amamos, entra á formar parte de nuestro sér, se nos restituye el elemento separado, se incorpora á nuestro corazon, ¡valga la metáfora!, y así como no podemos explicar qué es ni en qué consiste el misterio fisiológico de nuestro organismo y de nuestras funciones, así como no entendemos la dependencia psicológica que hay entre la organizacion y el espíritu, tampoco podemos decir qué sea la mujer amada, ni qué el amor.

Es decir, que bajo este punto de vista no se puede estudiar á la mujer, porque está dentro de nosotros, porque se nos impone fisiológicamente, porque ni los ojos la ven, ni la inteligencia puede explicarse á sí misma. Algo hay, pues, de verdad, en aquello de que el amor es ciego.

Cuando la contemplamos con indiferencia, sin amor sensual, la mujer está á tal distancia de nosotros que la potencia de la vista solo alcanza á verla brillar físicamente, pero sin poderla estudiar en su interior. Sucede con ella lo que con los planetas y las estrellas; los vemos, conocemos su volúmen, su peso, sus dimensiones, sus movimientos, pero no alcanzamos á saber nada acerca de su interior, ni de su objeto en el universo.

Es decir, que bajo este punto de vista solamente las apreciamos sin poderlas comprender.

De modo que, si en el amor no se vé claro, y

si fuera de él no hay más que miles de objetos incomprensibles, este punto es muy oscuro; y no hay razón para definirlo ni para explicarlo.

Las definiciones del amor y de la mujer son, pues, todas absurdas; solo la audacia sin límites del hombre ha podido pretender darlas.

### III.

#### **La mujer en la historia.**

Las necesidades siempre se nos imponen, como verdaderos tiranos.

Ese sentido que nos falta, la mujer, esa necesidad de primer orden, ha dominado siempre al hombre.

Bajo su imperio ha realizado y realiza la humanidad los actos más trascendentales.

Se asegura en la historia que ha sido considerada como una esclava, como una cosa; como sér, un sér menor y degradado; ¡cuestion de apreciaciones! hoy mismo hay también en las sociedades cultas mujeres cosas, mujeres muebles, esclavas y víctimas.

La mujer siempre ha sido reina y dueña.

Es un abismo en el que caemos con los ojos abiertos, en pleno uso de la razón, y después de haberlo pensado mucho. Y no hemos nacido físicamente para otra cosa que para caer en él.

Desde el momento en que Adán besó á su mujer, quedó decretado para siempre que ella sería

el objeto adorado, y él, el creyente adorador. Ella la diosa, él el hombre simplemente.

Todo el que ama se rinde; los que hayan besado con cariño á una mujer, por más que hoy se declaren enemigos de ellas, no son otra cosa que míseros vencidos, que huyeron cobardemente del campo de batalla, y que desprestigian al vencedor desde lejos.

El hombre ama, la mujer quiere; el amor es adoracion, es decir, reconocimiento de un sér superior; el querer es pasion, es decir, cumplimiento de un impulso natural. Las mujeres nos imponen y dominan, por lo cual no caben las diferencias que la historia nos señala.

En Asia, entre los pueblos errantes y las tribus bárbaras, la mujer fué una compañera, que no pudiendo pelear, seguía á los campamentos y á los ejércitos llevando sus hijos en la espalda, y ofreciendo tranquilo descanso á su compañero entre sus brazos, cuando venía la noche; en los grandes pueblos civilizados participó del refinamiento de aquellas lujosas sociedades, y fué señora y reina, y vivió tan considerada como el hombre.

No se puede decir que la mujer haya vivido rebajada en ningun pueblo, cuya lengua tenga estas dos palabras: *padre, madre*.

Al través del tiempo la mujer no es más que un purísimo espejo que refleja el estado social del hombre. Tal cual es el hombre, así es, ha sido y será la mujer. Por esto, escusaban haber hecho los historiadores la descripcion del modo de ser de la mujer en el tiempo.

En la belicosa y austera Esparta, ella se eleva sobre el nivel del mas estóico, del más severo de los espartanos. En la culta Atenas es ilustrada; y cuando el ateniense llega al rebajamiento, ella se rebaja. Roma republicana y varonil tiene mujeres consideradas, dignas compañeras de los conquistadores del mundo, que no son cosas ni esclavas, sino altivas ciudadanas: Roma imperial, la corrompida, núcleo de los vicios, tiene mujeres que desde el sόlio á la cloaca sustentan en todas partes la corrupcion. En uno y otro período habia esclavas; hoy tambien las hay.

Ante el pueblo degradado aparece el pueblo libre, salvaje, invasor; no tiene la civilizacion romana, prostituida por el vicio, pero tiene la independencia del hogar, honrada con el individualismo; la mujer del bárbaro es una compañera, una amante, una madre; parece que las grandes ideas de la regeneracion de la mujer, se habian predicado en las desconocidas y nebulosas etapas de la Germania, de la Sarmacia y de Scitya, y no en las orillas del Tíber. Del Norte viene la mujer libre, y emancipa con su ejemplo á la cortesana del Mediterráneo. El cristianismo y el individualismo se completan; la mujer renace. Pero cuando el señorío infame crea el feudo y el siervo, en pleno predominio guerrero-religioso, aparecen la sierva y la barragana; y los grandes «meten la pata» en el lecho de los servidores. El árabe quiere realizar sobre la tierra un principio del Paraíso futuro, todo amor; y guardando á la mujer entre «cuatro paredes», que dijo el filósofo

griego, reúne tantas como puede sostener, al estilo de los patriarcas de la antigua ley, y no como cosas, ni como muebles despreciables, sino como reliquias guardadas y muy amadas, las conserva para sí, apartándolas del trato siempre tentador y siempre peligroso de los demás hombres, y separándolas también de los públicos negocios, para los que no fueron criadas. ¡El árabe es muy sábio!

La adoración de la mujer llega al idealismo exagerado en el último siglo de la Edad media. Los guerreros mueren por ellas en sangrientos torneos; los poetas las colocan entre los ángeles. Petrarca y Dante encienden en su obsequio esos eternos blandones de esplendorosa luz, que las iluminarán mientras el mundo dure.

Las sociedades orientales se quedan con el matrimonio múltiple; las occidentales con el único. De aquellas no he de hablar; dejo mis reflexiones consignadas en los apuntes de viajes.

De estas he de repetir lo que queda apuntado: que en ellas refleja la mujer el verdadero estado social del hombre.

Aquí tenemos dentro de la familia:

La mujer hombre,  
 La mujer imposible,  
 La mujer cosa,  
 La mujer esclava,  
 La mujer castigo,  
 La mujer empresa,  
 La mujer baldon,  
 Etc., etc., etc...

con las mismas pompas y vanidades, y con las mismas penas y privaciones que en todos los tiempos pasados.

De cada uno de esos tipos vendria aquí pintado un capítulo, pero no ha lugar; el libro ha de ser compendiado, y sus descripciones tambien.

Compendiando, pues, diré:

Que así como ha habido en la historia mujeres reducidas á toda clase de estados, desde los más egrégios á los más infames, así en la sociedad moderna y dentro de nuestros mismos pueblos, se encuentran hoy las mismas clases y condiciones, entre ellas:

La mujer-hombre, prevalida de la importancia social que se las concede, considera en su casa al hombre como siervo verdadero, le obliga á trabajar, le dirige en sus negocios, le ajusta las cuentas y le niega todos los derechos inalienables é ilegislables de ciudadano.

He consignado la existencia de la mujer *imposible*, y cometido un error. Este tipo es ideal. Si viviera, seria aquella que practicase dentro del matrimonio, tan á gusto de su marido, absolutamente todos los actos, que mantuviese á este completamente satisfecho. Ni humilde ni soberbia, ni indiferente ni celosa; tales son [los cuatro flacos que no debieran tener; y que ó solos ó combinados, tienen todas, absolutamente todas. La mujer seria una maravilla, porque siendo como somos todos los hombres, ó soberbios ó mansos, ó pecadores ó tiranos, para antídoto, contraste, re-

medio ó enseñanza, nos convendría una compañera así, como llovida del cielo.

Con hombres imperfectos, y mujeres imperfectas también, debe producirse el desequilibrio horrible, el divorcio moral en que, con ruido ó sin él, vivirían la mayor parte de los matrimonios; pero en muchos casos la catástrofe no viene, porque «todo lo vence el amor.» Sin el cariño entre hombres y mujeres llenos de defectos, la sociedad doméstica es un infierno.

La mujer *cosa*, juguete necesario, capricho del hombre, alhaja preciosa de una vivienda, complemento del mueblaje, tipo muy abundante en la sociedad, es aquella que se toma «porque el hombre necesita casarse,» para figurar como casado en la cédula de vecindad, sin perjuicio de continuar haciendo la misma vida irregular, disipada é independiente que de soltero.

La *esclava* es la mujer de bien, la pobre víctima que conducida en un día de capricho ó de compromiso al matrimonio, pobre en general con relación á la familia del marido, sufre callada las imposiciones de éste y los desprecios de aquella; trabaja sin que nadie agradezca su trabajo, ama sin que ninguno le corresponda, y padece el incomparable tormento de que sus mismos hijos la consideren como un agregado casual del hogar doméstico. Ciega, muda y sorda ante todo, es mil veces más desgraciada que la esclava de los pueblos antiguos.

La mujer *castigo* es la que de mujer no tiene más que la figura y las pasiones, constituyendo por

lo demás en la familia una calamidad verdadera. Compañera, no hace sino fingir celos y fraguar exigencias; madre, ni tiene leche para su hijo, ni arte para cuidarlo, ni entusiasmo para vestirlo; mujer de su casa, sobra donde el trabajo de la casa la necesita, y en sus manos la vivienda más rica se convierte en un abandonado almacén de trastos revueltos; sensible, no sabe cuidar un enfermo; envidiosa, mueve entre sus amigas y vecinas la más aborrecible de las guerras, metiéndose entre ellas á sangre y fuego con su viperina lengua. Mujer muy abundante por desgracia, ha dado motivo á todas las sátiras, diatribas y errores que acerca de la cara mitad del género humano andan repitiéndose en el mundo desde los primeros siglos, por la pluma de los sátiros y por los lábios de los desesperados.

La mujer *empresa* no lleva al matrimonio amor sino un puñado de cuartos, con su cuenta corriente. Se asocia al marido por el órgano del bolsillo, y queda unida á él codo con codo, por los lazos del beneficio mercantil. Ninguno de los esposos reconoce superioridad en el otro, la moral es en ambos independiente, lo comun es el interés. No poseen en su estuche de recuerdos ni cartas amorosas, ni regalos de los felices tiempos del cariño; en él solo hay guardada una escritura prosáicamente rubricada por las uñas del escribano, y un libro diario del mútuo *debe y haber* de la casa. El tiene su amor, y ella el suyo, sin que ni uno ni otro se aperciban de tal ligereza, con tal de que públicamente se cubran ciertas apariencias



que por cierto jamás se cubren. Los hijos forman empresa aparte tambien, en cuanto salen del cascaron. Los sainetes dramático-juridicos de la buena sociedad, y muchos de los de la mediana, tienen por fundamento á esta mujer.

La mujer *baldon* es la que, arrancada en plena juventud del alegre concurso de la sociedad por algun maduro y arrepentido libertino, que la hace su mujer para ataviarla con pomposas galas, y disgustada de él á los tres dias, busca fuera de su casa una felicidad que no encuentra en ella, cambiando de caprichos á menudo, mientras el esposo resignado la lleva del brazo al teatro, al paseo y á misa, fingiendo una complacencia y unos brios dignos de un doncel de veinticinco años. Esta mujer marca con un sello terrible el nombre y la historia del que, mal aconsejado un dia, quiere refugiarse, á los muchos años, en la virtud del matrimonio, despues de haber perdido en disipadas horas la salud.

Etc..., etc..., etc... El lector que haya tenido aficion á estudiar la historia de los tiempos pasados, encontrará en la India, en Egipto, en el Pireo, en Pompeya, en la era de los Capetos y de los Valois, en las repúblicas italianas y en los reinos y municipios españoles, en la ruda Edad media y en el refinamiento de la Reforma y de las grandes monarquías de los Luises y de los Felipes, antes y despues de la regeneracion social del 89, estos tipos eternamente repetidos, que respectivamente corresponden:

Al hombre mujer;

Al hombre imposible;  
 Al hombre cosa;  
 Al hombre esclavo;  
 Al hombre castigo;  
 Al hombre empresa;  
 Al hombre baldon;  
 Etc..., etc..., etc.,

los cuales al través de todas las civilizaciones y de todos los cambios, se encuentran tambien en las páginas donde están consignados los sucesos grandes y pequeños de la humanidad. Pero aunque en tipos de tan distintas clases, siempre se ve á la mujer impuesta al marido como una necesidad, como un dueño, como una carga, como una pena ó un remordimiento, como una maldicion, como un auxilio, y como baldon, padrastro poco menos que infamante; y en todas esas fases es parte esencial de nuestra existencia, y órgano de decisiva importancia en nuestros actos y en nuestros pensamientos. Tal cual ha sido el hombre, ha sido, pues, la mujer al través de todos los tiempos de la historia.

#### IV.

#### **La historia de la mujer.**

Se divide en dos épocas: 1.<sup>a</sup> Tiempos fabulosos ó ilusorios; 2.<sup>a</sup> Tiempos históricos ó reales.

Los tiempos ilusorios son los comprendidos

entre el nacimiento y la boda; los reales son los de la mujer casada y madre.

Se llaman ilusorios aquellos, porque son fábula ó pura ilusion cuantos actos, palabras y pensamientos se forjan en ese período. Los sueños de la niña, los primeros rubores de la que se ha vestido de la largo, los veinticinco amantes que cada una ha tenido antes de tener esposo, las cartas, las miradas, los obsequios de doublé, los ósculos al aire y á larga distancia, las lágrimas que la ausencia y la ingratitud hacen verter; las citas en el balcon, los bailes, los versos del amante; los celos de las amigas; las mordeduras de las víboras de la vecindad; los sermones del papá; las esperanzas, los temores, las alegrías y las penas de las enamoradas, ¿qué son sino fabulosos castillos conquistados y rápidas ilusiones, sin color, olor ni sabor?

Es más; la mujer misma no es verdadera mujer hasta que no se casa. A lo sumo una jóven soltera será un proyecto, una aspiracion, un cróquis, una mujer imaginaria. Por eso todo cuanto se refiere á ella en ese estado, la hermosura, el amor, la coquetería, la elegancia y demás adimículos, son fábula é ilusion.

En este concepto, como quien habla de deliciosas é impalpables ilusiones, hablaré de esas cualidades y pasiones.

## ARQUEOLOGÍA DE LA MUJER.

## LA BELLEZA.—LA HERMOSURA.

Si la mujer estuviese tan bien dibujada y modelada como el hombre, no nos inspiraría admiración. Las mujeres nos parecen bellas porque son distintas de nosotros. El hombre se hizo á imágen de Dios; del génio vivo y despierto: la mujer á imágen del hombre dormido. Por eso es aplastada, redonda y abultada; por eso no es bella en pié, sino en la actitud del hombre que duerme.

El hombre tiene ante su libertad de acción el bien y el mal, y escoje siempre el mal.

Tiene ante la admiración estática la belleza masculina y la femenina, y escoje esta. En ambas elecciones predomina el instinto de la perversidad. Depende todo de que la perversidad es un vicio que halaga al corazón más que todos los placeres juntos.

El amor, que no es entre los seres orgánicos más que el prólogo de la muerte, se esconde siempre detrás de la belleza. Y la naturaleza, conociendo la afición del hombre á los contrastes, ha dibujado y modelado á la mujer con reglas opuestas á las de aquel, produciendo un ser estéticamente feo. Un hombre con formas de mujer sería la figura más ridícula de la creación. A esa ridi-

culez, en ellas, á ese contraste con nuestras líneas, se llama *belleza*, porque detrás de la fealdad y en medio del contraste, vive y alienta el amor. Este produce tal ilusion óptica en nuestro estudio, que si la mujer en vez de tener esas formas tuviera las de una culebra, sería esta el símbolo de la belleza.

¿Qué extraño es que gusten tanto á tantos las mujeres feas?

Con el admirable aparato óptico de la vista se perciben los objetos tales cuales son, siempre que la voluntad no coloque entre él y el alma esos medios transparentes que refractan y coloran la luz, en cuyo caso se ven con muy distintas cualidades. El espíritu tiene tambien sus prismas. Entre ellos, el de mayor índice de desviación, el que da á la mujer un admirable color de rosa, es el amor. De modo que este no es más que un prisma moral colocado detrás del ojo y delante del alma, en ese lugar maravilloso, cuyo entendimiento y situacion desespera en las ciencias fisiológicas y psicológicas á los grandes sábios.

Cuando le fué arrancada al hombre la *costilla* en cuestion, le colocaron ese prisma en el centro del cerebro, sujetándolo con los nervios de los sentidos. Así es que todos llevamos con nosotros la causa que predispone al amor, por medio de la admiracion de la belleza. No hay nadie que al ver una mujer bella, no sienta asombro y estremecimiento en el alma. ¡El pícaro prisma! Y si insistimos en mirarla, el amor nace sin remedio.

Los enamorados ven al través del pérfido aparato, desviador de la luz y de la razon:

#### EL CONJUNTO.

Es la mujer la obra más bella y más acabada de la creacion. Todo nos parece inferior y pobre ante ella: todo nos es indiferente. Nuestra ilusion tiene todos los caractéres de un descubrimiento. Cada hombre que se siente enamorado y correspondido es un Cristóbal Colon, que arriba á un nuevo mundo, vírgen y desconocido. Se siente el orgullo de la hazaña realizada. El espíritu se abisma en penetrar en la belleza incomparable del objeto amado. Y se cierran los ojos, y se pasan las horas en la soledad dibujando en el pensamiento aquellas maravillas que empiezan á pertenecernos.

Como si no hubiera más mujeres que *ella* en el mundo, ni la belleza, ni las galas, ni las palabras de las demás nos llaman la atencion. Nuestra mujer lo comprende todo; las otras son vana quimera, sombras que pasan, algo que se mueve, pero que dudamos que exista. No la hemos contemplado detenidamente, la ofuscacion nos ha cerrado los ojos; solo vemos un conjunto ideal, indescriptible que no se puede detallar, pero que admiramos embelesados.

El perfil airoso de su cuerpo, es tal cual lo hemos soñado en la belleza perfecta; aquellas líneas se confunden con el ambiente impalpable; no hay en ellas dureza, ni irregularidad; son suaves, de-

licadas, hechas como á modo de un rasgo magistral por un dibujante divino. Su contorno tiene una esbeltez majestuosa, una arrogancia gentil, y parece modelado para que los céfiros jugueteen lo acaricien revoloteando, escondiéndose y persiguiéndole en sus ondulantes curvas y sinuosidades. Su cabello es finísimo velo que corona un rostro teñido con los colores mas transparentes y puros de la rosa; su pecho es algo del ideal sublime realizado en materia palpitante; sus maneras son la gracia personificada; su voz un eco que conmueve todo nuestro sér; sus palabras un manjar más sabroso que todos los esquisitos manjares, que han sabido preparar la naturaleza y la inteligencia.

Despide un perfume que nos embriaga, el olfato no lo percibe, sino el alma, que al parecer está dotada de nuevos sentidos, capaces de sentir las impresiones ideales.

¿Hay algo de real en todas estas expresiones? ¿No es todo este vago idealismo fábula é ilusión? Y sin embargo, ¿qué amante no las ha repetido cien veces? ¿Quién no ha sentido y palpado cómo se sienten y se palpan las sensaciones verdaderas, estas fantásticas creaciones del amor?

#### LOS DETALLES.

El hombre es el arte ario, precursor del arte clásico: es el gusto romano, heredero de la tradición griega. Es el Apolo griego enhiesto é inmóvil, al que dió Miguel Angel movimiento con

su cincel creador. La mujer es el arte indico, precursor del simbolismo egipcio, es el gusto plateresco, hijo de la Reforma. Es la Vénus antigua, pura y desnuda, á la que vistieron Borromino y Churriguera con cintas, racimos y cascabeles, cortándola los brazos y poniéndola patas de taburete.

Pero el enamorado que tan ideal la vé en conjunto, la vé divina en los detalles.

#### LOS OJOS.

Son la síntesis de toda la mujer. Convencen sin hablar, arrastran sin tocarnos, embriagan sin perder nada de esencia, enloquecen solo con una mirada. El hombre más rudo siente bullir en su cerebro abrumadora elocuencia en cuanto su amante le mira. Toda la poesía del pueblo ha brotado al choque de las miradas con los corazones.

El *fiat lux* de la creacion se repite diariamente con el espíritu de los jóvenes, en cuanto se sienten animados por los ojos de una mujer. El alma del hombre es un verdadero caos hasta que se encuentra alumbrada por la mirada de una mujer. Nadie ha ideado grandes proyectos, ni se ha sentido hombre, poderoso genio y grande, hasta que ha sido mirado con amor. La poesía, el entusiasmo, la aspiracion á los grandes hechos, la tendencia á la inmortalidad, brotan como por encanto, se crean ante ese *fiat lux* que nos envian unos ojos amantes.



Se dice, en verdad, que los grandes cuadros y espectáculos de la naturaleza abisman al hombre en profundas meditaciones y elevan el alma á Dios. Las grandes tormentas intertropicales, los bosques vírgenes americanos, las serenas noches en el mar, las pirámides y las ruinas en el desierto, las horas que siguen á la conclusion de una batalla, la audicion del Mesias de Handel en la catedral de Glocester, la lectura de un poema de Hugo, producen una formidable sacudida en la mente, y hacen relampaguear á nuestra imaginacion; pero ¿qué vale ese efecto ante el que se siente cuando miramos en las profundidades de la negra pupila de unos ojos hermosos? En su contemplacion se abisma y se anonada el hombre, y aquel misterioso brillo que vemos resplandecer en su fondo oscuro, aquella luz que centellea en el abismo, dentro del cerebro de nuestra adorada que nos fascina, nos deslumbra y nos hace caer de rodillas, es la huella de fuego que Dios ha dejado en el alma de la mujer para que sepamos dónde está el altar más sublime de la naturaleza en que debemos adorarle.

No hay reliquia santa que merezca ser besada con más veneracion que los ojos de la mujer. El hombre más pobre y más desgraciado goza de la suprema felicidad terrenal, y vé lo más grande que hay en la creacion, si puede disfrutar de la mirada de su amante compañera; si en aquellos ojos no encuentra alivio y consuelo, que no vuelva los suyos á ninguna parte.

He leído las 4.000 páginas de letra menuda

que el gran catedrático alemán Helmutz ha escrito acerca del ojo, ese admirable tratado de *Optica fisiológica*, verdadero monumento de la ciencia moderna, y todas ellas me han parecido una sola palabra, al lado de lo que se puede decir de los ojos de una mujer.

El pensamiento es rápido, pero no puede competir, en lo que abarca, con la infinidad de frases y pensamientos que hay en la mirada de la mujer. Es el infinito hecho símbolo. ¿Quién no ha visto á Dios representado por un ojo abierto, en medio de la inmensidad?

Rivales eternos de la luz, los ojos la absorben toda, y por eso son negros; los azules son ojos á medias.

Cráter encendido del volcan del sentimiento, dejan escapar la lava de las lágrimas cuando el corazon está muy agitado.

Emblema del reposo, se ocultan bajo los rosados párpados, guarnecidos de hilos de azabache, cuando el cuerpo y el alma se encuentran fatigados.

Como simbolizan á Dios, simbolizan tambien á la vida, pues la muerte se muestra siempre entre nosotros con los ojos cerrados. Dios y la vida son el amor presente; la muerte es la negacion del amor. El amor de una mujer empieza en una mirada y concluye en otra, en aquella que nos dirige con el último latido de su corazon.

## LA BOCA.

Humilde sierva de la poesía es la prosa. Pobre y pálido reflejo del cielo es la tierra. Ruda y pesada forma de la idea es la palabra. En lo alto, allá donde el espíritu sueña, están la poesía, el cielo y las ideas; entre los hombres, aquí donde todo es triste realidad, están la prosa, la palabra y la tierra. En lo alto, en la region del pensamiento, en el cielo de la poesía, están los ojos; debajo de ellos, para el servicio de la prosáica existencia de la tierra, está la boca. La distancia que los separa es infinita. La que hay desde los hondos valles del Tibet hasta la helada cumbre del Himalaya; la que hay desde la quilla del buque hasta el fondo del océano son insignificantes, comparadas con la que media desde la region donde el aire vibra, á aquella donde la luz, manifestacion suprema del movimiento, vibra tambien, poniendo en comunicacion á nuestros ojos con los mundos más apartados.

Y á pesar de esa diferencia y de esa distancia, ¡cuán bella nos parece la boca de una mujer!

Los ojos son la estacion de partida del alma, todo luz; la boca es la estacion del cuerpo, todo vejetacion. Aquellos, absorben ávidos los rayos de ese movimiento divino, son negros por una necesaria ley fisica; ésta se muestra con la gala, con el colorido más agradable que la vejetacion ostenta, con el matiz de la más bella de las flores, con el color de rosa.

Voluptuosamente entreabierta exhala ideal perfume, y cuando habla de amor rinde con una sola palabra al hombre.

Los ojos, sin decir una palabra, son elocuentes, atraen é imponen, hay en ellos cariño y pudor. La boca no habla, convida, arrastra sin obstáculo que la defienda, es toda pasión. Aquellos aman sin meter ruido; esta es muy pregonera y muy bulliciosa, no hay estruendo que espante más al corazón que el de un beso. Aquellos tienen la virtud de ser inmaculados, pueden rendirse una y varias veces sin que pierda el alma su pureza, esta no sufre contacto sin empañarse, y una vez rendida, deja impuro al espíritu para siempre.

Humilde por su posición y por su forma, sobrepuja sin embargo la boca á los ojos en el complemento del amor. La mirada es un decreto imperial sin firma, el beso es la firma del emperador. Las miradas solas son relámpagos de verano; el beso es un trueno: cuando ambos fenómenos se suceden, la tempestad es segura. La belleza dibuja la boca pequeña y los labios un tanto entreabiertos y ligeramente abultados. Una mujer con la boca grande ó con los labios lisos ó disformes es una prueba *movida* de la fotografía de la naturaleza: no sirve.

En el fondo de la preciosa abertura que los rosados labios forman, se distingue purísimo el esmalte nacarino de los dientes. Aquí no consiente el arte ninguna imperfección. Jamás el amor, valiente guerrero, sitiara una fortaleza desportillada, por arrogante y bella que sea.

## EL CABELLO.

Los valientes se batan á pecho descubierto; los cobardes han inventado el uso de cestones, murallas y trincheras. Cuando se asalta y se conquista la posición no encontramos más que tierra, ramaje y escombros. El cabello natural es gala y defensa que siempre adornan á la hermosura; el cabello postizo es un parapeto de cestones, una trinchera de tierra y ramaje, detrás de los que se esconde el amor, para dejar en nuestras manos, cuando ocupemos el fuerte, escombros, tierra y piedras peladas.

Ninguna corona de los emperadores y de los potentados; ningun adorno de la naturaleza, son comparables á la corona y adorno del cabello propio. Por eso desde los primitivos tiempos ha sido una de las atenciones preferentes de la mujer. El hombre hace el sacrificio de cortarse el cabello para que ella ostente sin rival el suyo, ese don hermoso de la naturaleza; sacrificio imponderable, cuyo alcance no comprendemos porque la costumbre de no llevarlos nos ha hecho perder la enseñanza que se deduciría de la comparación. El hombre con todo el cabello y toda la barba es la obra maestra del gran artífice. En nuestra aberración, en el refinamiento de nuestro extravismo físico y moral, no sólo hemos hecho la tontería de privarnos del pelo, monomanía unánime ya arraigada, sino que hemos llegado hasta el atentado de despojarnos de la bar-

ba. Un hombre afeitado es la caricatura de la imagen hecha por Dios. Un hombre semi-afeitado, con una ó varias partes solas del vello del rostro, es la caricatura del hombre mismo. ¿No os parece ridículo que los chinos y otros pueblos orientales se dejen el largo mechón en medio de la rapada mollera? ¿Pues qué más dá que ese mechón, untado de sebo, esté sobre el labio superior, ó que aparezca esponjado como cola de zorra á los lados de la cara, ó que cuelgue á guisa de apéndice de chivo en el extremo de la barba? Pintad á Adán en el paraíso, al lado del Creador, con bigote de realista, con patillas ó con bigote y pera, y os reiréis sin duda de tal ridiculez. Pues haced cuenta que os reís de vosotros mismos.

Con la mutilacion del cabello del hombre han ganado mucho la belleza de la mujer. Realmente, más que un artístico marco de oro y perlas, decora al bello rostro femenino el soberbio y elegante tegido de ondas, vueltas y caídas del peinado; más que el fondo de tisú, seda y oro de un trono, realza á la belleza el lustroso y fino cabello cuyos pesados y arrogantes bucles deslizan sus espirales suavísimas en torno del pálido rosado cútis del rostro, y á la nevada superficie de la robusta garganta y de los redondos brazos.

La belleza no transige con el pelo postizo, porque cuando este desciende de su alto torreón, vienen á sustituirle la horrible redecilla ó el prosaico gorro, ó el rústico pañuelo, ó la charivárica cófia. ¡Poned esas diademas á la Vénus de Milo!

## LA CINTURA.—EL TALLE.

Para conocer si una mujer tiene gusto artístico mírese á su cintura. La admirable línea que baja desde la garganta á la falda, siguiendo el perfil del talle, y el círculo que la corta sobre la cadera, son dos coordenadas que determinan la belleza del cuerpo. En la belleza natural hay un extenso óvalo que tiene su diámetro mayor vertical en la línea que une al centro del pecho con el punto de contacto interno de las dos rodillas, y su diámetro menor en la anchura de las caderas. Para esta belleza la cintura está muy alta, debajo del pecho, como la tienen las estatuas griegas y pompeyanas, como la gastaron las damas del primer imperio napoleónico, y nuestras majas de principios del siglo. Esta es la cintura bella, la del talle alto.

En la belleza artística el cuerpo de la mujer toma el perfil del cáliz de una flor; el talle es largo, dibuja en su base la ondulacion arrogante de la cadera, se alza ensanchándose suavemente y bordea en su extension el amplio pecho y la redonda espalda. Es la cintura artificial, la moderna, la cintura coraza, que aparta al cuerpo todo lo posible de su forma natural.

En la exageracion de estas líneas, se cometen á menudo grandes faltas. Hay cinturas tan delgadas que son verdaderos adefesios.

Cuando la mujer ha sido madre, la cintura

desaparece; el organismo ha entrado en una fase incompatible con esas líneas delicadas.

Queda un cuerpo más ó menos hermoso; y en cuanto al talle, generalmente se describe diciéndolo con ironía: «¡Pero qué talle!»

#### LAS MANOS.

Mucho pueden juzgar los ojos en esta cuestión, pero no son ellos los que la deciden. Las manos se aprecian con las manos. El doncel enamorado que coge furtivamente la mano de su bien querido, siente lo que no se puede describir. Dos amantes con las manos cogidas forman una pila eléctrica, cuyo circuito está cerrado, y por consiguiente en acción. Las palpitations del corazón se identifican; la sangre marcha con la misma velocidad; los pensamientos se confunden; los dos seres son uno solo; union sublime verificada por el entrelace de los dedos. Las manos son verdaderos reóforos de esa divina corriente que nos ha dado la vida, y que se la dará á nuestros hijos, llamada amor. Cuando las manos se separan, el circuito se rompe, la pasión se convierte en ideología. Estas dulces sensaciones, percibidas al través del tacto, lo mismo las siente la aristocrática pareja formada por el príncipe y la marquesita de X, de finísimos dedos, como el macizo duo que se hace el amor en mi portal, constituido por el aguador de rugosa piel y la rústica criada, cuyas manos terminan en idénticas formas que las del hipopótamo.



Generalmente el hombre no puede mirar á gusto las manos de la mujer, porque en cuanto ésta nota que se las miran, se estremece y las oculta; movimiento instintivo, y en cierto modo explicable en todas ellas. No quiero decir el por qué.

#### LOS PIÉS.

Si la mujer es todo belleza, idealismo, amor y aire, ¿para qué necesita piés? Si la mujer no ha de salir de su casa «sin licencia de su marido», para que no se la lleve el diablo por mal camino; si ha de vivir dentro de cuatro paredes, ahí están los chinos reduciendo su pié á la estension más diminuta posible; y aquí estamos nosotros ponderando la necesidad de que el pié sea pequeñito, absurdamente pequeño.

El pié desnudo de una mujer no enamora á nadie; aquella no es la belleza soñada. La blanca calceta y el zapato descotado, ó la alta bota de convexo realce, que complementan el pié, y que por casualidad se aciertan á ver en el rápido giro del vestido, en el día de viento ó de lluvia, eso es lo que adoramos. Muchas veces el pié que nos enamora no es natural, es una trampa hábilmente trabajada por el zapatero.

Seduca el pié pequeño más como símbolo que como objeto. Un pié diminuto nos revela una mujer fina, semi-aérea, ideal; un sér que debe tener alas y que no ha necesitado en los piés más que el diseño, la indicacion de la existencia. Un pié

pequeño es una advertencia, porque dice al amante: «Tú eres el que has de sostener este cuerpo, y el que lo ha de llevar por el largo camino de la vida»; y porque dice también á la mujer misma: «He nacido para andar poco; la casa de mi padre ó de mi esposo no me cansarán nunca, pero el inmenso camino del mundo sí.» Dios le ha dado á la mujer los piés pequeños para que ande con cuidado, para que no sea corredora, porque la que anda mucho, tropieza á menudo.

Desconfiad de la mujer que sale con frecuencia de su casa, porque es señal evidente de que está acostumbrada á los tropiezos. ¡Ay de la que no se asusta de caer!

Hacen bien las mujeres en cuidarse mucho de su calzado. No hay acusador más severo de la desidia de la mujer, que unas botas torcidas, rotas ó súcias. No hay engendro más despreciable que la mujer desidiosa.

El bello ideal de las jóvenes pobres es el poderse comprar unas lindas botas nuevas, porque instintivamente comprenden la persuasiva é irresistible elocuencia de los piés bonitos.

Cuando el diablo de la casualidad levanta algunos centímetros una falda, y se vé un pié que sobre la nevada calceta ostenta en el gracioso descote un broche de brillantes y un lazo enano de color de rosa, chicos y viejos, reyes y cardenales, ángeles y querubines, dicen: «¡Ole! ¡Ole!»

## VI.

## LA HERMOSURA.

En la juventud hay imaginación, talento natural; en la edad madura hay sabiduría, talento condensado por la experiencia. Esto en el hombre, en cuanto á su mayor mérito. En la mujer la belleza es el ideal que distinguimos al través del prisma de la pasión, como perfecto conjunto de dibujo, de colorido, de gracia y de vida; pero la belleza es propia de la juventud, no de la edad viril. En ella, á la sabiduría en el hombre, corresponde la hermosura en la mujer. Las jóvenes son bellas, nunca hermosas; las madres son hermosas, no bellas. La hermosura es la belleza condensada en las formas finales que adquiere el cuerpo en su completo desarrollo.

A los ojos ardientes y movibles, suceden los ojos serenos y reposados.

A la boca trémula y escitante, la que dibuja plácida sonrisa.

Al cabello romántico, el peinado majestuoso.

Al color pálido-rosa del rostro, el sonrosado fuerte.

Al óvalo de la cara, la barba anchurosa y redonda.

A la garganta esbelta, el contorno grueso.

A los hombros de suave y delicado escorzo, el hombro arrogante y macizo.

Al pecho alto y de cortado perfil, el pecho que todo lo invade.

A la cintura aérea, el cuerpo nutrido y hermoso.

A la ligereza en los movimientos, el compás altivo y sosegado.

A la voz argentina y vibrante, la palabra suave y llena.

Todo esto es encantador, admirable, de irresistible atractivo, pero no es bello; es espléndido, exuberante, inmenso, es imponente, es hermoso.

Nunca se ha dicho que las Venus clásicas sean hermosas, son bellas; en cambio, las matronas, admiración de todos los pueblos, son hermosas.

La juventud da al hombre imaginación, á la mujer belleza.

La virilidad da á aquel sabiduría, á esta hermosura.

Ahora bien; por esa eterna ley de la perversidad de la inclinación, vulgarmente llamada del contraste, á los jóvenes les seduce la hermosura, y á los hombres maduros la belleza.

Es lo común que á los chicos les gusten las señoras hermosas y las jamonas, y á estas aquellos; y que á los hombres les arrastren las niñas, y viceversa. Apelo á la memoria de todos, y de todas.

La hermosura termina en cuanto la madre llega á suegra, es decir, que dura por término medio de quince á veinte años. La abuela es un monumento de cariño, de experiencia, de edad, de mal genio, de todo lo que se quiera; y como monumento, un adorno pasivo, pero nada más.

No hablo de la hermosura *compuesta* por no descomponerme.

## EL AMOR.



A física no sabe lo que es la fuerza; la metafísica no sabe lo que es el amor. Y así como la primera ciencia dice: «Fuerza es todo lo que es capaz de producir movimiento;» la segunda puede decir: «Amor es todo lo que es capaz de origi-

nar la vida.» El amor, lo mismo que la fuerza, tienen distinta importancia y significado, según la materia de aplicarse y utilizarse. Fuerza es la que hace hervir el agua en una vasija, sin que á nadie le choque ni le admire; y esa misma, utilizada por la inteligencia, nos ofrece el soberbio y grandioso espectáculo de una máquina de vapor, que anima un centenar de artefactos, ó que arrastra un pueblo entero, en forma de carruajes. Fuerza es la del lacre, que frotado atrae

un trozo de papel, que no nos llama la atención; y esa misma, al hacer brotar la chispa entre los extremos de dos barras de carbon, produce una luz, rival de la del sol; extraordinaria conquista que nuestro siglo admira. Así es el amor: sin expresión y sin atractivos en muchos seres inferiores, hace del ruiseñor un artista sublime; del león una fiera sangrienta, y del hombre un poeta y un creyente. En un sencillo labriego es una pasión que inspira ternuras y cantares; en el hombre instruido y de ingenio, es un delirio que inspira hechos heroicos y poemas. Garcilaso, Petrarca y Byron, son la luz eléctrica, inflamada en el cerebro humano entre los dos polos del amor y de la poesía.

No sabemos lo que siente la naturaleza en esa especie de amor de las fuerzas que une unos átomos con otros, y unos mundos con otros mundos; pero sí sabemos lo que el espíritu siente en la atracción de unas almas con otras; de una generación con otra generación. Es indudable que tanto en la atracción física como en la moral, la naturaleza no hace más que unir elementos diversos. Todo lo creado tiene tendencia á la unidad.

Para mí hay aquí una revelación.

La separación en que viven los componentes de la naturaleza, es puramente casual y pasajera. Todos ellos estuvieron reunidos en un solo cuerpo, con una sola fuerza antes de la creación ó constitución actual. En un momento, jamás pensado ni descrito, esa fuerza y esos elementos

se dividieron, formando los inmensos mundos actuales; pero tan grande debia ser aquella fuerza, que aún en medio de la disgregacion, quedó dominando á la que determinó la separacion, é imprimiendo á los átomos perpétua tendencia á nueva reunion. El fin de todos los movimientos y transformaciones de la materia, es la union de toda ella, y de toda la fuerza que la agita, en un solo sér material; y el fin de todas las aspiraciones y amores del espíritu, es la concentracion de todos ellos en una sola alma. Es claro que además existe esa otra fuerza de separacion, y que de la constante lucha que esta sostiene con la primera en todo el universo, resultan esas diversas agrupaciones de elementos orgánicos, más ó menos complicados, con más ó menos potencia de manifestacion de sus necesidades, que dentro del momento actual de la historia del universo, forman el conjunto animal y vegetal que tenemos ante la vista. Hubo en otras fases ó momentos anteriores tipos distintos más inferiores; tal vez en otros globos que perdieron su luz y su calor, y con ellos su vida, y que hoy giran en los espacios, como habrá mañana otros más próximos á esa unidad total en nuevos planetas, hasta llegar por una série de creaciones ó revoluciones cósmicas, en cada una de las cuales pierden los séres la nocion de lo que antes fueron, á la fase final que queda sentada. Pero desde el primer momento, hasta el último de esa inmensa lucha por la unidad, siempre hay un factor triunfante y eterno: en la materia, la atraccion; en el espíritu, el

amor. Recomiendo estas teorías á los físicos y filósofos.

El amor le hace elevarse á uno á tales consideraciones, aquí bosquejadas muy á la ligera, pero que marcan una tendencia especial en la humana filosofía. Y en broma ó en sério, ahí queda indicado como demostracion, de que el amor hace maravillas.

Respecto á los tratados y dichos sobre el amor, cada cual habla de él segun lo ha sentido, de modo que aquí no hay doctrina general y fundada, sino características afirmaciones del egoísmo personal.

El amor no se completa y asegura, sino por la union duradera de los que se aman, y en este concepto, solo determinadas gentes pueden discurrir con acierto tratándose de él.

La primera vez que fuí á estudiar la influencia de los viajes por mar, encontré en la fonda del puerto, en que debia embarcarme, tres compañeros, de mesa, que se decian muy entendidos en semejante materia; y puesto que lo aseguraban ellos, habia que creerles. El uno se habia embarcado cinco veces, y las cinco habia naufragado, volviéndose en todas ellas al punto de partida; el segundo habia naufragado tambien, pero en varias ocasiones arribó con felicidad á la otra orilla; y el tercero, por sus condiciones físicas y patológicas especiales, aunque vivia en el puerto, tenia sobre sí la prohibicion, no solo de embarcarse, sino de mojarse los piés, y de arriarse á la playa. Los tres apreciaban en mucho



esa autoridad personal que todos tenemos, para creernos unos lince, superiores á nuestros prójimos, en los asuntos más áridos y difíciles; y los tres sostenían ex-cátedra sus opiniones. Hablaban siempre *de la mar*, y ninguno cedía al otro en materia de sabiduría marítima. Yo, que supe la historia de cada cual, encontraba muy en su lugar al segundo, á quien en la navegación le había ido bien unas veces, mal otras, y que al fin había arribado á puerto seguro y estudiado en el descanso el efecto de las correrías y de la vida del mar. Veía de relieve la exageración del primero, que por sus condiciones especiales de talento, de génio y de suerte, maldecía y renegaba de las olas, describiendo la travesía con los más negros colores, aunque afirmando que aún no había perdido la esperanza de volverse á embarcar. Y parecíame ridícula sobre toda ponderación, la seriedad y tono con que el tercero, para quien el líquido elemento estaba de más, se ocupaba de dar consejos á todo el mundo acerca del asunto. Conformes con esta manera de juzgarlos estaban cuantas personas les trataban y conocían á fondo.

Hablando del amor me he acordado á menudo de las condiciones de aquellos señores, al pensar que suelen encontrarse en idénticos casos los que juzgan esa sublime aspiración de nuestro sér. Hay hombres que han amado, que han naufragado siempre en el amor, y que ahora se retuercen y muerden como víboras al hablar de la mujer.

Hay otros que al cabo de inesperados ó de buscados reveses, han llegado á la tierra firme del matrimonio con el talento suficiente para saber sostenerse en ella, y que emiten su dictámen acerca del amor, despues de haberlo visto de lejos y de cerca, por dentro y por fuera, desde la escena y desde la butaca.

Y hay bastantes, en fin, á quienes su profesion y sus solemnes compromisos les impiden no solo casarse, sino ni siquiera amar á las mujeres, ni andar entre ellas, y que sin embargo son verdaderos dispensadores de consejos, reglas, remedios, zurcidos y composturas del amor.

En los primeros habla la pasion; en los segundos la razon; en estos últimos la más insulsa fantasmagoría.

El amor se practica en dos períodos, si ha de ser completo y formal: en el de las relaciones amorosas y en el del matrimonio. Emprender el primero y caer siempre; trabajar é inutilizar el trabajo con una ruptura, es estudiar solo y de mala manera por cierto, tan vital asunto. Semejantes estudios no dan autoridad ninguna para ocuparse de él. No concedo voto á los solteros.

A los que solo hablan del amor por referencia, ¿qué voto les he de dar? Compete, pues, la autoridad á los casados.

Busco en mi barrio unos cuantos, y les dejo hablar:

—Miente todo hombre que diga que no ha amado jamás.

—Se ha equivocado quien haya creído que podrá resistir al amor.

—El amor no se busca cuando uno quiere; se nos impone y nos domina cuando ha llegado su hora.

—Nunca ha nacido el amor meditándolo; brota ó no brota en la primera mirada.

—Un enamorado es un hombre enfermo, está atacado de la fiebre de la inmortalidad.

—Cuando el amor nace en nuestro corazón, se encuentra frente á frente con el casero, que es el egoísmo; de la buena inteligencia en que ambos vivan, depende la felicidad humana.

—El equilibrio de nuestra ventura depende de la armonía del amor con el egoísmo; si este se impone, el amor se convierte en una mercancía, cuyas averías nos saltan á la cara; si el amor domina, convierte al egoísmo en un pobre vergonzante.

—El amor, pura pasión carnal, se convierte por el hombre en el más sublime y noble de los sentimientos. Esta cualidad es la que realmente le distingue de todos los demás animales.

—Si el amor satisfecho sigue siendo amor, no hay duda de que es verdadero.

—El amor nos hace cometer el crimen de abandonar á nuestros padres; pero nos impone después la pena de criar á nuestros hijos. Nadie se redime, ni es digno, si incurre en aquella culpa y no sufre esta condena.

—Cuando nace el amor en el corazón de un joven, la inteligencia y los sentidos, hasta en-

tonces dueños, descienden á la categoría de criados, prontos á cumplir los mandatos de aquel.

—Contra la audacia que el amor infunde á la imaginacion en los muchachos, está la resistencia inexpugnable del pudor, en que se envuelve el cariño de las jóvenes.

—En el hombre, el amor temprano es un aventurero; en la mujer, nace ya maduro. Las mujeres son amor hecho carne.

—No hay juez más severo para el amor que la aritmética, porque le dice si tiene ó no razon de ser, presentándole la cuenta de lo que se necesita para llenar el puchero.

—El que se casa fiado en las esperanzas, es como el que se embarca para un viaje eterno con viveres para un dia.

—Cuando el amor compra un hombre, sujeta á este con una larga cadena de oro, cuyo extremo se pierde de vista. En este extremo, el hombre comprado hace de su amor el uso que le parece bien.

—Cuando el amor compra una mujer, esta se aprovecha de la riqueza para colocar el suyo á su gusto.

—¿Sabe explicar alguno cómo amamos á nuestros padres? Pues ese cariño inmenso y santo es el que se añade al amor carnal, para engrandecerlo y completarlo, cuando convertimos la joven errante en mujer propia.

—Cuando la vejez se compromete con el amor, este es el que queda verdaderamente comprometido.

—Un viejo amando á una muchacha es un blanco ridículo, al que todos disparan apoyándose en ella.

—Una vieja enamorada cobra en ilusiones el amor que paga á su amante, para que este lo haga efectivo léjos de ella.

—En el amor las mujeres nos educan en sus imposiciones, y nosotros las viciamos con nuestras debilidades.

—El amor que resiste á la cuarentena de la sociedad que murmura y de la calle que espía, es el verdadero amor; está sano.

—Querer hacer de la mujer un sér tan inteligente como nosotros, es querer reducir en su corazón la potencia del amor, es desear que no amen tanto como aman, es conspirar contra nosotros mismos.

—El secreto de que muchos amantes y muchos matrimonios no puedan ser felices, está en que, si ambos fueran del mismo sexo, no podrían ser amigos. Dos que se amen deben ser ante todo dos buenos amigos.

—No esperéis que se corrija de su amor un hombre sábio; todos los enamorados son gentes incapaces de discurrir.

—En el hombre el calmante del amor es el egoísmo; en la mujer el incidente es la vanidad.

—Nunca dá una mujer todo su amor á un hombre; siempre reserva un poco para aquellos que sabe que la miran con cierto interés; prefiere ser un tanto infiel á no aparecer ingrata.

—Nos identificamos de tal modo con la mujer

amada que, ó nos redime con sus virtudes, ó añadimos á sus vicios los que nosotros tengamos.

—Cuando se compra el amor, no aparece este por ninguna parte.

—Podemos hacer del amor ó nuestra providencia ó nuestro verdugo: todo se reduce á que la razon sea su compañera ó su esclava.

—La mujer se pierde si no tiene más amparo que su amor; el nuestro es el que debe salvarla.

—Dos veces se rinde el hombre á la mujer, confesando su inferioridad: cuando contempla su belleza y cuando comprende su amor.

—La mujer que, segun San Juan Crisóstomo, es la más peligrosa de todas las bestias feroces, sucumbe sin cesar víctima de la implacable ferocidad del hombre.

—Una mujer de alma torcida hace del amor una magnífica portada, por la que entra engañado el hombre para sepultarse eternamente en un horrible calabozo.

—El amor es el único poder que logra convertir á la mujer, ser inútil y dañino en una criatura perfecta y admirable.

—Todo amante debe educar el amor de su amada domándolo con talento y ternura, porque siendo espontáneo y fuerte ese sentimiento en la mujer, todo lo devora, invade y destroza si se le abandona á su natural libertad.

—No hay enemigo más implacable que la mujer que haya sido vuestra amante, y que ya no lo sea. Si os sorprende algun daño inesperado y

misterioso, tened por cierto que ella lo ha preparado.

—Muchos hombres creen que son amor las manifestaciones cariñosas que hacen ciertas mujeres, y no se desengañan hasta convencerse de que para ellas no hay otro amor que el deseo de agradar á todos y á toda costa, único fundamento de la coquetería.

—Toda coqueta cree que son justos el amor y la adoracion que la tributan cien amantes, y que es verdadero amor el que ella siente por todos ellos.

—Comprar el amor por un puñado de oro es hacer profesion de mendigo de la felicidad para toda la vida.

—Sacrificar por el amor nuestro posible bienestar, es convertirse en pobre á sabiendas.

—El amor, aunque débil y ciego, no debe ser despreciado, porque sin él no vive nuestro corazon satisfecho; pero necesita que le guie el lazarillo de la razon para que no se estrelle contra la pared de la miseria.

—Recordad todas vuestras mejores amistades y decidme si contais con alguna que os inspire tanta confianza, tanta seguridad, tanto consuelo como la de la mujer que os ama.

—Muy voluble es la mujer en sus pensamientos; pero no hay nada tan voluble como el hombre, que habiendo maldecido del amor durante muchos años, cae de rodillas absorto ante la primera que le mire con buenos ojos. Y aquí, el que no esté comprendido que arroje la primera piedra.

—Desde el matrimonio se ve el amor tal cual es, en todo su desarrollo; los célibes no lo han visto sino confusamente dibujado. Cuantas ideas tienen acerca de él son otros tantos errores. ¿Podría juzgar de lo que es el vino, solo por comer uvas, el que no lo haya bebido nunca?

#### LA ELEGANCIA.

Si la misma naturaleza ha dado á las plantas el esplendoroso lujo de sus flores para honrar al amor, ¿qué extraño es que la mujer acuda para sostenerlo á todas las galas y á todos los recursos de su imaginacion? El influjo que ejerce en los hombres la elegancia de las mujeres, es indescriptible. Ellas lo saben por instinto, y por instinto tambien se engalanan. Desde la cinta humilde, cien veces lavada, con que recoge su pelo la pastora, hasta la diadema que equivale á cien fortunas, con que corona la aristócrata su tocado, todo obedece al mismo espíritu en el corazon femenino.

No tiene la belleza auxiliar más poderoso ni trompeta de la fama más potente que la elegancia. Alejandro Magno pasó por la comarca asiática de Íthame anunciando á sus habitantes que quedaban reducidos á la esclavitud, sin que lograran ablandar su corazon las súplicas de los habitantes, cuyas esposas é hijas, reducidas á la más triste indigencia y miseria, besaban arrodilladas el suelo por donde iba á pasar su caballo. El gran monarca las miró con desprecio, y se di-



rigió á su campamento, situado en las afueras de la ciudad de Phridenia. Un anciano, gran conocedor del corazon del hombre, declaró á sus convecinos que al dia siguiente la ciudad seria redimida. Buscó á una de las pobres é infelices doncellas, dotada de especial belleza, pero hasta entonces vestida de harapos y descuidada; hízola vestir y ataviar con las mejores galas y joyas que en la casa más rica de la ciudad se guardaban, y cuando supo que Alejandro volvía á entrar en la poblacion para continuar su campaña, mandó á la jóven que se sentara en lo alto de la escalinata de un ruinoso templo, sobre el camino público. Las gentes se agruparon al paso del conquistador repitiendo sus muestras de sumision, é implorando clemencia. Pasó el monarca indiferente, seguido de sus capitanes, hasta que al llegar frente al templo, uno de éstos le hizo reparar en la doncella, á quien acompañaba el anciano. Detúvose Alejandro, lanzó una exclamacion de sorpresa, bajó de su corcel y fué á besar los piés de la hermosa jóven.

—¡Señor,—exclamó ésta, postrándose ante el monarca,—no consentiré que hagais conmigo lo que yo hice ayer con el polvo que iba á pisar vuestro caballo!... ¡Yo os tengo más consideracion que la tuvisteis conmigo!...

—¿Ayer? ¡No os ví, por cierto!—respondió Alejandro sorprendido.

—Ved, señor,—añadió el anciano,—cómo aunque habeis vencido al mundo entero, os vence á vos la ilusion de la elegancia; ayer esta doncella

se prosternó ante vos, vestida de harapos, como sus compañeras; hoy que la encontrais ataviada, habeis doblado ante ella la rodilla. Hemos conseguido, pues, veros humillado dentro de los muros de la pobre ciudad de Phridenia.

—Es verdad, ilustre viejo; rendido estoy: imponedme condiciones.

—Señor,—dijo la doncella,—conceded la libertad á mi pueblo.

—¡Libres sois!—exclamó Alejandro, dirigiéndose al público que le rodeaba, y que, frenético, vitoreó al emperador, y paseó en triunfo á la doncella.

Alejandro casó á la hermosa libertadora con Themis, el más valiente de sus capitanes, é hizo del viejo de Phridenia uno de sus mejores consejeros.

Y pocos dias despues, alentadas con el ejemplo, varias mujeres de mala vida de la comarca se ataviaron lujosamente con el producto de sus amores, y esperaron al conquistador en la inmediata ciudad de Ethelicia, á donde todos los habitantes de la comarca de Ithame se habian trasladado para presenciar las grandes fiestas que el Oriente hacia en honor al gran guerrero. Su lujo deslumbró á éste, y al recibir sus agasajos en la plaza pública, preguntó al viejo de Phridenia:

—¿Qué quieren estas mujeres?

—Que creais que su elegancia es capaz de haceros postrar ante un mérito, que tienen en bien poco vuestros soldados.

—Volved á donde habeis cambiado la pureza

por esas galas,—les dijo Alejandro,—y traedme vuestra honradez, si podeis; que no hay engaño más infame que el que la mujer sufre cuando por servir á su hermosura y á su vanidad, descuida su pudor.

Y no se me ocurre más acerca de la elegancia. Apréndase la parábola.

---

¡Belleza, amor, elegancia! sublimes frases de la época prehistórica ó fabulosa de la mujer, divinos atractivos de la portada de la vida, notas sublimes de la sinfonía del matrimonio; ellas rodean á nuestras naturales compañeras como un limbo de oro que las hace semejantes á las vírgenes, á las reinas y á las diosas de apartadas centurias; y son los génios tutelares que las guían hasta que en los brazos del hombre, su verdadera providencia, nace la mujer verdadera.

## TIEMPOS HISTÓRICOS.

---

### La esposa.

LA COMPAÑERA.—Los momentos más tristes para el preso encerrado en una cárcel celular, en un estrecho calabozo, son aquellos en que, reflexionando acerca de su suerte, se convence de la imponente pena que causa el verse condenado á vivir solo, completamente solo. Hay muchas

horas en que el ánimo se distrae, y en que el espectro abrumador de la soledad se desvanece; pero de repente vuelve á presentarse, y concluye por sumir al alma en mortal melancolía.

La celda, el aislamiento, son castigos incomparables. Vivir solo, equivale á vivir despues de la muerte, para sufrir en la contemplacion de la soledad.

La misma vida sobra, porque no sirve más que de castigo. Alumbra el sol para burlarse del preso, y penetra el aire en los pulmones para alimentar y prolongar el martirio. Sólo entonces se comprende la necesidad de la compañía de los demás hombres, la de la comunicacion con las gentes, un elemento tan indispensable para la vida como la luz del sol, como la respiracion.

El corazon de un soltero es un preso encerrado en la cárcel celular.

No basta que al través de la reja de sus sentidos penetren los resplandores del mundo y las ráfagas de la fingida comodidad doméstica: el corazon está siempre solo, sin comunicacion con el cariño que debiera animar todo su sér.

Se busca el de la amistad, y no satisface; poco á poco van desapareciendo los de la familia; se cree hallar un sustituto en el que puede comprarse á la vuelta de una esquina por unos cuantos céntimos, y... á pesar de él, siempre se toca la horrible soledad, el vacío abrumador del alma. Hay horas alegres, distraidas, en las que los amigos, los negocios y los entretenimientos disipan el sopor amargo del aislamiento; pero viene

á menudo aquel momento de la meditacion, aquella hora implacable en medio de la noche, en que con los ojos cerrados se vé, con sus verdaderos colores, la soledad aterradora del hombre. ¡Positivo martirio de muchos infelices! Seria en vano querer contentar al estómago con esperanzas; en vano es tambien pretender que el corazon se satisfaga con razonamientos y con ilusiones. Para el hambre es urgente la necesidad de alimentos; para el amor, esa hambre del espíritu, es imprescindible otro amor, el amor real y completo, el de la esposa.

Ningun soltero se atreve á contemplar el porvenir con ánimo sereno. Se encoje de hombros, como el desesperado. Lo mismo le dá concluir mañana, que de aquí á cien años. Es vivir dudando de lo que se tiene delante de los ojos, y rechazando lo que se viene á las manos; es un sufrimiento moral mucho más absurdo y mucho más doloroso que el de la duda de nuestros destinos.

Es horrible condenar al corazon á la soledad. Él ha tenido en los primeros años el cariño de la madre, que es todo amparo, consuelo y ayuda; pero cuando este cariño ya no basta, porque ya no es necesario, instintivamente buscamos el de la mujer amada. Nuestro egoismo jamás ha disputado al corazon el culto á la madre; tampoco debe disputarle la adoracion á la mujer. Lejos de ser su enemigo, debe ser su ayuda y su consejero. Pero hay séres desgraciados que le niegan la comunicacion con los demás corazones, que le con-

denan al encierro celular. La misma gradacion se sigue en esa comunicacion en el cariño de la madre que en el de la esposa. Se ama primero á la madre sola, despues al padre, despues á los que nos rodean en la familia, y despues á alguno que otro buen amigo; á los otros se les concede amistad nada más, sentimiento que en nada se parece al amor. En el matrimonio se comunica nuestro corazon con el de la esposa, despues con los de los hijos, más adelante se extiende á los nietos, y áun se amplía, como una imitacion del amor verdadero, á algunos otros parientes. ¿Creeis que sería humano y admisible el decir al niño: «no ames á tu madre, ni á tus hermanos, ni á nadie; conténtate con tratar bienamente á todo el mundo?» Pues eso hace el hombre que se niega á amar á una esposa, segunda vida del corazon.

El matrimonio es, pues, el cumplimiento de una necesidad moral irresistible, que solo puede evadirse condenando á nuestro espíritu á aislamiento perpétuo.

La primera emocion que sorprende al recién casado, es el efecto de la compañía constante. Hasta entonces se ha vivido nómada y libre, sin más amparo ni consuelo que su incierta voluntad. Desde el dia en que consagramos solemnemente el amor, admitiendo á nuestro lado bajo palabra de hombres de bien, á una mujer, siempre su bienhechora presencia alegre nuestro corazon. Al abrir los ojos al nuevo dia, al disponerse al trabajo, al sentarse en la modesta mesa del hogar

*ropio*, al buscar los placeres del paseo, del descanso y de la sociedad, nuestro espíritu tiene á su lado un espíritu amigo, tan amigo, que en la frente, allí donde nos besaba nuestra madre, nos viene á besar, sin que nos avergoncemos, sin que nos sorprenda, sin que nos enfrie y nos fastidie con su contacto; antes al contrario, maravillándonos moralmente de que haya quien, á nuestra edad de hombres, nos quiera de tal modo que traduzca en besos su cariño. No hay amistad ni amor comparable á este. El soltero no puede comprenderlo; sus apreciaciones acerca de este punto notienen razon de ser, son infundados atrevimientos, que no forman doctrina.

Viene la esposa á redimir nuestro espíritu, abriéndole las puertas del aislamiento, é invitándole á constituir el único poder, que forma los pueblos, los estados y las generaciones: la familia. El hombre es de suyo egoista y dominante; no puede sufrir la compañía de otro hombre, todo egoismo y dominacion como él. La mujer viene á ser su compañera, á pedirle en cambio pan y cariño. Es verdad que hay mujeres egoistas y dominadoras; para ellas han nacido los mansos y los mándrias; no quiero nada ni con ellas ni con ellos. Es compañera en la que depositamos el secreto de nuestras alegrías, de nuestros triunfos y de nuestras debilidades; guardamos en ella nuestros pensamientos más íntimos como si no salieran de nuestro pecho. Así como tenemos una casa que cobije nuestro cuerpo, tenemos un corazón que ampare al nuestro. Nuestra compañera

nos hace perfectos; la naturaleza se reintegra de la vida perdida en la historia de la tradicional costilla del Paraíso.

Todos los amigos y todas las amistades juntas son al cariño y compañía de la mujer, lo que el brillo de todos los astros nocturnos á la luz del sol. El célibe está á oscuras, por más que vea millones de estrellas, ó por más que le ilumine el pálido fulgor de un cariño ajustado con aquella que se llama todo menos «mi mujer.» La esposa es sol que fecunda nuestra vida; á su lado se ve claro y se distingue un objetivo siempre fijo, para el cual se trabaja con fé: el porvenir.

¡Atrás, pues, ante la esposa, esos engendros del amor sin amor, esas providencias de pega, la querida, la patrona, la amiga, la criada y la ama de llaves! Por donde pase la mujer casada no paséis vosotras, porque si el hombre os necesita tendreis que servirle de rodillas, y recogiendo del suelo la moneda que os arroje. La mujer casada está en pié, á la altura del hombre; todas las demás que pretendáis ser compañeras temporalmente, andais rodando por el polvo.

---

DESEO DE LA JUVENTUD.—La esposa, he dicho, es la mujer verdad. Constituye una aspiracion de la juventud, ante la cual pasan como mujeres ideales las jóveves con su belleza, con sus cariños y su elegancia. Soñamos siempre en cumplimiento de dos necesidades inevitables; la del sustento y la de la familia: soñamos, en terminar el apren-



dizaje de una profesion ó de una carrera, y en la posesion de una mujer, que sea en nuestra casa futura lo que la madre ha sido en la pasada.

Y tan consoladoras como son las esperanzas que acariciamos respecto al porvenir de nuestra profesion, lo son tambien las que nos complacen cuando imaginamos cómo ha de ser nuestra compañera. Es una aspiracion que dura muchos años, más de la mitad de la juventud generalmente. Entonces, cuando el corazon no está podrido, no hay un solo hombre que no haga propósito de casarse. No hay uno que no intente amar.

Duran muchos, muchísimos dias las ilusiones, se ama de pacotilla á todas, y de todos modos, hasta que el hombre, hecho hombre, siente caer sobre sí una série de abrumadoras exigencias, cuyo relieve y verdad aumentan con la soledad moral de que he hablado, y entonces la aspiracion eterna se realiza, la verdadera mujer se ha dibujado hace ya algun tiempo ante nuestros ojos, el hombre la ha estudiado, y concluye por abrirla sus brazos. Matar esa aspiracion, ahogar ese deseo en un indiferentismo rudo, es engañarse á sabiendas, é imponerse una pena que el egoismo podrá admitir gustoso, pero que la razon repugna siempre.

---

LA SALUD DEL CUERPO.—Es la esposa complemento natural de nuestra organizacion, y mitad fisica de nuestro sér. Dá la medida de la salud al

cuerpo la pulsacion armónica del corazon, sabiéndose que si se acelera su compás viene la fiebre, y si lo aminora, la postracion y la anemia. Al hombre en todo su desarrollo le regula en sus más importantes funciones la esposa. Una mujer cualquiera, las mujeres, pueden producirle esa fiebre que devora y aniquila á tantos y tantos jóvenes. Ninguna mujer, cualquiera sustitucion de la mujer, la imposicion de la voluntad estraviada, á la ley de la naturaleza, le producirán la postracion general de la economía, la anemia moral del espíritu y de la materia. Hace la esposa de fuerza reguladora en los más esenciales fenómenos de la vida, y tan importantísima es esta benéfica accion, que la vejez sana y dilatada es hija suya; y los médicos más doctos y perspicaces no saben cómo ponderarla en sus razonamientos. Como causa del método y de la regularidad, es por consiguiente la esposa garantía segura de la salud. Todo nuestro organismo está sujeto á su accion en el período más crítico de la vida, cuando al iniciarse el definitivo desarrollo del cuerpo, las circunstancias que rodean á éste, deciden de su porvenir. Así lo confirma la más razonada observacion.

Ha de ser la mujer un tanto más joven que el marido, ni mucho ni poco; y así, el equilibrio de una y de otra naturaleza se hace estable y benéfico para ambas. Por la natural intimidad y comunicacion en que los esposos viven, cúmplase lenta y segura la accion del contagio físico, y en él la organizacion joven y exuberante de la mu-

jer presta nueva vida y nuevas fuerzas al varon; la de este sacude y anima con la energía de su sangre, esa apatía natural de la constitucion femenina, que dentro del matrimonio suele adquirir toda su actividad, desarrollando de un modo radical la forma y potencia del cuerpo. En general, y contando con buena condicion de vida y de trabajo, el hombre y la mujer al poco tiempo de casados, son triple hombre y triple mujer que de solteros. Es un renacimiento sorprendente, pero efectivo.

En los casamientos de viejos con jóvenes, éstos adquieren por contagio malisimos caracteres, y aquellos aceleran su muerte.

---

LA SALUD DEL ESPÍRITU.—La juventud en sus principios es puro desequilibrio. Hay completa sed de desconocidas aspiraciones, tendencia hácia un ideal, que cambia sin cesar de formas y colores; sed inestinguible de reposo.

Con el ardor de la sangre arden las ideas. Se pierden las fuerzas y los dias; se gastan inútilmente tan preciados tesoros en hacer propósitos, cuya realizacion nunca llega.

Un joven es materia dispuesta para todo en alas del amor; es un torbellino cuya direccion nadie conoce, cuyos estragos pueden ser grandes, y cuyo fin espanta. El espíritu no tiene freno que le regule, ni compañía que le ampare, ni voz que le aconseje. Se toman los negocios más árdulos de la vida como cosa baladí y pasajera; vuelan

los años, y en la suma total, se encuentra el vacío. El tiempo, la vida y el dinero se han consumido en vano.

Esta esterilidad absoluta, dá al alma irresistible tendencia hácia la indiferencia moral. La indiferencia moral concluye por hacer del hombre célibe un hombre absurdo, que ni sufre ni goza, ni cree ni desespera, ni piensa ni descansa, ni ama ni es amado. El espíritu y el cuerpo viven en lucha perpétua: éste, mostrando las necesidades de todas clases, y aquel, satisfaciéndolas unas veces hasta la hartura y la exageracion, ó negándolas las más, á fuerza de estériles razonamientos con los que nunca se conforma la materia.

No tiene el célibe la materia bien servida; es imposible que el espíritu viva satisfecho. Suele el egoísmo hacerse caer en dos opuestos abismos; ó en el de la preponderancia carnal, ó en el de la espiritual.

En el primero, el sér es todo positivismo sensual; el animal triunfa, desaparece el hombre. ¡Horrible estado!

En el segundo, el sér es todo ideología y palabra; el hombre es un cerebro en erupcion; el cuerpo sobra. ¡Tristísimo estado!

Y hay un vacío, entre los dos abismos, por el que vagan las ilusiones de los que, apartándose de uno y otro mal, dan al cuerpo un positivismo metódico, y al alma una ideología templada, y en el que ni la materia ni el espíritu quedan satisfechos. ¡Ilusorio y cómico estado! Ha habido

algunos célibes genios; pero son escasísimos comparados con el número de los casados genios. En cambio los grandes perdidos de todos los tiempos han sido solteros.

Ese desequilibrio trascendental del espíritu lo evita la esposa. Hace esta, como se ha apuntado, mucho beneficio al cuerpo; pero es muchísimo mayor su influencia benéfica en el alma.

La esposa, dándonos la existencia de la familia, nos impone el deber del trabajo; la esposa mata la vagancia del célibe.

Dándonos en el amor un hijo, consagra el amor haciéndole valer muchísimo; mata la pasión carnal del célibe, convirtiéndola en amor sagrado.

Da á nuestro corazon una compañía constante, fiel y depositaria de sus secretos; redime el triste estado de soledad moral del célibe.

Enseña al esposo cómo sus padres realizaron el terrible sacrificio de crear una familia, y de hacerle á él hombre; es maestra del célibe, educándole, en lo que, ni en el mundo ni en la universidad se aprende.

Utiliza el producto del trabajo de su esposo, multiplicando con su talento y con su admirable economía las comodidades de la casa; hace ver al hombre el verdadero valor del trabajo y del dinero, que el célibe malogra y gasta en vano.

Le dá hijos, que desde que nacen se abrazan al cuello de su padre, y no al de otro alguno, haciéndole comprender, que no solo la materia, sino el espíritu se han trasmitido á ellos; y en esa

misteriosa preferencia entrevee algo grande y superior, que le hace volver los ojos al cielo, para buscar la memoria de sus padres, si es que no los quiso, como sus hijos le quieren á él. Convierte al célibe indiferente y casi incrédulo en un hombre de amor y de fé; hace al alma más religiosa que todos los predicadores juntos.

Le guarda ella en primer lugar, sin interés secundario, y sin posibilidad de imponérsele con la amenaza del abandono; mata el saqueo y la rapiña que los criados y servidores hacen de la hacienda del célibe.

Le asegura para lejanos días cariño y amparo en la familia; alumbrá con positiva luz el negro horizonte que entrevee el célibe para sus últimos días; es salud para el porvenir.

Adviértele cuán sagrado es el techo donde una familia se funda, y cuánto cuesta formarla y asegurarla; le hace entender el respeto que merecen los que como él han formado familia y hogar; mata el egoismo del célibe, y crea el amor y la consideración de las familias, unas para con otras; hace del hombre un ciudadano.

Sencillamente convence á su corazón de que se ha casado sin poderlo remediar, por una ley ineludible de la naturaleza, en cumplimiento de un poder superior que se impone á todos los razonamientos, á todas las teorías y á todos los consejos; le hace creer en Dios.

---

EL AMOR DE LA ESPOSA.—Es indudable que la

esposa sustituye á la madre, y que al amor carnal de la juventud se añade en el matrimonio el amor puro y santo que tenemos ó que tuvimos á la madre. El amor no se concluye en el matrimonio, se aumenta, se fortifica como pasión, y se condensa y se enaltece como cariño de familia. ¿Sabe nadie explicar,—he preguntado ya,—cómo y por qué queremos á nuestros padres? Imposible. Les queremos sin poderlo remediar, por un secreto impulso del alma. Pues del mismo modo se quiere á la esposa.

Añádase este amor al de los sentidos, al que determina nuestra inclinación hacia una mujer, y tendremos el amor del matrimonio. Es superior al de los padres, porque además de ser lo mismo que él, está sostenido, reforzado y alimentado por el amor sensual.

Más ama la esposa al marido que éste á aquella. Nace esta diferencia de la distinta condición natural de ambos. La organización femenina es menos fuerte que la nuestra; el espíritu de aquella es más débil que el del hombre. Bajo este punto de vista, es cierto que la mujer es de condición inferior. Reconoce siempre como superior al hombre, y al amor que le profesa añade, como inferior, el agradecimiento, si es correspondida. Esta gratitud es exigente á su vez, y quiere que el hombre sea todo, única y exclusivamente suyo. La mujer es absolutista en el amor.

El hombre como superior siente el amor como un deseo, y cree que la mujer debe correspon-

derle. Si así sucede, queda satisfecho, pero no agradecido.

Esa satisfacción, consagrada por el amor de familia que nace en el matrimonio, hace que el hombre ame á su mujer, y la considere y la prefiera á todas, pero no en absoluto. Tiene por cosa admisible, que así como le ha correspondido una mujer por ser inferior, pueden corresponder algunas otras á su superioridad.

No es absolutista, es comunista, pero con egoísmo para su honor y su casa. Apelo á la conciencia de los lectores de buena fé. Todos somos peores.

Esta diferencia en el modo de querer, dió á los hombres de la antigua ley, y dá á muchos pueblos modernos, el derecho de tener varias esposas. Dios lo consintió á su pueblo predilecto, y lo consiente á muchas naciones actuales. Porque ama y debe amar la mujer á un hombre solo, le ama con todo su corazón y con todo su espíritu.

En el hombre se observa en general que no ama bien en absoluto á una sola, porque desea varias.

---

LA AMISTAD DE LA ESPOSA.— ¡Feliz el hombre que tiene en su esposa amada una amiga verdadera! Tratamos á mil hombres distintos, y apenas encontramos en ellos dos que sean nuestros verdaderos amigos. Y ¡se quiere hallar esta amistad en la mujer, á quien solo por su belleza ó por su dinero, ó por nuestra conveniencia, tomamos



como esposa! La mayor parte de las casadas no son amigas de sus maridos; no congenian, no armonizan en sus caracteres, no han nacido, como suele decirse: «el uno para el otro.» Y de esta falta de armonía nacen la mayor parte de los desaciertos y de las desventuras domésticas.

Procure el hombre antes de unirse en el lazo eterno, estudiar si la mujer que solicita podría ser buen amigo suyo, si fuera hombre; y si cree que no es así, abandónela dignamente. El amor de familia, ese amor materno que la esposa nos inspira, fortificando y consagrando el amor sensual, no nace sino con la simpatía de la amistad. Hay matrimonios, al parecer excelentes, en los que el marido y la mujer son modelos de laboriosidad y de virtud, que no dan que hablar al mundo; pero... ¿Son felices? ¿Reina en el hogar la incompatible ventura del cariño? Nó. Los esposos no son amigos; y aunque procuran cumplir con sus deberes, y aparecer amantes, sienten entre sí el frío horrible de la indiferencia. ¡Cuánto hay de esto!...

Pero cuando la mujer es amiga verdadera, cuando al encontrarse los ojos de los esposos, al cabo de años y años de vida conyugal, se envían cariños, y hacen asomar en los lábios la sonrisa de la satisfacción; cuando instintivamente cada uno de ellos acude á contar al corazón del otro sus alegrías y sus penas; cuando comulgan en el hogar, partiendo el bien ganado pan en dos pedazos, y tomando cada uno el del otro; cuando es el hombre defensa y orgullo de la mujer, y

esta consuelo y honra del marido, ¡oh! no hay amistad tan sublime en el mundo; ni amigos más desinteresados ni más leales, ni sociedad más santa, ni séres más dignos de envidia y de respeto que los esposos.

¡A tan alto grado se eleva la mujer cuando es nuestra digna compañera!

---

ETERNIDAD DEL CARIÑO.—No sólo la compañía constante de la esposa sorprende al hombre que se casa, anonádale y le reduce á ser hombre de bien la idea de que sólo la muerte ha de privarle de ella. Y así como procuramos educar nuestro espíritu, eterno compañero, para que nos sea útil en la vida, siéntese la necesidad de identificar y educar á la mujer, para que nos preste la utilidad de su valer moral y material. En esta identificacion recibe nuestros cariñosos consejos, nuestras no estudiadas lecciones, nuestro modo de pensar, y casi hasta nuestro modo de ser. Es muy difícil ser un buen director de la mujer propia, porque la enseñanza no ha de improvisarse, ni imponerse, ni variarse, sino que ha de infiltrarse poco á poco en el alma de nuestra discípula. No hay otro medio para que la amistad conyugal se fortifique.

En la formacion de la familia, en su progreso, en la prosperidad ó infortunio de la casa, en los últimos años de la vida, siempre ha de estar á nuestro lado esa criatura querida; y si el hombre desea ser más y más cada dia, en valer y en

importancia social, ha de llevar como por la mano á su mujer en estas mudanzas del tiempo y del mundo, sin que en ningun caso se note que entre ambos hay diferencia alguna de miras, de cariño, de valer ni de significacion; y de ningun modo se educa á la mujer como con el buen ejemplo.

El que se contemple real é irremediabilmente vicioso, que no se case. No podrá educar á su mujer, y ésta dificilmente logrará enmendarle.

Hay mujeres dominantes que nada aprenden, y que en cambio se imponen; para ellas son los hombres mansos.

En la tremenda conviccion de que el amor de la esposa ha de durar siempre, tenemos una sólida garantía de que, si la desgracia nos persigue, habrá quien siempre nos consuele y comparta nuestros dolores, que no es poco; y de que, si la felicidad nos eleva, haremos feliz á la que tanto queremos. Paño de lágrimas cuando lloramos, y amante criatura mimada cuando somos felices, eso es la esposa, por ser nuestra eterna compañera. Lo será indudablemente si la acostumbramos á sentir y á pensar como nosotros. ¡Ah! ¡Vale mucho para el hombre de bien el poder contar siempre con la compañía de una mujer de bien!...

---

LA ESPOSA ES UNA MUJER.—Confía el hombre el cuidado de su casa en la mujer: ella es dueña y señora. Necesita compañía para sus aspiraciones físicas y morales: ella es esposa, secretaria y

amiga. Desea tener hijos, cumpliendo así el gran destino sobre la tierra: ella es madre.

Necesita la mujer tener un compañero que la sostenga, que la ame, que la respete, que la enaltezca, que le dé su nombre: tiene un marido. Necesita fijar todos los amores de la juventud en un solo amor: tiene un esposo. Necesita cumplir de lleno sus funciones como espíritu útil, bien educado é ilustrado: tiene su casa en que mandar, es señora; tiene su pequeño reino doméstico á sus órdenes. Desea llegar al colmo de su importancia en la tierra: tiene hijos.

Esposa, madre, amiga, confidenta, señora, dueña, todo para un hombre y para una casa, esa es la verdadera mujer.

Antes de llegar al matrimonio, bellas, elegantes, distinguidas, enamoradas, hijas de familia, ¿os creéis mujeres? No. No lo sois: pertenecéis á la época prehistórica, semi-fabulosa de la mujer. Sereis un proyecto, una aspiracion, un ideal, un anuncio, una lontananza admirable, todo ménos una mujer.

La que jamás se casa es una isla desierta que ha sido declarada inhabitable por la sociedad, y que no tiene nombre en el mapa; pero en cuyas cercanías señalan los marinos escollos peligrosos. Es muy prudente evitar el contacto de las solteronas; en sus alrededores suelen irse á pique muchos buenos proyectos, y no pocas reputaciones.

---

## LA MADRE.

EL AMOR DE LA MADRE.—Por un necesario privilegio de la naturaleza, la madre ama más á sus hijos que el padre. La venda que cubre los ojos de los enamorados antes del matrimonio, se aferra fuertemente á los de la mujer en cuanto es madre. Es ciega por sus hijos. Su amor es delirio; en él no entra para nada la razon: es idolatría, no hay para ella culto superior. El hombre ama á sus hijos espontánea é instintivamente; pero ayudado de la razon. Aquel delirio se vé en todos los animales. Tal vez no haya en los más torpes y fieros ningun otro instinto que nos admire; pero ¿cuán grande es el cariño de las hembras para sus hijuelos? La madre es la representacion de la Providencia en los primeros tiempos de la vida. Al amor de la madre debemos casi en totalidad la educacion y perfeccionamiento de las inclinaciones, que traemos con la naturaleza del padre.

La imaginacion calenturienta del poeta más grande, vale muy poco comparada con la de la más humilde de las madres. ¿No habeis oido á las pobres mujeres de las últimas aldeas y de los más olvidados barrios, poetizar con sus hijos en los brazos? ¿Creeis que aquellas espresiones, que á torrentes brotan de sus lábios, confundidas con

los besos, pueden tener rival en el lenguaje de la ternura? ¿Qué misterioso fuego enciende el espíritu de una mujer cuando se mira en los rientes ojos de la criatura á quien dá de mamar, llamándole hijo de su corazón? El hombre se abisma ante un hijo: le adora; pero no delira, ni se atreve á atronar el espacio con sus alabanzas y con sus cariños como la mujer. ¡Ah! ¡Y ese delirio dura toda la vida! Cuando, hombres y padres ya, consideramos cómo nos quiere nuestra anciana madre, declaramos santo, santísimo, incomparable, ese amor, que nos trae, sin querer, á la memoria, el recuerdo de los primeros cariños que hemos sentido en el mundo.

---

INDESTRUCTIBLE CIMIENTO DE LA SOCIEDAD. — La madre, que como personalidad es el amor-Providencia, como conjunto y elemento social es la base firmísima de los pueblos. Los hombres realizan grandes empresas, mueven colosales revoluciones, cambian la faz de la historia; pero en el hogar está la madre, símbolo de la paz y de la eternidad, constituyendo la Pátria á quien ni los cambios, ni las revoluciones, ni los grandes sucesos son capaces de exterminar. Allí donde queda una madre, queda un pueblo. Los hombres hubieran hecho desaparecer de la faz de la tierra la entidad social índica, la egipcia, la griega, la polaca, la americana indígena, la interoceánica; los hombres han mantenido en esos pueblos, al través de los siglos, sangrientas contiendas, su-

ficientes para que la nacionalidad, el pueblo, hubieran desaparecido; han pasado por encima de ellos cataclismos inmensos, se han eclipsado durante algun tiempo; pero han renacido y viven. Con los hombres, con los guerreros, con los reformadores, las naciones variarían en cada dos ó tres siglos; pero no sucede así: ahí teneis á todas esas pátrias diversas, arraigadas donde hace cien siglos estaban, representadas y sostenidas por la madre, que mientras el hombre peleaba y moría, quedaba en el hogar cuidando de sus hijos. Las madres sajonas llevaron á América todo el valer de su pueblo, formando, sin trabajo y sin dificultades, una pátria nueva, semejante á la suya, en un mundo desconocido y virgen. No se imponen unas naciones á otras radicalmente por medio de las armas, sino por medio de las esposas y madres de los vencedores. Si los trescientos mil franceses de la guerra de 1808 á 1813 hubieran traído trescientas mil madres francesas con su familia, nadie hubiera podido, ni siquiera intentado, arrojarles del territorio. Un extranjero armado, es un enemigo siempre; una familia extranjera es siempre, para el pueblo á donde llega, un regalo del cielo. Tan poderosa es la acción é influencia de una madre.

Los pueblos son lo que son ellas. Pero ellas no hacen más que reflejar las aspiraciones y los actos de sus esposos.

Si el esposo redime á su esposa de la tiranía de la ignorancia, de la de la superstición, y de la del abandono, contribuye directamente á hacer

á su pueblo ilustrado, libre y laborioso. Antes de educar á vuestros hijos, redimid á vuestras mujeres. Ellas os darán un pueblo redimido.

Ciertos elementos sociales, que quieren hacer eterno su imperio, lo consiguen, apoderándose del corazón de las madres; en el cual nadie debe imperar sino el esposo. Los maridos, y no los legisladores son los encargados de regenerar á las naciones. Todo hombre que no tenga conciencia de su misión como ciudadano y como marido, deja en completa libertad á su mujer de creer y practicar lo que le parezca. Esta manía, que rebaja la dignidad del hombre en el matrimonio, está por desgracia muy admitida, y corre como cosa de poco más ó menos, en la inmensa mayoría de la atrasada sociedad española, la pobre nación de Europa. Mientras esa diferencia impera, seremos siempre los últimos. ¡Redimámonos, redimiendo á nuestras mujeres!

---

LA SALUD DEL CUERPO. —En general, adquirimos en nuestro cuerpo los órganos de la vida vegetativa de la madre, y los de la animal del padre; pero aquella influye de un modo poderoso en el período de la lactancia, trasmitiéndonos mucha parte de sus cualidades físicas. El corazón, el estómago y el hígado, que tanta trascendencia tienen en nuestra vegetación vital, se heredan, por lo común, de la madre; los sistemas nervioso, muscular, óseo y cutáneo vienen del padre. En la larga y trascendental tarea de los primeros



meses, que siguen al nacimiento, la madre acaba por dar una preponderancia más ó menos marcada á aquellos elementos, asimilando el hijo, casi por completo á su ser. La sabiduría de la naturaleza determina el tiempo que ha de durar este trabajo. Y no solo en la lactancia se impone á nuestro organismo un carácter que dura toda la vida, sino en el cuidado exterior de los hijos. La madre cuidadosa educa de un modo decisivo el físico de la criatura, regulando paulatinamente las horas de la alimentación, el aumento gradual de esta, la duración del sueño, y sobre todo, manteniendo constante la más absoluta limpieza. Parece que no, y sin embargo, en general, no somos más que lo que nuestras madres nos han hecho ser en los primeros años de la vida. Tan influyente es su acción en la salud del cuerpo.

La leche de la madre ha sido elaborada por la misma sangre que nos ha nutrido dentro de sus entrañas; dicho se está, pues, que la naturaleza manda que cada madre críe á su hijo, porque no hay alimentación comparable, y porque el organismo al pasar de una á otra vida no sufre violencia nutriéndose de la misma fuente. Toda madre debe criar á su hijo; así lo exigen la salud del uno y del otro.

Si la organización de la madre está enferma, nada he dicho; es un caso de fuerza mayor; búsquese ese tristísimo engendro de la pobre condición humana: la nodriza. Pero, en ningún otro caso, niegue su pecho la madre al hijo.

Es señalado con los infamantes títulos de co-

barde y traidor el soldado que niega su sangre á la Patria al desertar de sus banderas; traidora y cobarde es la mujer, que pudiendo criar; niega su sangre al hijo. Si un hijo criado en ajenos pechos, niega á su madre durante toda la vida, la mitad de su cariño, ¿qué derecho tiene esta á exigirselo? Una casa con nodriza es un cuerpo en el que se ha introducido un miembro extraño, que ha de imponerse á toda la organizacion. Un niño que cambia la alimentacion de la madre por la de la ama, es un pobre gimnasta que dá un salto mortal con los ojos cerrados. Cuando los abre se encuentra á mucha distancia de su madre, en condiciones físicas y en cariño. La nodriza ha abierto entre ambos un abismo. Con los ojos abiertos ninguno intenta dar el salto atrás, la nodriza nos ha dado su sangre, y mucho de su carácter.

Busque el hombre para mujer propia una naturaleza hermosa y fecunda, jóven y sana, que desde luego se conozca que sea capaz de criar á sus hijos. Las naturalezas gastadas, mimadas, endebles, exigentes, los caracteres egoistas, sentimentales, en los que la moda ó el mundo se imponen á la naturaleza, las que se niegan por fuerza ó por gusto á criar á sus hijos, son mujeres de adorno, escándalo de la familia, castigo del marido y madrastras de sus hijos.

Llega la mujer al colmo de su glorificacion, de su mérito y de su valor cuando sentada en el hogar, saca el abultado y limpio pecho y lo entrega á la robusta y voraz criatura, hijo de su

corazon, trasmitiéndole con el incomparable alimento toda su vida, las palpitaciones de su corazon, el ardor del cerebro, la potencia de su cuerpo y los resplandores de su alma. Así pintaron los antiguos la fecundidad, madre de todos los bienes; y así pintamos hoy á la Virgen, simbolo del amor de Dios á la naturaleza, y encanto de todas las madres.

---

LA SALUD DEL ALMA.—¿Quién te ha de educar como tu madre? Las inclinaciones que adquirimos en los primeros años de la vida duran hasta la muerte. Somos dos veces hijos de nuestras madres. ¿Cómo te ha de educar tu madre, si te confian durante todo el dia y toda la noche á la nodriza, y si en cuanto esta concluye su mision ruedas de criada en criada, y de peligro en peligro? No conozco nada más admirable que la educacion absoluta de los hijos por la madre misma, por esas distinguidas mamás y grandes señoras que se encuentran entre las familias inglesas, belgas, alemanas y francesas tambien. ¡Qué ejemplo dan á muchas de nuestras descastadas señoras españolas, para las cuales son un estorbo los hijos desde que nacen!

La mujer cómoda ó sensible limita todo su celo diario á dar un par de besos á la pobre criatura que ha entregado á la nodriza. Esta, forma desde que el niño empieza á hacer uso de sus sentidos, el programa de su educacion; las criadas se encargan de perfeccionarla. ¡Qué extraño

es, pues, que cuando al fin de la niñez, los hijos empiezan á hombrear, se encuentre el padre sorprendido con los hábitos y tendencias torcidas de sus descendientes, que debiendo parecersele en todo, y ser como imágenes reflejadas en el espejo de sus virtudes, en nada se le asemejan, y poseen en cambio todas las habilidades del más refinado gusto callejero! Inmensa es la responsabilidad del padre dentro de la familia; porque él y solo él, es el que tiene poder bastante para que la madre y los hijos sean honor y encanto de ella, y no castigo y vergüenza.

La influencia de la madre dura muchos años: el que tiene la inapreciable fortuna de que su madre le ampare hasta que hecho hombre deje la casa paterna por la nueva, que va á fundar, lo debe todo á ella, en cuanto se refiere á su carácter y á sus inclinaciones. Es muy difícil que los libros de filosofía os hagan olvidar lo que vuestras madres os han enseñado.

Esas ciencias que no se aprenden en la escuela ni en la universidad, las relativas á la creencia, al cariño, al trato de gentes, al amor de la familia, á la estimacion ó consideracion de las personas, al cuidado de sí mismo, á la economía, á esos secretos, en fin, que constituyen el valer moral de cada uno, las debemos casi en totalidad á nuestra madre.

El padre nos enseña á trabajar, el maestro á pensar, la madre á querer. ¡Por algo heredamos su corazón!

---

LA MADRE ES UN SER CIVILIZADO. —Ante el espectáculo de la guerra siempre he creído y sigo creyendo que el hombre no es un sér civilizado. El vapor, la electricidad, el espectróscopio, la poesía, las leyes..... todo el inmenso cúmulo de progresos y adelantos humanos que nos enorgullecen, proclaman la civilizacion humana, porque al través de los tiempos vamos logrando perfeccionar de un modo sensible nuestra condicion y nuestros medios de vida, merced al influjo de nuestra inteligencia. Todo esto está muy bien. Se trata de que el hombre sea más perfecto cada día. Pero escuchad; hé aquí lo que cuenta el último periódico llegado á nuestras manos: «El total de muertos y desaparecidos en la campaña franco-prusiana se eleva á 950.000 hombres, de ambas partes.....» «Los rusos han destruido cuarenta poblaciones búlgaras, los turcos han degollado 7.000 cristianos.»

Haga V. el favor de aplicar las ventajas del vapor, de la electricidad, de los tratados de comercio, de toda la civilizacion, en fin, á ese millon de hombres muertos hoy mismo, en pleno siglo XIX. Cada diez años se reproducen tan soberbias hecatombes, ¿y hay quien sostenga que nos hemos civilizado? Mientras el hombre crea en el sangriento absurdo de que la guerra produce gloria, no hay civilizacion posible.

Pues bien, cuando se satisface la infame necesidad de las quintas, los padres se resignan y callan, las madres se vuelven locas de dolor; para ellas, puesto que han criado un hijo á sus pechos,

puesto que le han arrancado de los brazos de la muerte tantas veces con sus cuidados, puesto que han realizado una creacion; nadie, absolutamente nadie, tiene derecho á robárselo para inmolarlo. La madre es una viva protesta en contra de la guerra. La madre es un ser civilizado.

No hay aquí utopia alguna. Si las creencias que han dirigido á la mujer, no armaran á sus hijos para sostener por medio de la sangre la intolerancia y el predominio de determinadas castas, no habria quintas. El verdugo más cruel de las madres, son las doctrinas intolerantes, esas, que con una mano les enseñan el cielo y con la otra les arrancan sus hijos para sepultarlos en la tierra, en los asquerosos campos de batalla. En otros libros y en otras publicaciones, sostengo y sostendré siempre estas ideas, por si hubiere que discutir las y defenderlas.

LA MADRE COMO COMPAÑERA.—Aspero, largo y difícil es el camino de la vida. ¡Infeliz del hombre que tuviera que andarlo llevando á su familia sobre los hombros! Pero la madre, su amante compañera, va á su lado sosteniendo á los hijos; ella es la «humilde bestia de carga»,—que dijo el filósofo,—que camina llevando encima lo más pesado de la casa; la familia. La naturaleza nos ha impuesto la obligacion de tener hijos; pero nos ha dado el auxilio poderoso de la compañera que ha de llevarlos.

Como esposa, simplemente llevaria por cariño parte de nuestras cargas; como madre las lleva por necesidad. En la esposa encontramos la simpatía de la amante; en la madre el lazo férreo de la compañera. Dos esposos sin hijos pueden quererse, y tener sin embargo distintas aspiraciones, gustos distintos; tendencias completamente variadas. El padre y la madre son colegas y compañeros, han trabajado en la misma obra grandiosa, en la de la creacion de la familia; sus aspiraciones se han identificado en la aspiracion única de sacar sus hijos adelante; sus gustos se han refundido en el gusto de querer y ser queridos por aquellos pedazos de su corazon; sus tendencias no tienen más que un objetivo: la familia misma.

¡Y se duda por algunos espíritus salvajes, de que dentro del matrimonio se aumenta y se fortifica el amor!

Alguna vez tiente el vicio á la mujer sin hijos; nunca, casi nunca, se atreve á penetrar en el corazon de la madre.

La infidelidad suele encontrar injusta disculpa en la casada sin hijos; pero ¿no considera todo el mundo como un mónstruo á la madre que es infiel á su esposo? La mujer que lega á sus hijos esa deshonra, es el sér mas inmundo de la sociedad.

Es, pues, la madre compañera incorruptible del marido; jamás le abandonará en su viaje eterno. Los hijos serán los valientes campeones que con sus inofensivos brazos, guardarán y garantizarán el honor de vuestra casa.

Esta compañera tiene una elocuencia irresistible para alentar al marido en sus tareas, cuando las desgracias, los desengaños ó los vicios lo quieren rendir. Parece que Dios, oculto en su corazón, habla por sus labios. La madre nos muestra nuestros hijos, que en el viaje, marchan inocentes y alegres, siempre delante de nosotros. El hombre más desalentado, al oír la voz de la mujer, se fija en ellos, siente animado su corazón con nuevos bríos, y grita: «¡Adelante!»

Por eso puede asegurarse que las madres han escitado á los hombres á realizar y concluir todas las grandes creaciones de la historia. Ellas, las pobres; sin más talento ni inspiración que el amor á sus hijos!

---

EL CULTO DE LA MADRE. — Todo hombre ilustrado, por más incrédulo y escéptico que sea, rinde culto sincero á la memoria de su madre. Solo los espíritus incultos y rudos, son capaces de recordarla con indiferencia. Tal vez el carácter más fiero é intratable del mundo, no dé jamás la menor muestra de ternura; pero si quereis que se convierta en un niño cariñoso, habladle de su madre, y de seguro que no resistirá á la prueba. Antes de tener conocimiento, tenemos amor; hácia ningun objeto sentimos inclinación en el mundo en nuestras primeras emociones, sino hácia la madre. Aquel calor que nos presta en la cuna de sus brazos, nos dura siempre.

La atracción que ejerce sobre nuestra alma,



es tan permanente como la que constituye la ley universal en la naturaleza.

Ningun pensador se acuerda del cielo sin creer que allí le espera su madre; nadie es capaz de imaginar que su madre muerta no descansa allá arriba. Todos los hijos llaman santa á su madre, y más si en el hogar doméstico han llorado con ella, las inclemencias de las pesadumbres de la vida, y las desgracias de la familia.

El culto á Dios no se perderá jamás, porque jamás desaparecerá del corazón de los hombres el culto á la madre.

Confiad en el hijo que adora á su madre, porque es la señal más evidente de que es un hombre de bien. Huid del que la desampara, porque el que se atreve á esa infamia, se atreve á todas. En el culto materno no hay términos medios; se las idolatra como ellas á nosotros, sin pensarlo ni meditarlo. Sostened en vuestro brazo á la anciana que os ha dado el sér, porque los cielos se alegrarán, los hombres justos os respetarán, y los perversos sentirán el benéfico torcedor del remordimiento.

¡MADRE! ¡que inunde siempre vuestro corazón este nombre sagrado, y gozareis de tranquilidad en el alma!

La doncella es un ideal; la casada una mujer; la madre una creación sagrada.

---

Todos los hombres somos malos; si la mujer no fuera buena, ¿qué habría de digno ni de gran en el mundo?

## SEGUNDA PARTE.

---

### Las mujeres.



UNA mujer es un regalo, una maravilla, un bien: dos mujeres juntas constituyen un peligro social.

A la mujer se refieren las alabanzas de los pensadores, acerca de la cara mitad del hombre; y á las

mujeres los vituperios y perrerías, que medio género humano ha dicho del otro medio.

Ante una mujer puede uno sentir amor, admiración y respeto; ante varias mujeres, todo hombre siente miedo. Uno de los más ilustres viajeros exploradores del Africa, el doctor Hunther, decia en sus recepciones de Lóndres: Yo he pasado por entre los escollos y arrecifes de las playas, en los

días de tormenta; he atravesado las sinuosidades de los bosques del Cabo, donde abundan los leones; he cruzado por delante de las trincheras, desde las que los negros nos hacían fuego; he vivido seis meses entre el cólera y el hambre, y creedme, señores, acostumbrado á los peligros, no he sentido miedo jamás. ¿Sabeis lo único que me hace temblar? Pues es el tener que pasar por donde haya más de dos mujeres reunidas; ¡el entrar en una reunion poblada de faldas!

Las mujeres son la causa de todos los absurdos que el hombre cree, y de todas las exageraciones que á ellas mismas las pierden.

Nunca encontrareis dos mujeres juntas en estado normal; siempre viven en tormenta, en lucha, en estado de sitio. Las suegras y las nueras, las cuñadas, no riñen entre sí por las nimiedades que les sirven de excusa para alborotar, riñen por la ley eterna de que: «es imposible que vivan en paz dos mujeres.» Sér desgraciado la mujer, en todas partes encuentra implacables enemigos: las demás mujeres.

Debió olvidársele al gran naturalista Buffon, la descripción de esta interesantísima especie, y fué sin duda porque teniéndola entre las manos, no pudo fijarse en ella; ¡de tal manera se hacen invisibles é incoercibles las mujeres cuando se trata de echarles el guante! Pero, aunque no con la pompa, majestad y elocuencia del maestro, he de intentar un bosquejo de tan sublimes roedores.

Las mujeres... son animales vertebrados con cola, pertenecen á la clase de las aves, órden de

las roedoras, familia del hombre, tribu de Judá, género neutro, y especial de la culebra de cascabel (*crócalus hórridus*.)

Tienen el sistema nervioso siempre alborotado, el corazón sin ninguna cavidad, la sangre encendida y abundante, cuatro estómagos y dos vientres; las extremidades superiores por gala, las inferiores por reclamo; la cabeza llena de estopa y quincalla; el pico fuerte y afilado, algunas usan bigote, y todas ellas sobrebarba en cuanto engordan. No tienen más que una sola costilla, que sepamos, y esa robada.

Su tamaño es variable; hay algunas que caben en una celda, y otras que no caben en el mundo. Su talla varía también, porque mientras unas no saben ni siquiera cómo se llaman; otras se hacen doctoras en las universidades, autoras dramáticas, literatas y políticas. Su color en general es pintura; y su pelaje, pelote. Son seres que lloran á menudo para conseguir sus fines:

*«Discunt lacrymare decenter  
Quoque volunt plorant, tempore quoque modo;»*

esto es: aprenden á llorar con gracia cuando quieren y como quieren.

Y sus lágrimas tienen gran poder; ablandan el diamante:

*«Et lacrimae prosunt; lacrimis adamanta movebis.»*

El hombre no debe ser burlon cuando una mujer llora, pero si sordo.

Nacen á los quince años, poco mas ó menos, después de haber aprendido en los colegios, es-

cuelas, calles y paseos, á ser presumida, coquetas, envidiosas, murmuradoras, casquivanas, enamoradas, y enemigas unas de otras. Al revés de las demás aves, que para nacer, salen del cascaron, estas se envuelven en él, alargando el que les llegaba á las piernas, hasta que las cubra los piés y arrastre por el suelo. En cuanto nacen se reunen en bandadas; y para ocultar la mala voluntad que unas á otras se tienen, sellaman amigas. Sus cuidados se reducen á dos objetos: uno interior y otro exterior. El interior es el espíritu, que con perdon de los obispos de la antigüedad, que nolo admitian, está demostrado que lo tienen. Para cuidarlo lo descuidan; encomendándolo lo más á la casualidad ó á algun consejero de manga ancha. El exterior es el vestido y el atavío, en el cual tienen puesto sus cinco sentidos. Son positivistas en el amor; y cuando alguna de ellas se enamora desinteresadamente, es destrozada sin remedio por las demás. Tienen triple vista, con la cual penetran en las interioridades de los novios de sus amigas, estudiando su cuerpo, su alma, su historia, su bolsillo, sus esperanzas y sus propósitos. Todo lo ven en el hombre de color sombrío. Constantemente se reunen en complot para curtir el pellejo á la amiga ausente. Su afan es deshacer una boda, enredar en odiosos obstáculos á los amantes, sembrar entre ellos la cizaña, presentarlos ante la pública consideracion, llenos de faltas y de vicios. Tienen la hipocresía del vicio, y por más que cada una de ellas haya amado ó me de veras, declaran que ante todo, el hombre,

bueno ó malo, viejo ó jóven, tonto ó listo, debe tener su caja repleta de centenes, para poder llamarle una buena proporcion. En sus labios, el pudor y la virtud, son dos indignos acusadores y pregoneros de la lujuria del prógimo; no habiendo manjar más sabroso para un corro de mujeres, que el de los líos de la vecindad, aderazado con picantes detalles, y sazonado con escitantes y satíricas ocurrencias ó interrupciones.

Para las mujeres no hay un hombre digno, cuando este ama á otra que no sea la que lleva la palabra; ni sus propósitos son dignos; ni hay ninguna mujer exenta de graves defectos, si tiene novio. Las mujeres son los enemigos más acérrimos del amor.

En la mujer, la envidia es un pecado venial; en las mujeres es una plaga que todo lo arrasa, una atmósfera en la que viven, y donde fraguan todos sus crímenes callejeros. Si entregais la historia del amor más puro y desinteresado á las mujeres, os lo devolverán despues de manoseado, hecho una caricatura.

El sér á quien tienen más ódio, es á la mujer que «metida en su casa», se niega á tomar parte en las bandadas que ellas forman. Su campo de batalla es la sociedad; fórmanla las del gran mundo en los palacios; las de la clase media en las visitas, y las tias en mitad de la calle. Dos juntas ya constituyen un taller de despellejamiento; tres, una fábrica; mas de tres, una empresa. Cada una de ellas procura recojer en los depósitos de la miseria, los detalles de un escándalo ó de una cala-

midad doméstica; y con semejante regalo en el pico, verdaderas palomas portadoras del ramo de la discordia, vuelan de ventana en ventana, y de casa en casa, á continuar su eterna obra de roer la dignidad del prógimo.

¡Cuán ufanas, meneando la cola, van las mujeres á las visitas, cuando llevan unos cuentos en el pico! Su honra crecerá en aquel día tres dedos, haciendo descender trescientos la de la víctima, á quien toca el turno de ser despellejada.

Ellas nos han contagiado á los hombres con la murmuración, habiendo muchos entre nosotros que parecen mujeres.

Las mujeres dentro de una misma casa, si son parientas, se hacen guerra oculta en general, y si no lo son, la sostienen declarada y creciente. Pasais por una aldea desconocida, y contemplando la sencillez y triste aspecto de las viviendas, decís: ¡Qué vida tan insufrible! ¡qué aburrimiento debe reinar aquí! ¡Qué quietud tan insoportable!» Os engañais de medio á medio. Empujad la primera puerta que escojais; penetrad en la casa; enteraos de su historia. La suegra mantiene diarios altercados con la nuera; esta y su cuñada no se pueden ver; atiza el fuego, sirviendo y enredando á un tiempo á todas, la criada, y forman el coro del desconcierto doméstico, las hijas. Entre esta casa y las inmediatas, es más divertido aún el ensañamiento mujeril. Las hijas de la vecina son holgazanas y súcias, ni siquiera se dan los buenos días con las de la casa; su madre riñe tres veces por semana en medio del arroyo, con la

madre y con la suegra de la primera; y de vez en cuando se coligan estas dos familias para caer como una avalancha sobre la honra y la paz de otras dos, que viven á cuatro pasos más arriba. Donde haya mujeres, siempre hay teatro; la funcion es perpétua, siquiera vayamos á buscarla al último rincon del mundo.

Admirais el suntuoso palacio del aristócrata timbrado. Aquí,—exclamais, contemplando tanta severidad, tanto boato, y tanta parsimonia,—¡cuán digna y grave será la vida! ¡con qué invariabilidad se pasarán los años! ¡con cuánta majestad se practicará todo! Pura ilusion. Desde las porterías, hasta el gabinete íntimo del señor, las mujeres tienen convertido el palacio en un enredado ovillo de lios. Las señoritas entre sí; estas con las doncellas, y las doncellas con toda la familia menuda del servicio, forman en sus contiendas diarias, un simulacro aproximado del infierno. Y si penetráis en las menudencias públicas que caracterizan á las relaciones de este palacio con los otros seis ó sesenta de la poblacion, no hay novela, ni imaginacion, capaces de trazar barahunda semejante.

La cantidad de movimiento que desarrolla un complot mujeril rodando por un pueblo, tiene tal empuje, que arrastra y lleva consigo á cuantos hombres coje por delante. El hombre es compañero de la mujer; los hombres somos juguetes de las mujeres.

En público reinan y se imponen en absoluto.

En público ejercen el sacerdocio de la vani-



dad vestidas con los ornamentos del lujo. El lujo es su bello ideal. Las mujeres no se vencen ni se convencen unas á otras á fuerza de frases ni de razonamientos, sino por medio de unas cuantas varas más de seda ó de percal. De aquí se deduce que no tienen la razon en el cerebro, ni el corazon, ni en ningun otro órgano, ni aparato del cuerpo; es decir, que son gentes sin razon. Y es verdad. El afan del lujo es en ellas una demencia. Esta enfermedad es la causa primera de la mayor parte de sus desgracias y de las nuestras.

Si son hermosas, ¡qué bien les sienta el lujo! ¡parece discurrido para ellas! Todo se debe sacrificar á semejante consonancia. Para una bella, las galas son más necesarias que el pan que come.

Si son feas, ¡cuánto las hace valer el lujo! ¡cómo se impone á la mala impresion que la fealdad produce! ¡es indispensable, imprescindible el lujo en una fea! Es su redentor.

Si son regularcillas, el lujo las trasforma en *bonitas*. ¡Cómo no hacen todos los esfuerzos posibles por sufrir esta trasformacion! ¡Quién prescindie del lujo!

Además ellas saben de sobra, por intuicion, que el hombre es un sér que vé visiones en cuanto contempla una mujer bien vestida, y no vacilan en tenernos perpétuamente convertidos en visionarios, porque así no podemos discurrir como discurre el que palpa realidades.

El hombre se ciega ante ciertas actitudes de la mujer; cuando por ejemplo, «al andar mueve artísticamente las caderas, entrega al aire los

pliegues de su vestido, y saca majestuosamente el pié,» cual lo dijo un día el gran poeta:

*«Hæ movet arte latus; tunicisque fluentibus auras  
Excipit, extensos fertque superba pedes.»*

Tienen el génio del mal infundido en su alma bajo la especie más ridícula que puede haber; de este modo: ven á otra mujer lujosamente ataviada, y el génio se enfurece y sulfura, inyéctase en envidia y en despecho toda su sangre, empieza á disparar pestes por la boca, hacen la más horrible apoteosis de la lujosa enemiga, predicán á rabiarse contra el afán de aquel lujo desenfrenado, muéstranse hasta virtuosas, sencillas y modestas en sus gustos y... al volver á su casa, pasan la noche en vela, y no descansan hasta dar con el medio que ha de permitirles lucir de allí á pocos días unas galas y unos atavíos superiores á los de la criticada y pulverizada rival. Tal es el genio satánico de las mujeres.

Y aquí entran todas. Estas propiedades están en el universo-mundo mujeril. Entre las pobres, con hechos prácticos en percal; entre las ricas, con ejemplos en seda, en oro y en pedrería. La escena puede buscarse en la montaña escondida, en las chozas de los carboneros, ó en las ciudades en las habitaciones de la clase media, ó en la córte en los palacios de los grandes.

La mujer creada para el hogar es la antítesis de las mujeres apoderadas de la sociedad. En la sociedad, tanto cuanto ellas abarcan lo pierden los hombres y la familia. Imponiéndose al mundo en general se imponen al esposo en particular.

Los términos se han alterado: el sexo débil debe llamarse el sexo poderoso. En el secreto más profundo de los grandes cataclismos sociales, de los sucesos de importancia, de los cambios que sufren las naciones, hay siempre una mujer que impera. Esa mujer no es la amante compañera, es la mujer de la sociedad, incitada por elementos que explotan también á la sociedad, y que jamás se hubieran atrevido á incitar al marido. La mujer social es una gran palanca para el bien y para el mal. Parodiando al filósofo, se puede decir: «Dadme una mujer, y levantaré el mundo.»

La degeneración de la especie mujer-esposa en mujer-hombre, es la causa del desequilibrio moral en que se encuentra la sociedad moderna. Muchas excelentes señoras, comprendiendo el estéril é impropio papel que están desempeñando en el mundo las mujeres, han hecho verdadera profesión del ejercicio de la mujer en su propia casa. Hoy va siendo en la alta sociedad un gran título el de *mujer de su casa*. Es verdad que ha causado abundantes males este otro: *mujer de mundo*. El primero corresponde á la mujer de un marido, á la madre de unos hijos; el segundo es el distintivo de la mujer de nadie; especie trashumante, que anda de la Ceca á la Meca, en bandadas, reduciendo á vana fantasmagoría el amor de los esposos, y el respeto y cariño de las familias.

Al través de los tiempos, las mujeres han realizado los inventos siguientes:

El lujo con todas sus consecuencias.

La supersticion, las brujas y los amuletos.

El positivismo social.

La bondad del sacrificio de las jóvenes en aras de la vejez.

El predominio del cura.

El ayuno y las quiebras, como contrapeso de la elegancia.

Las nodrizas.

El culto al albayalde en sus mejillas.

La reduccion del marido á máquina simple.

Su inutilidad, remediada por la doncella de labor.

El puchero guisado á gusto de mano ajena.

La evaporacion de los ahorros de la familia.

La limpieza exagerada, que convierte las habitaciones en un mirame y no me toques.

La guerra á domicilio.

Las alcobas con dos camas.

Los colegios lejanos para las hijas.

El indulto y la benevolencia para las faltas de los hijos, principal causa de su perdicion.

La beatería, escándalo de la piedad y castigo de los pueblos.

Los batallones de la reserva del fanatismo, cimiento seguro de las sangrientas discordias populares.

La murmuracion, aroma y fragancia de los corazones podridos.

Los descotes, muestrario de la confitería de la lujuria.

Los vestidos largos, con los que arrastran por

el polvo su propia vanidad, y el trabajo de los hombres.

Los reversos abultados, prosáica joroba del amor.

Los besos de las amigas, eco eterno de las caricias de Judas.

Los desmayos y el histérico, compases de espera de las tempestades de los nervios.

Los nervios, mito-autor de todas sus exajeraciones.

La falsa poesía, única musa de tantos desgraciados que se creen poetas, porque las mujeres juegan con ellos á la pelota.

Los alfileres que no valen nada y cuestan tanto, que apenas pinchan, y que sin embargo matan tantas fortunas.

La armonía entre las flores artificiales, y el mérito de sus cabezas.

Los osos, los pollos, los Tenorios, y los Juan Lanas.

. . . . .

Y al mismo compás ha ido perdiendo la mujer, la digna é ilustre compañera del hombre, sus naturales cualidades, y entre ellas:

La sencillez en sus costumbres.

La sencillez del alma.

El ideal del amor.

El horror á los enlaces horribles.

La sumision á los consejos del esposo.

La comodidad dentro del hogar.

El placer de criar sus hijos.

Las galas naturales de su cuerpo.

La preferencia del marido á todas las autoridades ajenas.

La direccion y práctica de los quehaceres domésticos.

El esmero en regular modestamente á la familia.

La manía de ahorrar con tino y con prudencia.

El aseo de la casa, compatible con la comodidad.

El espíritu de la concordia.

La educacion de las hijas.

La severidad y vigilancia en la conducta de los hijos.

La piedad franca y natural, que se muestra más en el corazon que en los lábios.

La caridad para con el prógimo y el talento suficiente para no convertir la lengua en una escoba.

. . . . .

Es indudable que las mujeres han matado á la mujer. Lanzadas al mundo de la emulacion femenina, se han trabado en tan ruda pelea, que ante el horror de tanta guerra, de tanta ostentacion, de tanto vicio y de tanto despilfarro, se ha llegado á creer que la mujer es una criatura de la peor especie. Así lo han asegurado los santos, los sábios, los filósofos y escritores. Pero en esa afirmacion se han confundido los términos: la verdad es que la mujer es buena, incomparable, y

que las mujeres son una calamidad universal.

Dentro de su casa la mujer está en su altar; pero en la visita, en la tertulia, en el baile, en el mundo, las mujeres están en los infiernos.

Hé aquí ahora la clasificación científica de las mujeres. Está basada en el criterio de la dependencia del hombre, fin para que fueron criadas.

CONDICION.	CLASE.	NOMBRE.
FIJAS...	<p><i>Fijas</i>, propiamente tales, en su casa.....</p> <p><i>Errantes</i>, ó mujeres de sociedad, tertulia ó plaza.</p> <p><i>Fósiles</i>, dependientes de la familia; que no se casan.....</p> <p><i>Anfibias</i>, dependientes del nombre de un difunto, y aspirantes al de un vivo.....</p> <p><i>Parásitas</i>, adheridas al matrimonio, para su castigo.....</p>	<p><i>Mujer.</i></p> <p><i>Mujeres.</i></p> <p><i>Solteronas.</i></p> <p><i>Viudas.</i></p> <p><i>Suegras.</i></p>
Todas las mujeres se dividen en.....	<p><i>En claro</i>; en las grandes capitales á costa del honor, de la dignidad, de la paz y del porvenir de las familias.....</p> <p><i>En turbio</i>. { Para el mejor servicio del cielo.....</p> <p>{ Para el mejor servicio del señorito....</p> <p>{ Para el mejor servicio del señor.....</p>	<p><i>Querida.</i></p> <p><i>Amas.</i></p> <p><i>Doncellas.</i></p> <p><i>Criadas.</i></p>
LIBRES..	<p>Por una obra de parentesco y economía</p> <p>El lector queda en libertad de dividir las y de tratarlas y describir las como mejor le parezca, siempre que despues se lave las manos.</p>	<p>{ <i>Primas y sobrinas.</i></p>



La primera *condicion* comprende todas aquellas que llevan la vista levantada, y que entran y salen por donde quieran, miradas con respeto y siendo saludadas con el prosáico: «¡A los piés de usted!»

La segunda, aquellas que van con la vista baja, que no entran más que donde se las permite, y á las que no se saluda.

La tercera, es el castigo de los *viciosos*.

En la primera *clase*, está la verdadera mujer ya descrita.

En la segunda, las mujeres de que me ocupo en este capítulo.

En la tercera se incluyen aquellas faldas que habiendo sido antiguamente seres orgánicos pertenecientes al bello sexo, han sufrido la inundacion del diluvio de los años, y sin perder nada de su naturaleza, despues de haber corrido por la superficie y por el fondo del intranquilo y revuelto mar de la juventud, han quedado sumergidas en el banco de barro de la indiferencia amorosa, seco y duro á fuerza del tiempo, y dentro del cual sus antiguas formas han sido sustituidas por la materia inerte. Estos fósiles ó piedras llamadas *solteronas*, tienen todos los caractéres de los seres inorgánicos; no sienten, ni padecen, son duros y frios al tacto, y si se lanzan contra cualquiera persona hacen el efecto de una piedras. Aunque pertenecientes á la misma clase, se dividen con arreglo á sus formas finales en varias familias, y entre ellas las más conocidas son:

*Las tias*: vireyes ó tenientes de alcalde de las

esposas en el hogar doméstico, que se encargan del arreglo de la casa, de la educación *casera* de los hijos, de cuidar las gallinas, de entenderse con la lavandera, de reñir con las vecinas, de recibir las visitas y de indisponer al matrimonio de cuando en cuando. Duran muchos años, y dejan la mitad de sus bienes para la parroquia. Los sobrinos jamás lloran su muerte.

*Las beatas*: degeneración, la más común en que suele venir á parar esta clase; se enamoran platónicamente de un Dios que creen que solo es amigo de ellas; no paran un cuarto de hora en su casa, tutean á los curas y sacristanes, forman sociedades, llevan al por menor la crónica escandalosa de los pueblos, ampliándola con maestría; deshacen relaciones amorosas, estorban los casamientos, indisponen matrimonios, minan reputaciones y azuzan á los fanáticos á toda clase de aventuras. Usan peinado á la moda, por si pega, y vestidos de cierta elegancia, mezcla de mística y de presuntuosa; tienen ojos de aumento, narices de perdiguero, boca de caiman con dientes hasta el estómago, pecho de tabla, corazón de trapo, vientre insaciable, piernas de lagartija y manos escuálidas y largas como las del génio del mal. Son representantes del diablo en la tierra, y descienden por línea recta de las brujas antiguas. Es el único resto que queda de la Santa Inquisición.

A la cuarta clase pertenecen aquellas que no siendo ni solteras ni casadas, llevan el nombre de un marido que murió y aspiran, en general, al de

otro, que pueda venir. Como viven en la tierra firme de la propia familia, y al mismo tiempo bogan en el mar de las ilusiones de un nuevo cariño, son seres anfibios.

Cuando son jóvenes y no tienen hijos no hay criaturas más interesantes, solícitas, peligrosas y compuestas. Alegran las sociedades, revuelven los pueblos y se convierten en peregril de todas las salsas.

Cuando son jóvenes y tienen hijos, tan pronto se las vé animadas por el ángel bueno de la paternidad, retiradas del bullicio, y dedicadas solo á sus criaturas, como movidas por el diablo de la pasión, ataviándose y corriendo como solteras. En ambos casos cumplen con su deber, que no tiene más que una regla: encontrar un compañero para ellas, y un padre para los pobres niños.

Las viudas viejas y sin hijos, se agrian como el vino olvidado, y ya se sabe que agriarse una mujer á cierta edad, es echarse á perder metiéndose á beata.

Las que á sus muchos años quedan con hijos, han perdido la tendencia al matrimonio, y en general solo queda en ellas el tipo respetable de la madre.

Se llaman *Parásitas* las de la quinta clase, porque viven artificialmente de la vida de su familia. Las suegras son un castigo doméstico, porque en la mayor parte de los casos son seres extraños para los yernos y las nueras, y la familia exige que se las ame, resultando de aquí un imposible, que produce constante desequilibrio y

abundantes disturbios dentro de la casa. Hay que entender que el castigo es recíproco: las suegras son castigo de sus hijos políticos, y estos de ellas.

Jamás se llega á tener cariño á las suegras; hay afeccion, interés, conformidad, etc.; pero cariño nunca. Y, siéndonos indiferentes, no comprendemos sus imposiciones, que ellas encuentran muy naturales, puesto que su carácter de mayores y de madres *in partibus* les da cierta autoridad para hacerlas, pero que solo suelen producir choques y discusiones. Lo más natural es que los caracteres de las suegras y de los hijos sean opuestos ó distintos; y es claro, la necesidad de vivir juntos ó de relacionarse con frecuencia, no puede dar lugar más que á las antipatías, que se encuentran entre hombres de diversos genios, que se encuentran á menudo en su camino.

Hay, sin embargo, suegras de notable talento natural, que se hacen querer como verdaderas madres: ellas dejan al matrimonio en completa libertad de accion, conjuran, corrigen y apaciguan las pequeñas tempestades domésticas, dirigen paternalmente las faenas de la casa, idolatran y cuidan con especial gusto y habilidad á sus nietos, y contribuyen á la ventura doméstica con su prudencia y su bondad. Son un verdadero premio gordo de la lotería social, y como tal no abundan; se encuentra una, por cada treinta mil.

En la *Condicion* segunda están las Agregada-

das. Hay que pasar por ellas como sobre áscuas encendidas.

La querida es un tipo abundantísimo en las grandes capitales del mundo, donde viven escudadas por la sombra que proyectan las multitudes. En los pueblos y ciudades del resto de las naciones no se consienten: el vecindario las señala con el dedo como á animales inmundos, y se ven forzadas á huir.

Todos los crímenes que registra la horrible lista de los dramas franceses que diariamente llenan las columnas de los grandes periódicos callejeros de París, tienen por base *la querida*.

¿Cuenta el lector con alguna mujer de su familia que sea querida de algun hombre? Pues se sentirá rebajado y avergonzado.

¿Seria capaz de consentir que ninguna mujer de su casa entrase en esa categoría, por muy alta que fuera la posición del protector? No, seguramente.

¿Concede el mundo dignidad, ni vergüenza al que toma por esposa á una de estas mujeres? Jamás.

Pues si cada cual tiene firmísimo criterio respecto á la desgraciada que así se llama, la querida está juzgada. Sobran las consideraciones.

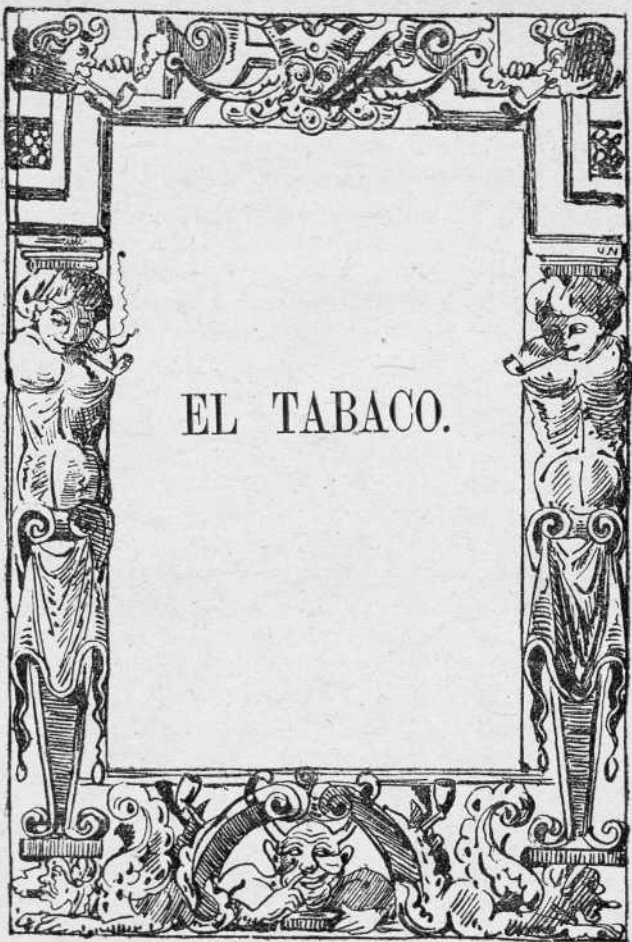
La querida es la mujer hecha mercancía; se usa como un servicio, por un puñado de dinero, y se arroja despues al monton de basura.

El ama, la doncella, la criada, la prima y demás mujeres, realmente agregadas, cuyos favores pregonan la murmuración del barrio, vienen á

demostrar de un modo irrefutable, que el hombre no puede ni debe rebelarse contra las leyes de la naturaleza; y que los enemigos de la mujer propia tienen que caer rendidos y avergonzados al fin ante una mujer cualquiera.

Todas las mujeres, cuya perversion ó cuya desgracia las ha apartado de la honrada vida del hogar, son las elocuentes mantenedoras de una gran enseñanza; nada como sus miserias y su destino, demuestra que: *La dignidad, la honra-  
dez y la ventura solo están en el matrimonio.*

---



EL TABACO.





---

## EL TABACO.

---

### I.



HASTA que no ha habido fumadores, no ha habido filosofía.

«Fumemos» equivale á decir: «filosofemos!»

Este vicio es el más espiritual de todos los vicios, porque se reduce

á gustar el espíritu de lo más ligero é impalpable que existe: el espíritu del humo.

La mujer es el vicio en forma de carne; el placer de lo sólido.

El vino es el vicio en forma de bebida; el placer de lo líquido.

El tabaco es el vicio en forma de humo; el placer de lo gaseoso.

Tiene el carácter propio de los vicios; la combustion. En el amor arde la sangre; en la bebida arden el estómago y el cerebro; en el fumador arde la punta del cigarro. Los vicios, en su esencia, no consisten más que en la aceleracion de la vida por la multiplicacion de los placeres. Con ellos se comunica una actividad creciente al sistema nervioso; y en la agitacion producida, en el movimiento intensísimo de los átomos orgánicos, el espíritu siente algo, que no podemos explicar, que nos seduce y encanta, y que hemos llamado placer. En el mundo material, ese movimiento incesante produce la combustion, la luz. En el mundo de los sentidos y de lo desconocido, que llevamos dentro de nosotros, el movimiento acelerado de las sensaciones produce una combustion sublime de las potencias intelectuales. Las sensaciones tienen tambien su calor y su luz; su combustion, el placer. Cuanto más goza el hombre, más se quema. Nuestro cuerpo y nuestra alma se reducen á cenizas y á recuerdos, tanto más pronto cuanto más gozamos. Un cigarro es un símbolo. Por un extremo está introducido en la boca, en contacto con el hombre; su masa es un trozo de la vegetacion intertropical, de la naturaleza en su mayor esplendor; en el otro extremo arde la materia, se agita la combustion: más allá el humo, lo ideal, lo indefini-

ble, que va á perderse en el espacio. La humanidad, el universo, el movimiento, el calor y la luz, todo unido, enlazado con una sinuosa línea de humo por resultado y por síntesis. ¡Filosofemos!

La luz se ha hecho para la vista, la música para los oídos, el aroma de las flores para el olfato, los manjares y las bebidas para el gusto, y el amor para el tacto. ¿A qué sentido, pues, ha venido á servir el tabaco?

Dad de repente todos aquellos regalos á los sentidos del hombre más rudo, del hombre primitivo, del hombre moderno si quereis, y sentirá placer; pero dadle el olor del tabaco y su sabor, y le vereis taparse las narices, escupir, y arrojar el cigarro despues. No se ha hecho este para los sentidos, y si al fin parece que les agrada, no es por placer natural, que espontáneamente brote en nosotros, sino por educacion, por placer artificial, al que á fuerza de tiempo y de práctica nos hemos acostumbrado. Personas hay que gustan y encuentran deliciosos el picante, los ácidos fuertes y las sustancias astringentes, convirtiéndolos en regalos para su gusto; y sin embargo, á nadie se le ocurriria sostener que es agradable y sano su uso.

Pero cuando tanto se ha generalizado el uso del tabaco, es indudable que sirve ó agrada á alguna de nuestras facultades ó gustos.

Nada más cierto. El fumar sirve exclusivamente de reposo á la actividad del espíritu.

Pensar, es la función exclusiva del alma. El

que piensa largas horas, se rinde al fin. Si se divide este tiempo en porciones de quince minutos, y al cabo de cada una de ellas se da un descanso á la actividad del cerebro, este puede continuar trabajando por mucho tiempo sin rendirse.

Para interrumpir un órden de ideas que nos ocupen, habrá que sustituirlas por otras de muy distinta índole. Todas las que sostienen la accion espiritual tienen un objetivo; las que han de ser distintas de ellas, es preciso que no tengan ninguno. Con estas, el espíritu descansa. ¿Cómo se realiza esta milagrosa sustitucion, este benéfico reposo? Echando un cigarro.

Nada más sencillo: el hombre sustituye á la idea que le entretiene, la de fumar; y al efecto saca su cigarro ó su pipa, los arregla, los prepara, los dispone, los enciende, y chupa y chupa, y cierra sosegadamente los ojos, y traga y arroja humo, y mira á su cigarro, y sopla al aire, y... se queda tan satisfecho como si hubiera hecho algo. Para todo esto nos ocupa la idea de liar, picar y limpiar el tabaco, de encender un fósforo ó una yesca, de chupar, tragar humo y soplar. Cuando el cigarro se ha concluido, ¿en qué parte del cuerpo ó del alma está la impresion producida? En ninguna. ¿Dónde ha ido á parar la materia que nos la ha causado? A los espacios imaginarios. ¿Qué hemos adelantado en beneficio al individuo, á la familia ó á la sociedad? Nada. He aquí, pues, la idea necesaria que ha de sustituir á las ideas útiles en que se ocupa nuestra actividad-inteligencia; una idea sin objeto alguno.

Ha sido una gran conquista la del fumar, bajo este concepto.

Detiene al espíritu, le hace descansar, y le facilita el poder seguir siempre adelante.

El escritor está sobre su trabajo, con la pluma en una mano y el cigarro en la otra. Discurre, cavila y escribe; al torbellino de unas ideas suceden otras, se precipitan... ¡alto! los sentidos se agarran al cigarro, los ojos contemplan su color hermoso, el olfato siente su aroma, el gusto lo saborea, entre el pulgar y el índice le hacen cuatro caricias, el dedo pequeño le quita cariñosamente la ceniza, una nube llena de humo llena la estancia; se repite la operación dos ó tres veces; el alma se ha distraído, y vuelve animosa después á su trabajo.

En la lectura y en el estudio sucede lo mismo. En toda clase de trabajos también. No hay descanso comparable con el que se llama: «Echar un cigarro.» Es momentáneo, inapreciable, dura lo que dura una chupada, pero aprovecha y sostiene á la mente de un modo admirable.

Hay hombres que tienen el raro privilegio de pasar el tiempo sin pensar en nada. Tumbanse á la larga; siéntanse á la sombra de un árbol, ó ante la mesa de un café ó en el portal de un estanco, y pasan y pasan las horas, y no dan chispa, su cerebro no se mueve, y sin embargo fuman! ¿Qué descanso les proporciona á estos el cigarro? El descanso de matar el negro aburrimiento de su alma. Estos tipos creen de todas veras que realizan un gran trabajo fumando y fumando. Si les ha-

ceis observar que no se han ocupado de nada, que no han hecho nada, responderán muy sérios:— «¡Sí, he fumado doce cigarros!» En la sustitucion de la inercia de su espíritu por la ocupacion de fumar, encuentran un gran alivio. El tabaco ha venido á salvar del idiotismo y del ensimismamiento á muchas de estas gentes.

El beneficio del descanso espiritual que nos proporciona el tabaco, se exagera, se malgasta como otros muchos beneficios. Sucede como con el vino, y con el amor: multiplicado su uso se convierte en asqueroso vicio.

Fumar y fumar á todas horas, con cualquier pretexto, y sin freno alguno, es una solemne majadería; es malograr torpemente un precioso regalo de la naturaleza.

## II.

### **El tabaco en la historia.**

Generalmente se dá principio á la historia del tabaco en la época de la llegada de Cristóbal Colón á América, y no se tiene en cuenta que hacia ya más de dos mil años que los hombres lo mascaban y lo fumaban. Siguiendo paso á paso el difícil y verdadero laberinto de las tradiciones americanas, se encuentra á los mejicanos aztecas con su tabaco encendido en los lábios, lo mismo que á los isleños de las Antillas, y á los indíge-

nas de la region encantada del Dorado, á los de las orillas del mar del Sur, y de las soledades de Costa-firme, que recorrió el primero el vascongado Andagoya, natural del valle alavés de Cuartango. En el interior del Perú, era en la única comarca de aquel país en que no se mascaba, ni se fumaba en público tabaco, empleando solo este en polvo como maravillosa medicina. Al uso del tabaco sustituían los peruanos el de la *cuca*, especial narcótico que apreciaban tanto como nosotros la otra planta.

Pero aun á riesgo de cometer un pecado prohibido por sus antiguas religiones, mascábanlo y tomábanlo en secreto los príncipes y los sacerdotes, incitados por sus deliciosos efectos.

En aquellos relatos que hay escritos en la lengua *quichua*, y que se refieren á los primeros tiempos del Perú; en aquellas curiosas narraciones, que empiezan: «Huaquin machuicunam, lloclai pachacuti y alliptinmi, Mancco Ccapacc Incacunap mallquin carcean, cai Mancco Ccapacini Paccarectampu llactaphuc toccomanta llocimurccan ñirccancu; quepamanri cai quiquin Maucco Ccapacc rumimanmitucurccan, chairincum runacunap Huaccacta china, muchhasccan, carcean, ñituccac..... etc., etc.» que en nuestra lengua española quieren decir: «Cuentan algunos, que despues del Diluvio, Manco-Capac fué el progenitor y padre de los Indios; que salió por una ventana, ó abertura de la poblacion de Paccarectampú, y se trasformó en piedra, y que despues esta Huacca (sepulcro) fué adorada por los pe-

ruanos... etc., etc., enesas ya olvidadas leyendas, que aún escucha el viajero curioso, en los últimos rincones de aquel mundo apartado del alto Perú, se puede oír la tradición siguiente, hasta ahora jamás publicada:

«Reinaba en el Perú el Inca *Huainacavi-Pirua*, hijo de Manco Capac, vencedor de los Atamurunas, hijo de Pirua-Manco y de su hermana Mama-Cora, (el mismo Ayar-Uchu-Topa, hermano de Manco, de Cachi y de Auca, primeros jefes pobladores) cuando habiéndole robado los enemigos uno de sus hijos quisieron darle muerte: lloró el niño lágrimas de sangre, y los enemigos asustados se rindieron. Fué todo por maravilla de los sábios Amantas, que enseñaron á los nobles á leer, á trabajar las piedras y la madera, á escribir en hojas de plátano y á conocer los astros.

Pidió Huainacavi un regalo precioso á Sinchi-Amauri, el más sabio de los Amantas, para poder olvidar los dolores que sufría; y el sabio, delante de su hermana-esposa, y de su segunda esposa Mama-Micay, hija de Huillaco, rey de Lucay, y de Sinchi-Cozque-Pachacuti su hijo, que venció más tarde á los enemigos en Dichina, y que fué padre de Inti-Capac-Yupampi vencedor de los Antihuaylas, libertador de los países de Contisuyu, de Collasuyu, de Tucaysuyu y de los Chitihuañas, é inventor de los chasquis que llevaban las noticias de pueblo á pueblo, delante de la real familia, habló así:

«En el nombre de los supremos dioses Hillati-



ci-Huiracocha y del Sol, te entrego este regalo, que te hará olvidar tus dolores, dando agrado á tu boca, resistencia á tu pecho, fortaleza á tu ánimo, y salud á tu cuerpo. Es el polvo divino del tabaco, cuyos árboles pueblan nuestras altas llanuras; está recogido por el sacerdote, secado por sol, picado con la cuchilla de palo, molido entre dos piedras, mezclado con tierra ardiente, amasado con agua cristalina, y guardado por espacio de muchos días en el templo.

Máscalo si quieres y tómallo por la boca ó por las narices. Pero entiende que Hillatici-Huiracocha no quiere que el hombre mate sus pesares, sino que los sufra; no permite que se embriague, sino que viva despierto; no aconseja que nos sepa la boca á dulce y á regalo, sino á amargura. Entiende que si tomas el tabaco pecarás; pero eres hombre, y eres libre. Sufre y subirás al Sol. Si no sufres te confundirás con el polvo del huacca (sepulcro.)

Huainacavi lo rechazó, y lo escondió debajo de una piedra; pero cuando nadie le veía lo tomaba. Y lo mismo hacían sus mujeres y sus hijos, y lo mismo hacía el sábio Amauri, y los demás sábios Amantas. Cuando nadie les veía lo tomaban. Y todos lo sabían entre sí; y entre sí lo disimulaban, y lo prohibían al pueblo, y decían:

Los quippucamayoc (jueces) os han leído en sus quippus (escrituras hechas con hilos de colores) que no useis el tabaco, veneno que embrutece y mata. Yo no lo doy panay (á mi hermana), ni llocsimasíy huanquey (ni á mi hermano), ni

churi (ni á mi hijo); ní ususiy (ni á mi hija). Observad este precepto como observais los otros que son sagrados: ama pictapas hanuchinquichu (no matarás); suacunquichu (no robarás); ama quellan quichu, (no estés ocioso); ama luicanquichu (no mentirás); ama huachocchucanqui (no seas adúltero); el nahui (ojo) de Dios acsi (se rie) del pecador. Es un pecado el uso de esa planta maldita en todo el mundo. Así lo dicen los sacerdotes de los países donde se hablan las lenguas chinchaysuyu, calchaqui, cauqui, aymara, yunca, y puquina que son todas las lenguas del mundo; os ha dado Dios el regalo de la preciosa yuca, el plátano y el maiz, é insultais á Dios tomando *sora* (aguardiente de maiz). Os ha dado la quinua (arroz), y la papa (patata), y buscais el veneno de la cuca y del tabaco. Os ha dado el maquey, la llama, el algodón, el huanaco y la vicuña para vuestros vestidos, y muchos preferís andar desnudos y súcios.»

Y el pueblo seguía mascando la cuca, y los sábios y los reyes mascando el tabaco.»

Hasta aquí la tradición. Los españoles compañeros de Colon intentaron imitar á los isleños de las Antillas en la costumbre de fumar, sin poder conseguirlo al pronto. Vieron á los americanos que liaban la hoja, formando con ella un cilindro, al que denominaban *tabaco*, encendiéndolo por un extremo, chupando y aspirando el aire por el otro, y lanzando el humo alrededor de sí. ¡Quién hubiera dicho á los expedicionarios castellanos, que aquel acto sencillo, que aquella

singular costumbre habia de ser con el tiempo recurso universal del agrado y distraccion de los hombres, y que la Europa de cuatro siglos más adelante «fumaría como un solo hombre!»

De seguro que los guerreros y marinos no hubieran admitido la práctica de los indios, á no haber habido frailes entre ellos. Los frailes regalaron al alma de los americanos las dulzuras de una nueva creencia, y en cambio tomaron de ellos cuantos manjares naturales servian de regalo á su cuerpo. Los frailes probaron y propagaron el café, el tabaco, el azúcar y el chocolate. El P. Fr. Romano Pane, fué, segun unos, el primero que trajo á España las hojas y la semilla del tabaco, (1518). El fué el que vino contando que los sacerdotes americanos lo tomaban para quedar sumidos en una especie de desvanecimiento placentero, ó de narcótica embriaguez, durante la cual, como inspirados por los dioses, contestaban á las consultas, que acerca del porvenir y de los secretos de la vida les hacian los fieles.

Bien pronto se esparció la planta, como una curiosidad, por todas las córtes de Europa. Santa Cruce la presentó en Roma; Sir Waltter Raleigh, en Lóndres; el embajador francés, en Lisboa; Nicot, en París, en la cóрте de Catalina de Medicis; debiéndose á este el que se la conociera con el nombre de *Nicociana*, ó yerba del embajador, ó yerba de la reina.

Se usó, desde luego, en polvo, bajo la forma llamada *rapé*, guardado en las famosas cajas ó

tabaqueras que han llegado hasta nuestros días. Los marinos ingleses, y después los de las demás naciones, se decidieron á gustarlo mascándolo. Los propietarios de las Antillas continuaron fumando, á imitación de los indios.

Pero no se arraigó su empleo en los pueblos, sino á costa de algunas persecuciones; el tabaco tuvo también sus mártires: Jacobo I de Inglaterra, dictó severas órdenes contra los consumidores de la nueva planta; y hasta aseguran que publicó en latín un folleto titulado *Misocapnos*, en el que se ocupaba de las malas consecuencias y de lo súpicio y denigrante de su uso. Los Papas Urbano VIII, en 1625, y Inocencio X, en 1690, expidieron bulas condenándolo. No se olvidan los curiosos de apuntar también que en Persia, Amurates IV, mandó perseguir á los aficionados, castigándoles con la amputación de las narices, y con la pena de muerte si reincidían.

Estaba escrito, sin duda, que la hermosa planta americana había de imponerse. La corte de los Luises de Francia, se inundó de tabaqueras; el rey-sol era un ídolo lleno de polvo. Los conventos se convirtieron en sorbederos narigudos del polvo rojo. Todo el siglo XVIII con sus filósofos, sus enciclopedistas, sus guerreros y sus revolucionarios, no es más que una colección de narices súpicias. El Gran Federico, hubiera sido un reyecillo de poco más ó menos á no haber estado escitando constantemente sus nervios con el regalo de la tabaquera.

Los soldados franceses trajeron de los Esta-

dos-Unidos la pipa en la boca, y la democracia en su bandera.

Ellos estendieron despues por toda Europa el tipo del fumador. El tabaco y las ideas del 89 llenaron el Continente en la época de las grandes campañas de principios de nuestro siglo. La mitad del humo que inundó el espacio en las guer-ras de Napoleon, fué humo de tabaco. Desde entonces fuma y piensa la humanidad.

En España, cuando Godoy caia, y el alcalde de Móstoles se levantaba, no habia más que polvo y tabaco brasileño. El *fusique*, feo engendro del refinado gusto de los tomadores de polvo rojo, era un útil que no faltaba ni en el disparatado chaleco de los nobles, ni en la faja de los campesinos. Metido su extremo agujereado en uno de los orificios de la nariz, de cada sorbo desaparecia medio cuarteron en los laberintos internos de la mollera. Los frailes llevaban en el hábito, sobre la cintura, un boton, en cuyos bordes apretaban con las yemas de los dedos, antes de tomar un polvo de la tabaquera ajena, con objeto de coger en la huella mayor cantidad. Los afrancesados, los *he-rejes*, empezaron á fumar.

Hace ochenta años todo hombre que fumaba era considerado como una alimaña. Liberal y fumador era todo lo malo que podia ser uno de nuestros abuelos, y aun casi casi algunos de nuestros padres.

Chorreaban polvo rojo todas las sotanas, las togas, los petos, las camisolas, los embozos y los pañuelos de nuestros ilustres ascendientes, de los

adoradores de Fernando el Deseado. ¡Qué tiempos aquellos! Napoleon vencido continuaba en Santa Elena sorbiendo polvo, con la misma fruicion que en los inolvidables dias de Wagran y Smolenko. Chateaubriand sorbia; sorbia Luis XVIII; y Riego, Mina, Alava, Saavedra, Galiano, Gomez Berra, Cuadra y Garay llevaban sobre las tapas de sus tabaqueras el texto de la Santa Constitucion de Cádiz; y Eguía, Chamorro, Chaperon, La Bisbal y Calomarde ostentaban en las suyas al rey y la Inquisicion fundidos en una misma alegoría.

El cigarro empezaba á minar lentamente las públicas costumbres.

A las antiguas trenzas ó sogas de tabaco brasileño, con el que se hacian cigarros de papel gruesos como el dedo pulgar, y cuya duracion pasaba de una hora, sustituyeron los cigarrillos de picadura cubana, filipina y holandesa. El cigarro empezó á correr en mano de los soldados y de los obreros; las prohibiciones hechas en ciertos reglamentos cesaron, y el vicio se hizo popular.

Tuvo el tabaco épocas de gran renombre; los médicos y los curanderos lo convirtieron en preciosa panacea. Se usó su cocimiento en fomentos contra la sarna; su infusion como emético; el aceite contra los tumores indolentes, en la sarna y en los sabañones, y sus tinturas etérea y alcohólica para combatir la hemoptisis.

Sus enemas irritantes se usaron en casos de asfixia y en las hernias extranguladas. Sus po-

ciones y polvos contra la coqueluche; su linimento diurético en casos de ascitis; y sus fomentos contra la tiña anular y favosa. Entra el tabaco á formar parte del bálsamo tranquilo y de la tintura de pelitre odontálgico. Se le propinó como la belladona y el estramonio por sus cualidades irritantes. Orfila, Brodie, Albino, Fontana, Boerhaave, Zuinger, Fischer, Anderson, Thomas, Robert-Page, Szerleki, Bauer, Portal, Gaubius, Pott, Souville, Gravel, Fowler, Larle, Shaw, Garnett, Augustin, Schmit, Diemberbroeck, Bouchardat, Pitzcheft, Maniat, y Chadtourelle se ocupan mucho en sus obras médicas del empleo del tabaco en terapéutica y de su accion fisiológica.

El aceite empireumático del tabaco es un veneno que mata rápidamente. Se aplicó el tabaco fumado contra el asma nerviosa, y su extracto contra la tos ferina; así como en las neumonías; en las neumorragias y en las hemoptisis. Se empleó en lavativas de humo, aunque sin éxito, pero con furor, en los ahogados.

Se aplicaron sus hojas frescas en la frente contra los dolores neurálgicos; sus colurios en los dolores de dientes y muelas, contra cuya afeccion aprovecha muy á menudo el fumar. Su polvo absorbido por las narices contra la parálisis, contra las cefalalgias, contra la sequedad de las narices, para facilitar la respiracion y evitar el lacrimo; y en ciertos casos contra ciertas oftalmías crónicas.

Se propinaron lavativas de humo de tabaco en

la medicación de la disentería, del ileon, de las hernias estranguladas, del cólico de plomo y de la timpanitis. Las lavativas y la aplicación de hojas frescas sobre el vientre, se emplearon para matar las lombrices.

Empleóse su tintura en el mal de piedra y en la hidropesía, y en las hinchazones de los ganglios linfáticos, y de las glándulas.

Hoy la medicina no lo usa, sino en muy raros casos. La sociedad, en cambio, lo aplica á la curación de todas las melancolías, y á la afirmación de todas las digestiones y de todas las amistades.

En todo bautizo se reparten puros á los convidados; en toda boda abundan; en todas honras de entierro se dan despues de la comida. Son los jalones que señalan las principales etapas de nuestra existencia.

Cuando pasen los siglos, y nuestros descendientes pregunten en qué distraían sus horas los hombres de la segunda mitad del siglo diez y nueve, podrán responder:

—Los desocupados, cuyo nombre no ha pasado á la historia, en fumar; y los inmortales... ¡también!



## III.

**Con un puro en la mano.**

LA CIENCIA DEL HUMO.



**C**ONSIDERA cuando fumes, ¡oh vicioso lector! la extraordinaria revolución atómica que origina en el aire y en el cuerpo. Mira y contempla cómo en un acto tan sencillo estás asistiendo á

un verdadero trabajo de laboratorio fisiológico-químico, cuyos efectos materiales se reflejan en el espíritu. Ten presente que así como se fuma un cigarro, así se fuma la vida. Nuestros padres la encienden con el mismo trabajo, y en el mismo tiempo que se emplea en encender un cigarro, y el enterrador arroja nuestro cuerpo, que no es más

que una colilla apagada, en el fondo de un poco de tierra removida. Con esa colilla y con otras muchas, se fundan nuevos séres, verdaderos pitos de la naturaleza, que otros padres se encargan de encender, y que nuevas almas fuman. Muchos hombres no son más que picadura de colas de otras generaciones. Nacen pocos puros habanos: Rotschild, Victor Hugo, Bismarck, Antonelli, Leverrier, Castelar, Rosales, Gladstone, Tyndall, Moltke, Lesseps, Thiers, Haeckel y Morse, son un mazo de ellos. Tagarninas de tres cuartos se encuentran en todos los ministerios, en las academias, en los cuarteles, en las gacetillas y en los cabildos; el resto de la humanidad es picadura mala. Todo tabaco-hombre que no haya nacido bajo el ardiente sol tropical del genio, y del talento, aquel á quien no hayan creado las brisas de los mares inmensos de la laboriosidad; quien no ha visto pasar sobre su cabeza las trombas, y los huracanes eléctricos de la lucha en el hogar, en la conciencia y en el corazon, ese no será jamás un buen veguero. Los hombres de la rutina son holandilla desabrida y floja; hoja de maíz ó de chopo: podrán andar por el mundo cubiertos con una capa de la Vuelta de abajo; pero fumados, tratados y conocidos, ¡cuántos grandes hombres que parecen brevas cubanas, resulta que son cigarros de á cuarto!

Filosofando por este camino, no se concluiría jamás el capítulo, y como el objeto que en él se persigue no es ese, quédese la filosofía para mejor ocasion.

Considera, ¡oh lector! decía, el maravilloso movimiento de la punta de tu cigarro. En ella, la combustion, reúne, combina, cambia y transforma cien elementos fijos en otros diversos. Las resinas, el aceite nicotianina, y varias sustancias albuminosas, dan hidrógenos carbonados, semejantes á los que arden en todas las llamas de origen orgánico, y prestan los simples necesarios para que se verifique esa fase final del movimiento atómico, cuyos efectos consiguientes son el calor y la luz. Fórmase agua, vapor acuoso, óxido de carbono y ácido carbónico, haciendo que el oxígeno, ya del aire, ya de los mismos componentes del tabaco, se una á esos eternos transformadores de la materia; el carbono y el hidrógeno. El nitrógeno de las sustancias azoadas, forma amoniaco. El intensísimo movimiento molecular en esas transformaciones, no se sostendría sino por la cantidad de movimiento impulsor que produce una corriente constante de aire, debida á la presión atmosférica. Esta nace de la succión casi insensible que haces al chupar. Un pequeño movimiento de los labios y de la lengua, determina, pues, esa gran revolucion, ese torbellino de átomos incandescentes, que nacidos de un foco extraño en combustion, se multiplican y sostienen por la acción mecánica y química del aire, que viene á mantener la agitacion, á fundir y evaporar los unos compuestos, á destruir la cohesión de otros, á formar los nuevos, á hacernos sentir la impresión del calor, el brillo de la luz, y esparcir por el ambiente ligeras partículas flo-

tantes en el humo, dilatado en abundantes penachos, en nubes, en miniatura y en azules y sosegados espirales.

El amargor y el desvanecimiento á los primezizos; el placer y el regoldeo á los buenos fumadores, y la estupidez y enfermedades á los monomaniacos viciosos del tabaco, se deben particular y respectivamente á la série de componentes que tiene esta hoja admirable. Comprad un cigarro de tres cuartos, y saboreándolo, tendreis entre los lábios las sustancias siguientes:

Nicotina, nicocianina, cera, resina verde, resina amarilla, ácidos málico, cítrico y acético; fosfatos de cal, de magnesia, de manganeso y de hierro; sulfato de potasa, malato de amoniaco, cinco sales de cal, siete nitratos diversos, cloruro de potasio, acetato de potasa, albúmina, celulosa y sílice. Obran entre sí, se descomponen, se combinan bajo nuevas formas, se evaporan, se reducen á cenizas, se disuelven en la saliva, se fijan en la lengua, en la bóveda del paladar y en las mucosas; y entre el aire, la tierra y el cuerpo humano, el cigarro desaparece. Toda esta química remueve el fumador. Así es que cuando se vé al aguador rústico sentado en el portal chupando la cola del habano que un señorito ha tirado por el balcon, el pensador y el poeta, si la ciencia anima su inspiracion, pueden encontrar en tan grotesca figura, y en tan despreciable manjar aprovechado, un asunto incomparable para sus meditaciones, y para su musa, porque desde las vegas de las Antillas hasta los dientes del ma-

ruso, y desde el fósforo encendido hasta el inmenso movimiento químico de la combustión y descomposición del tagarote, ya hay algo sobre qué pensar, cavilar y escribir; ya hay tela que cortar de sobra, si el génio tiene buen pulso y regulares tijeras.

Á guisa de cirujano curandero de aldea, os diré: que la nicotina, sublime veneno, por la corta proporcion en que entra y por los compuestos que le neutralizan, no hace gran daño, aunque á la larga determina la ulceracion de algunos puntos de la mucosa intestinal y gástrica; que la nicocianina entra en muy pequeñísimas cantidades en el torrente circulatario, y embriaga, amodorra y narcotiza; que la cera y las resinas dan á los dientes ese horripilante matiz que ostentan los de los fumadores, y á las yemas de los dedos lo mismo; que el ácido málico y los malatos contribuyen á favorecer las digestiones, si no se ingieren en exceso. (Todos los buenos bebedores saben que tomando en las grandes comidas unos trozos de manzana entre plato y plato, en vez de aceitunas ó salchichon, jamás hace daño el vino.) Que el ácido cítrico y el acético barren saludablemente las mucosas; que los fosfatos dan solidez á los huesos y lucidez al cerebro; que el manganeso y el hierro equilibran de un modo estable las propiedades de la sangre; que la cal nutre toda la parte verdaderamente sólida de nuestra economía; que la potasa es la vida de las grandes glándulas; que la albúmina y la celulosa son papilla alimenticia de que jamás

debe prescindir el hombre, y que la sílice puede contribuir á que tengamos una naturaleza de piedra.

Tal es, en suma, el efecto maravilloso del tabaco, del cual, y no de otra sustancia alguna, dijo el sábio, que: «aprovecha, nutre y fortifica, corrobora y aprieta, y dá salud al cuerpo, y al alma si le conviene.»

Que dá salud al alma, no hay para qué demostrarlo. Repárese en la accion psicológica que por simpatía producen esos mismos componentes en nuestro espíritu.

Al activar la nicotina la sensibilidad del organismo, poniéndole en inminente peligro de un envenenamiento, el fumador se siente inspirado por las sacudidas nerviosas, y su inteligencia se despeja y ensancha como por encanto. Innumerales personas hay que no saben dar principio á ningun trabajo sin encender un cigarro, y que cien veces se detendrian en las tareas si no acudirian solícitos á chuparlo. El arsénico, en sus compuestos tambien, es un veneno, y sin embargo, muchos pueblos montañeses lo toman en cortas porciones, para sufrir la crudeza de sus difíciles caminatas. La nicotina y el aceite nicotianina prestan, no sólo animacion al cerebro sino una mezcla de sopor agradable, de tendencia al sibaritismo placentero, de lúcida soñolencia, que hace las delicias de los que fuman con fé.

Causa voluptuosa impresion y pasajera embriaguez; origina en los ojos y en el corazon, al

través de las ondulantes figuras del humo, indescriptible fantasmagoría. Por eso gusta y consuela á los ricos y á los pobres; á los dichosos y á los desgraciados.

La cera y la resina dan lustre al espíritu; un hombre, cualquiera que sea, con un cigarro en la boca, es un tipo brillante. Pasa el tiempo fumando; luego tiene tiempo y dinero de sobra.

El ácido málico, que dió á la manzana del paraíso el poder de que la mujer engañase al hombre, produce en el aspecto del fumador una apariencia con la cual engañamos á las mujeres; no les gustan, en general, á éstas los hombres que no fuman, y tienen razon; el tabaco es desinfectante: con él vá un hombre prevenido para que ninguna mujer le contagie con sus afeites, perfumes y olores propios é impropios.

Los ácidos cítrico y acético, al refrescar nuestro interior, refrescan el ánimo: un cigarro equivale á un sorbete; nadie se mete en el baño sin su cigarro en los labios, ni ningun segador ni cazador se alivia de los rigores del sol, cuando no tiene agua, sino echando un cigarro detrás de un matorral. Además, estos ácidos agrian el carácter de los hombres, dándole mucha dosis de respeto. Un hombre que no fuma no es un hombre sério. En cambio, todos los jueces, comandantes, policías, dómynes, perros de presa y verdugos, van siempre con su tagarnina entre los colmillos, echando humo, y repartiendo espanto por esos mundos de Dios.

Los fosfatos convierten la mollera del fumador

en un fuego fátuo. Dadle un cigarro á un niño y se creará un hombre, é irá por la calle chupándolo con la gravedad de un ciudadano ministro; dadle un puro á un pobre, y mirará con desden mientras lo fuma á todos sus colegas, creyéndose un Creso; dadle un habano á un fumador de coraceros y lo guardará, con etiqueta y todo, para la hora del café, con objeto de darse tono en su círculo de amigos, y de *echarle la pata* con su rica breva. Repartid en la mesa del convite un puñado de buenos puros á los comensales, y de repente vereis á todos tomar actitudes académicas, estirar el pescuezo, inflar el pecho, hablar sin gravedad, y mirarse unos á otros con prosopeya. ¡Qué son todas estas ilusiones sino fuegos fatuos, debidos al fósforo!

El hierro y el manganese fortificando la sangre, hacen del hombre un ser lleno de vida y de salud, y dan satisfaccion y alegría al alma. La cal nos hace revoltosos y efervescentes en la conversacion; y la potasa picantes, decididos y chistosos.

No es estraño, pues, que sin darse cuenta de ellos, haya tanta decision en el espíritu del hombre hácia el tabaco.

Hay en ese estraño objeto, que la humanidad de medio mundo ha desconocido por espacio de tantos siglos, un génio protector de nuestra existencia. Ya no se conoce el tipo del hombre solitario; nadie está solo si tiene un cigarro; el gran compañero. Compañero á quien queremos tanto, que nos lo chupamos, constituyendo un verda-



dero maridaje carnal. Los antiguos en sus soledades es posible que se chupasen el dedo. ¿En qué se va á entretener un hombre cuando está solo? Reunid dos hombres, los más indiferentes; no tienen de qué hablar, se aburren, la union es imposible, no hay lazos que les aproximen. Sacad un cigarro, y el milagro está hecho. Fumarán, y se darán mutuamente fuego, conversacion y entretenimiento. El amor une á los hombres con las mujeres: el cigarro une á los hombres entre sí; de modo que la amistad no es más que el amor convertido en tabaco. Ved cómo un cigarro enlaza á las almas, cual si fuera él una alma verdadera. Si la metempsícosis tuviera algo de cierto, y la trasmigracion y alhojamiento variable de los espíritus fuera un hecho, podria sospecharse que dentro de cada cigarro cavilaba y residía una alma. Un mazo de puros seria un lio de ánimas benditas, y un paquete de pitillos un pueblo, con camisas de papel. ¡Cuántos pueblos hay, cuyos vecinos están peor vestidos, ménos unidos y peor pagados, que un paquete de cigarros!

Extraña relacion de nuestra alma con el tabaco. En un pueblo de Aragon, llevaban á un reo al patíbulo. El cabecilla, que ordenó la ejecucion, conociendo el arraigado vicio de fumar que tenia la víctima, le dijo al salir de la capilla, y al verle con un gran puro en la boca:

—Te perdono la vida, si dejas de fumar.

—¡Arre burro!—contestó el reo, expoleando al animal, sobre que iba montado—¡que este hom-

bre, en vez de matarme de una vez, me quiere ir matando poco á poco!

Suprimid el cigarro, y suprimireis al hombre de vuestros dias. ¿Y qué es al cabo? Nada. Fiel retrato de la vida; ceniza en el suelo, humo en el aire, y pasajero gusto en el alma.

No encuentro ningun libro de filosofía, que demuestre esto tan elocuentemente como un cigarro.

Los filósofos son cigarreros que no llegan jamás á aprender el oficio.

#### IV.

##### **Los fumadores.**

Van todos los asuntos en este libro comprendidos, concretos y casi en fórmula, que á no ser así, con el titulo de este capítulo, por ejemplo, habria bastante para triplicar el número de sus páginas.

La especie de los fumadores es tan variada como la canina: no hay dos individuos que sean iguales.

En los albores de la juventud ya humea el cigarro; y á menudo el último consuelo que tiene un viejo, antes de cerrar el ojo, es el de «tirar algunas chupadas.» El cazador ó el viajero extraviados, que al cabo de larga y penosa caminata por los bosques, ven salir una ráfaga de humo por entre los lejanos árboles, sienten alegría en

el alma, y exclaman: ¡Allí hay hombres!; el pacífico vecino que en su calle solitaria vé cruzar por el aire raspando el dintel de alguna ventana, ó el quicio de las puertas, la ténue humareda azul que al punto se disipa, dice con acento de absoluta convicción:—¡Allí hay un hombre!

Este hombre, elevado á tan alta categoría porque fuma, puede ser, ó un expária infeliz sin voto y sin cédula, ó un acaudalado propietario, grande de España y académico. Pero el vecino ha dicho: «Allí hay un hombre», dando á esta palabra el tono y significacion del hombre que está en posesion de sí mismo, y véase cómo lo que ni las leyes ni la sociedad han hecho en muchos siglos lo ha realizado el cigarro, igualando la condicion humana. Todo el que fuma es un hombre emancipado. Los siervos, los antiguos criados y los colonos, jamás fumaban, ante el señor de campanillas.

Hoy si el señor dá un cigarro á su criado, es porque comprende que es tan *hombre*, tan ciudadano como él. Es, pues, el tabaco un símbolo de la redencion social.

Entre los redimidos, entre los fumadores empezamos por cualquiera de los tipos:

*El soldado.* Sin estar en la formacion con la horrible pipa en la boca como los soldados franceses, nuestros muchachos del ejército, á quienes antes se prohibia severamente el fumar en público, adoran con frenesí su cigarro de papel. Dejarán de beber vino; buscarán el amor más barato; esos amores cuyos coloquios duran más que

el servicio de centinela; pero ni por asomo prescindirán de su cajetilla. Registrad á los soldados: entre catorce, es posible que no reunan 13 reales; y de fijo hallareis catorce paquetes de cigarros. Placer tan económico, satisfaccion más agradable y entretenimiento que dé más tono que el fumar, no lo hay en el mundo. Un soldado sin un cigarro se muere de aburrimiento y de nostalgia: todavía no se ha dado el caso de que se muera de morriña ningun quinto gallego si se ha decidido á fumar. Fuma el militar de lo más barato, sin perder una sola raspadura, y sin desperdiciar un milimetro de papel; compra un puro cuando tiene que acompañar á su novia en los días de fiesta, y es completamente feliz cuando la chica le quiere, y el puro «sube.»

En tiempo de paz el cigarro es un regalo, y en campaña una medicina. Tras de la penosa marcha, perdido de agua y de barro, al hacer alto en un pueblo, todo se le olvida en cuanto cae una cajetilla en sus manos. Y cuando entre un diluvio de balas ha subido á la trinchera enemiga dejando la muerte á sus espaldas, ninguna recompensa le satisface tanto como el pitillo miserable que se saborea en corro, sentado en el suelo, á la sombra de la bandera vencedora que ha clavado su compañía en lo alto del parapeto enemigo. La gloria de la campaña pasará; pero cuando cuente á sus nietos los recuerdos de aquel día, tambien estará el cigarro entre sus lábios, refrescando su memoria, y animando su corazon.

Cae herido; hay que sufrir la operacion dolo-

rosa en manos del médico; pues no le deis cloriformo, dadle un cigarrillo y resistirá. Si desea ascender algo, no es porque ansíe mandar á nadie, ni por llegar á general, ni por darse tono, es porque aquellos ricos puros que fuma el sargento, no pueden acercarse á él de otra manera. En las grandes fiestas es de cajon repartir cigarros á los soldados; una cosa semejante á la de repartir confites á los niños. Para estos la reparticion hace del dia una fecha memorable; para aquellos el dia es de gala completo. El quinto se moriria de temor, de disgusto en los primeros meses del servicio, si el cigarro, aquel vicio que no tenia en su aldea, no viniera á consolarle. El soldado viejo, que ha pasado de todo, no encuentra en el mundo más que un placer, una verdad, un buen amigo; el cigarro.

*El estudiante.* Soldado de las letras, son estas su pesadilla y su castigo, y huye de ellas con la misma ingratitud que el hijo de los padres que han de hacerle hombre. Rara vez fuma el niño en la escuela; este adelanto pertenece al programa de la segunda enseñanza. Allá, cuando andan rodando por la mollera: el régimen de los verbos, las cartas de Ciceron, las hazañas de Alejandro, y las picardías de Witiza y de Bellido Dolfos, entre una y otra cátedra, sale el cigarro á relucir. El estudiante pide cuando no hay un cuarto, y dá cuando el paquete está repleto. Quien dá y pide es un fumador regular; el que pide y no dá, fuma de gorra, y es muy mal visto por sus compañeros. Fúmase en esa edad toda clase de tabaco, y aun

el más malo sabe á gloria, porque tiene la imponderable virtud de estar prohibido. El padre, el catedrático, la madre y los amigos persiguen al fumador novel, con insistente crueldad; en cambio, el estudiante agazapado detrás de una puerta, ó escondido en el corro de sus compañeros lia su residuo de colillas en un papel cualquiera, que no esté impreso, y se fuma á su familia, al instituto, y al pueblo entero. ¿A qué le sabe aquella porquería? A un gran regalo: á independencia. ¿Dónde guarda sus cigarros? En todas partes; así es que el descubrimiento de su pecado es frecuente, y los castigos tambien.

Le gusta hacer como que estudia en los sitios retirados de su casa, para poder fumar más á gusto. No hay asignatura comparable con la del cigarro. Si gana curso, le sabrán los cigarros de Junio á gloria, y si sale suspenso, se consolará fumando. El estudiante empieza á ver el mundo bajo un prisma grave en cuanto se hace fumador. ¡Los chiquillos no fuman, dice; yo ya soy hombre! Crece la criatura, y con ella el vicio; un aspirante á bachiller ya gasta petaca, y sabe distinguir los paquetes de Madrid de los de Gijon. Los domingos fuma puro, cuyas colas guarda para picarlas. Sale graduado del instituto hecho un fumador, un buen carambolista y un perseguidor de faldas. En cuanto á conocimientos, ignora la ortografía, tiene pésima letra, se le ha olvidado por completo la doctrina, y posee solo una revuelta barahunda de latin, matemáticas, psicología, y otros excesos. Los cinco ó seis años de la

Universidad, perfeccionan sus instintos viciosos, y le dan cierto barniz de señorito y de sábio. Todo el humo que se ha fumado durante la carrera, está condensado en su cabeza, desde que recibe el título de licenciado. Él sabe ya tanto como sus maestros; discurre como los viejos, se atreve á todo, y es, en fin, un «hombre de posicion;» sobre todo, cuando fuma de Canet, y paga por cada puro cuarenta céntimos. Todos los recuerdos del estudiante giran alrededor de un cigarro. Con él estudió, con él se durmió, con él llegó á los umbrales de la cátedra, jamás salió sin él de la Universidad; con él fué á todas partes, menos á misa, porque no iba á oirla. A los veintidos años, cuando la carrera está para concluir, asegura: «Que no podría por ningun sacrificio del mundo, dejar de fumar;» «que es fumador viejo, y por consiguiente incorregible.» ¡Ah! si la constancia y la afición del cigarro se hubieran despertado y sostenido en la tarea del estudio con la misma intensidad, ¡cuánto más valdria nuestra juventud! ¡cuánto más adelantada estaría España!

EL POBRE.—Muchas gentes se escandalizan de ver fumar á los pobres y á los mendigos. No están en lo justo. El hombre, por muy humilde que sea en su condicion, tiene la misma inclinacion al placer que todos los demás; y en él las satisfacciones están á razon directa de las necesidades. Nuestros banqueros y nuestros millonarios se hasían con un buen veguero en la boca. Dadle, no un veguero, sino un puro de á cuarto á un pobre, y su satisfaccion no cabrá en el mundo.

¡Cómo goza con el cigarro regalado! He hecho varios experimentos psicológicos de esta clase:

Caminando una tarde por las tierras de Leon hacia el castillo de Cea, me detuve en un ventorrillo, detrás del cual, y á la sombra, habia una familia de mendigos, que iban á la feria de Mansilla. Al pasar por cerca de ellos iba yo fumando, y reparé en la intensísima y elocuente mirada que el que parecia padre de aquella gente, dirigió á mi cigarro. Dí algunos cuartos á una mujer, que avanzó hácia el camino, y alargué un puro al hombre, que agradecido quiso besarme la mano.

—Es un habano,—te dije,—fúmelo V. mientras descansan;—y para que no lo dejara de hacer encendí un fósforo y lo empezó delante de mí.

Entré en el ventorrillo, y por una ventana de la cocina estuve contemplando el grupo de los mendigos, sin que me vieran. Fumaba el hombre sosegadamente, soltando el menos humo posible, y se lamia los labios cuando tenia el cigarro entre los dedos, llevándolo sin cesar á las narices; la familia le contemplaba con admiracion, como se contempla á un sér afortunado. En el grupo habia tres hombres más; dos de ellos ya adultos; el otro un niño de diez años. No sé qué hablaron, porque no pude oírles, pero el cigarro corrió de mano en mano, y de boca en boca. Los espectadores miraban sonriendo al que le tocaba chupar, y pasados pocos segundos se lo arrebatában unos á otros. El chico era el que chupaba con más entusiasmo. Volvió á la boca del padre, mientras los demás hacian el elogio de la breva, y tan cum-



plido y detallado debió ser, que una de las mujeres extendió su mano hácia los labios del fumador; éste la entregó el puro, y ésta chupó, y chuparon las otras cuatro que habia en el corro, haciendo grandes indicaciones de agrado y asentimiento.

Una de ellas tenia un niño al pecho, y al ver la criatura á su madre con aquel tagarote en la boca, extendió sus manecitas y empezó á gritar, no callando hasta que tambien le introdujeron el habano entre los lábios, y dió su par de chupadas, con gran aplauso y regocijo de todo el concurso. Fumó de nuevo el padre y aún dió dos ó tres vueltas por el corro el puro, hasta que entregada la cola al niño, despues de una larga disputa entre los hombres, se la fumó hasta quemarse las uñas. ¡No he visto jamás un placer más apreciado, ni más bien repartido!

Otro dia dí tambien un puro á un pobre que pide limosna en las afueras de la ciudad. Cuando volví á verle me dijo agradecido:—¡Señor, hace cuarenta y seis años que no he pasado un dia mejor que el de ayer! Me duró el cigarro desde las diez de la mañana hasta las once de la noche.

—Pues ¿cómo?

—Me daba lástima concluirlo; lo apagué más de cincuenta veces, y lo fumé otras tantas.

—Y ¿qué tal sabia?

—Cada vez mejor, señorito; cuando concluí, me dolian las quijadas de tanto chupar, y estaba medio borracho. ¡Qué cosa tan rica!

Pero, aún en el cigarro ordinario del pobre,

hay un mundo de placeres. Tiene el mérito de estar recogido en cien puntos distintos, y compuesto de toda clase de picadura. En el bolsillo-depósito del pobre todo está révuelto: el tabaco, la yesca, los ochavos, la navaja y el pan. Papeles Dios los dá en cualquiera parte. Además, el pobre de gusto, aunque no compre tabaco, sabe sacrificar un par de cuartos para un librito de la Pantera. El pan y el vino valen baratos en Castilla, y son de inmejorable calidad. Todo pobre castellano toma buen pan y buen vino; con esto y con su cigarrote de puntas, es un hombre feliz. ¿Cuántos hombres de la clase media en Alemania, Irlanda y en general en el centro y norte de Europa disfrutan de un regalo semejante?

Reunir un buen monton de colas, y limpiar y fumar su contenido es un verdadero placer para el mendigo. Muchos dias se pasarán sin comer, pero sin fumar ninguno. Y ¿puede nadie calcular la resistencia de un pobre que fuma? El tabaco es un ente misericordioso, que se arrastra por el suelo para consolar á los pobres; ha venido á mejorar su suerte y á hacer menos penosa su condicion.

EL OBRERO.—Tal vez el obrero no se permita en su vida de hombre de familia más que *el vicio* de fumar, y entonces es un hombre de bien. Es un tipo muy generalizado el del padre de familia trabajador que lleva todos sus vicios en la petaca. ¡Dejadle que fume! ¡no arruinará á su familia, ni aniquilará su salud, ni alterará el amor y la paz de su hogar. ¡Ojalá que siempre, el cigar-

ro en los lábios del trabajador nos dijera: «Hé aquí el único vicio que tiene este hombre!» Al dejar el trabajo, al descansar en medio de su labor, al terminar la modesta comida, al reunirse en el corro de amigos, gusta el sencillo placer, como si restaurara las fuerzas, animara á la obra, favoreciera la digestion, é inspirara el ingenio. Y en efecto, así es; todos estos beneficios encuentra el artesano en la costumbre honesta de fumar.

EL CURA.—Los curas son, en general, grandes fumadores. La moral, la filosofía, el Perronne y los Cánones entran en el espíritu á fuerza de cigarros. ¡No hay diablura ni ardid de que no se valga un seminarista para fumar! Los antiguos breviarios estaban llenos de rapé; los de ahora tienen quemadas muchas hojas. El cigarro es una de las delicias domésticas del cura.

Fuma de lo que hay; su escaso haber no llega de ordinario para grandes regalos; y hecho desde jóven á las emociones fuertes, no es la picadura suave la que más le agrada. El tabaco le ha venido al cura como llovido del cielo, por ser un alimento que no quebranta el ayuno. De casa á la iglesia irá temprano ó tarde á decir misa con el estómago vacío, pero el pecho va lleno de humo, y la boca regalada con el sustancioso sabor del pitillo grueso como un pulgar.

Se abisma en la sacristía ántes de subir al púlpito, repasando con la memoria el trabajo, mientras suben al aire las espirales de humo de su cigarro. Con él toma aliento para sostener su

mecánica elocuencia, y en él halla grato descanso despues del *Amen* de todas sus oraciones. Si veis á lo léjos, en los paseos solitarios de los pueblos al caer el sol de la tarde, un grupo oscuro de varias figuras que se mueven y humean, ya sabeis que es el cabildo parroquial, que gusta de las delicias de la naturaleza y de la conversacion, fumando á sus anchas léjos del mundo.

Son los curas como las águilas ó cosa semejante, porque pasan la vida cerniéndose entre las nubes: entre las del incienso en la iglesia, y en su casa entre las del humo del tabaco. Por eso, sin duda, se creen más cerca del cielo que los demás hombres.

EL POETA.—Engendro, resúmen y representacion de todos los vicios, el poeta con su cigarro entre los dedos de la mano izquierda soltará endecasílabos, ayes y metáforas, con la misma facilidad con que suelta el humo. El placer psicológico que el tabaco produce, pega muy bien con la naturaleza vaporosa, encendida y superficial del hombre inspirado. En general el poeta fuma y masca á un tiempo.

«Y al cielo tiende su mirada altiva,  
mientras gotea el lábio negra barba...

. . . . .

El cigarro es para él: antorcha del génio que humea; foco ardiente de inspiracion; estuche que guarda el sol, los átomos de oro, y los perfumes de los trópicos; vision ideal hecha cuerpo, al que muerde con toda su fuerza, como clavaría sus afilados dientes en el ingrato pecho de su beldad

querida; confidente mudo y severo de las negras penas que minan su existencia; recurso único contra los desengaños del mundo; pira en combustion donde consume su fastidio; imágen de la vida; astro luminar del pobre, faro del génio; báculo de la cansada inteligencia; calor, luz, fuerza, materia, inspiracion, númen, horizonte y aurora de su lira, y ráfaga fúnebre que brota, se estiende, se esparce, se dilata y muere como las ideas, como las esperanzas y como los recuerdos, síntesis y apoteosis sublime de ese hálito fugaz que anima por un momento nuestro ser, entre las tormentas y tempestades del insondable mar del mundo, y que se llama la vida.

Y despues de este párrafo, que no es más que una de las fantásticas figuras que forma el humo, otra chupada; y despues otro párrafo, y así sucesivamente hasta que caiga rendido el poeta, á fuerza de saciarse de inspiracion, en esa moderna fuente de Castalia, que se vende en todos los estancos.

El poeta es un fumador desgraciado. Su fortuna, tomada siempre á préstamo del bolsillo del vecino, no le permite fumar cosa buena, sino de tarde en tarde. Verdadero rigor de las desdichas, cada cigarro es para él un acusador que le dice:

—¿Por qué tú, hombre de génio, no fumas ambrosía de la Vuelta de abajo, y no prosáicos tabarotes dignos de un mozo de esquina?

Un ¡ay! terrible, salido del desgarrado bolsillo del chaleco, contesta por el génio, y el corazon, sumido en la más desgarradora tristeza,

dicta á la mano cualquiera de esas llorosas elegías y tremebundas endechas que puede el lector hallar en cada tres páginas de cualquier tomo de buenos ó de malos versos.

EL FUMADOR.—Así se llama á sí mismo, con aristocrático empaque, el hombre de dinero, que se regala con el tabaco más fino que la isla de Cuba produce. Es un tipo de toda clase de categorías. Empleadillo presuntuoso hay, que se apropia por todos los medios imaginables, con su dinero y á costa de grandes sacrificios unas veces, y por sus relaciones otras, todos los habanos que puede, y que goza lo que no es decible, presentándose en público ante sus amigos con el oscuro y aromático veguero. Médico grave conoceréis, que solo aspira el humo de la hoja más cara, gracias á los regalos de su distinguida clientela. Banqueros existen, que tienen repleto su escritorio de pitillos de Canet y de mazos de colosales puros de 30 pesos; otros, en cambio, fuman uno solo cada día, olvidándose siempre de llevar otro en el bolsillo. General que haya encubado ya, no gasta sino brevas superiores; y oficial primero, director ó subsecretario que vivan á la sombra de un ministro, se fuman á la Nación, en los mejores envíos de nuestra cara isla.

Todos ellos tiran con desden el último tercio del cigarro, y hacen los más horribles esparagismos cuando se ven obligados á fumar una tagarina nacional. El papel de regular calidad les produce náuseas, tienen como un timbre de nobleza su especialidad en el tabaco. Una de las co-

sas que más dá Dios cuando dá en dar, son casualidades felices; aquellos á quienes eleva á ciertos puestos reciben cada día un chaparrón de brevas.

De entre estos tipos, algunos hacen del fumar una verdadera ciencia: observaciones, opiniones, teorías, sentencias, jurisprudencia fumable, todo atesora el fumador grave, que con singular propopeya, con el gesto torcido, el puro entre los colmillos izquierdos, el ojo de este lado oprímido, el labio inferior pendiente, y toda la cabeza inclinada hácia arriba y hácia el hombro derecho, contempla al resto del universo mundo fumador, á la turba de los chupatagarninas, con el más soberano, inflado y enfático desden. Oidle un rato, y sabreis todas las virtudes maravillosas de la planta pariente de la patata, infundidas en el cerebro de aquel sábio pariente de algun limpia-colillas. Un fumador de este coturno, es el galán rendido de todas las Venus del pueblo, el devoto del mejor cognac de los almacenes, y el que hace diarias puestas de cincuenta duros al rey de espadas.

El humo de su vanidad le cuesta bien caro.

## VI.

### **La forma del vicio.**

El tabaco se masca, se sorbe y se fuma.

En el mar quedan bastantes masticadores; en tierra van desapareciendo los sorbedores; el fumador lo ha invadido todo.

Para masticar el tabaco se necesita tener el pecho acostumbrado á las tempestades de los aquilones. Con más furia sopla en el paladar, y en la entrada de las vias digestiva y respiratoria la acción corrosiva y curtiante del tabaco, que el aliseo de los mares en el rostro y en las velas. Una boca calafateada por la nicotina, puede tragar una ascua de fuego sin peligro. Una boca enrojecida por el tabaco despidе fuego. Las cuerdas bucales vibran como un cable; y todos los dientes forman una sola masa de horripilante colorido.

El estómago del masticador no tiene jugos, es todo él una costra, en la que no hacen impresión ni el aguardiente, ni casi casi el agua fuerte. Escuso decir que el agua común resbala en ella como en una pizarra.

El cuerpo se acostumbra á todo, y hay masticador que vive cien años; pero en general, los viciosos de esta clase sucumben al promediar la vida.

Los sorbedores de polvo y de rapé, tipo legado de los dos siglos anteriores, y que está desapareciendo rápidamente, constituyen las figuras más súcias de la humanidad. Ningun estómago del mundo puede resistir la contemplación, siquiera sea momentánea, de las narices de un tomador de rapé, cuando éste levanta un poco la cabeza.

Como agitador nervioso el rapé, escitando vivamente los extremos de los que constituyen la red sensitiva de la membrana pituitaria, es de



gran efecto, y por eso ha tenido muchos entusiasmas. Todo el que queria despejar su cabeza, sorbía rapé sin medida. El placer alcanza, no solo á la membrana, sino á las fosas nasales, á los lagrimales, y á toda la base del cerebro. Pero los dedos, la pechera, el pañuelo y la saliva, son otros tantos focos de inmundicia. El uso del bigote y de la barba ha contribuido no poco á desterrar este polvo. Los que aún lo toman, y los que lo tomaron, son caras afeitadas.

Hoy es irresistible el ver tomar rapé á un jóven; y cuando lo toma un viejo, nos causa interiormente lástima.

La tabaquera ha tenido dos siglos y medio de vida. Suprimido los frailes, desapareció. Cuando nuestros hijos las vean, encontrándolas en algun rincon, no sabrán darse cuenta de su objeto.

El fusique era un frasquito de marfil ó de madera fina, ancha en su panza, y en su base, que entraba á tuerca, y que era por donde se llenaba; y terminaba superiormente en una cabecilla con orificios, por los que hacia la absorcion, introduciéndola en las narices. Todos nuestros abuelos gastaron fusique; hoy, la mayor parte de las gentes no sabe lo que significa esta palabra.

¡Cuando se recuerda que hace cincuenta años toda la delicia de los elegantes estaba en ofrecerse mutuamente un polvo de rapé en la mezquina botillería, alumbrada por un belon de aceite, donde se leía en voz alta cada tres dias la *Gaceta de Madrid*, parece que nos separan de tan famosas costumbres, no cincuenta años, sino cincuenta si-

glos! ¡Oh, si como se ha adelantado en comodidades públicas y privadas, se hubiera adelantado en dignidad política, pública y privada!

Los fumadores son de dos clases: de pipa y de cigarro. La pipa es patriarcal, montañesa, modesta y extranjera; el cigarro es popular, orgulloso y español.

Si antiguamente hubieran fumado Noé, Abraham, Matusalem, Moisés, Licurgo, Solon, Séneca, Ciceron, San Pedro, San Ambrosio, y el rey Wamba, serian fumadores de pipa; y Cain, David, Júdas Macabeo, Poncio Pilato, Alejandro, Pericles, Cayo Graco, Scipion, César, Virgilio, San Pablo, Tito, Atila, Orlando y don Pelayo, hubieran usado el puro.

Un español con pipa es un tipo tan raro como un francés con cigarro. Sin embargo, poco á poco se van haciendo internacionales ambos administrículos. La pipa cuadra bien al génio sosegado y grave de un estudiante de Leipzig ó de Heidelberg; pero, que se atreva un alumno de medicina de San Carlos á bajar por la calle de Atocha con una enorme pipa en la boca, y la legion estudiantil le silbará, de seguro.

Los soldados de la república francesa que llevaron en sus sombreros las hojas del árbol sagrado de la democracia, del árbol de Guernica, á fines del siglo pasado, dejaron sus pipas en los labios de los montañeses vascongados. Aquellas pequeñas pipas blancas de barro, de cabida de un dedal, y de largo tallo, en que fuman todos los viejos y las viejas de Vizcaya, Guipúzcoa y Ala-

va, son las pipas de la república. Aquel humo es hijo de los humos del 89. Las gentes acomodadas fumaban tabaco brasileño. La pipa es propia del fumador concienzudo, trabajador y de gusto. De ninguna manera sabe mejor el tabaco. Los grandes y profundos filósofos, astrónomos, ingenieros y sábios, que han realizado los inventos maravillosos del siglo, todos han creado sus asombrosos planes con la pipa colgada de los labios. Se puede fumar en la pipa y trabajar; el cigarro y el trabajo son incompatibles. El cigarro es súpico, y ha dado origen á la boquilla: un término medio entre él y la pipa. Es el emblema de la ligereza; no requiere que el alma guste del sosiego, porque se fuma de cualquier modo, y en cualquiera parte. Una pipa no se ofrece sino como un regalo; un cigarro se dá, como se dan los buenos dias.

La pipa bien tratada se identifica con la naturaleza del fumador, y no lleva el contagio consigo; el cigarro de papel es al fin tabaco y trapo, todo revuelto; y de papel ó puro siempre viene manoseado, sobado y revisado por la cigarrera, la estanquera y los compradores, amen del contacto con los bolsillos y con los muebles. Un puro es demasiado tabaco, un pito es poco tabaco; una pipa de las comunes es una cantidad media de tabaco para cada vez. El cigarro es comprometedor; nadie fuma uno sin ofrecer otro ú otros; la pipa, dada su poca generalidad, no puede ofrecerse á nadie; realiza una gran economia.

El cigarro, en cambio, es el placer hecho comodidad; se divide en tantos momentos felices

como veces se echa mano á la petaca; abre las puertas á la amistad, hace generoso al hombre, se tira en todo, ó en parte, al principio, á la mitad, ó al fin de su duracion, sin que se pierda mucho al hacerlo; y es símbolo de delicadeza en el vicio, de buen tono, y sobre todo de nacionalidad.

Un español de nuestro tiempo se ha de representar siempre en el arte del porvenir con un cigarro en la boca.

Para echar un cigarro se deja de trabajar; el cigarro no es propio de gentes laboriosas; la pipa sí.

## VII.

### **Peligros del vicio.**

El tabaco produce el inmenso bien moral de la distraccion, y proporciona el inapreciable regalo del descanso. Educados los sentidos en la costumbre de fumar, llega á constituir para ellos un placer físico en el gusto y en el olfato.

Pero el exceso de su empleo causa graves trastornos al organismo. Autoridades médicas tan respetables como Larrey, Jolí, Ricord, Dupuitren y otros, describen la accion destructora que ejerce en el aparato digestivo y en el sistema nervioso principalmente. Disminuye y aniquila la sensibilidad de los mismos sentidos á quienes sirve, ulcera los lábios, la boca y el exófago, infla-

ma y perjudica gravemente á las glándulas salivares, y causa desvanecimientos y agitacion trémula en la cabeza. Ulcera el estómago, es mortal enemigo de las digestiones, y ejerce, segun Orfila, grande influencia en la parte más interesante de nuestra economía. Estraga, como vulgarmente se dice, y muchas de esas graves afecciones gástricas de que se ve súbitamente atacada la juventud, sin causa que las explique, ni medicamentos, ni aguas que las remedien, se deben á la insistencia del uso del cigarro, sostenida desde los tiempos del fin de la niñez. El excesivo trabajo de la succion, multiplicando la funcion del aparato respiratorio, determina en muchos casos, y acelera en todos, esas mortales dolencias que diezman á nuestra juventud.

Su accion sobre el sistema nervioso y sobre el el cerebro, es grande. La incontinencia del fumador llega á dejar á éste trémulo, convulsivo, desmemoriado, y perturba en algunos organismos de tal modo las facultades mentales, que no es extraño encontrar personas cuya vejez se ha acelerado, y cuya inteligencia se ha oscurecido por completo, al cabo de años y años del lento envenenamiento del tabaco.

Son bastante comunes los ejemplos de fumadores, que á la edad de cincuenta á sesenta años, cuando el hombre sano y cuidadoso entra en el notable período de la sosegada madurez definitiva, preludio de la larga vejez, se encuentran aniquilados sin más causa ni fundamento que el abuso del eterno cigarrillo de la ociosidad. Hasta en-

tonces el organismo ha podido resistir el equilibrio entre la asimilacion y las pérdidas, los nervios han funcionado con la tension de la plenitud de la vida, oponiéndose al trabajo lento y constante del narcotismo, las funciones han marchado con regularidad; y en suma, el cerebro, bien servido, ha marchado adelante. Pero de repente, y en medio de la vida metódica de la casa ó de la profesion, preséntase el temblor en las extremidades, los ojos se cierran á menudo, el apetito desaparece, las canas cubren los pocos espacios oscuros de la cabeza, el color sonrosado de los pómulos es eclipsado por el amarillento oscuro; las digestiones se alargan, el cuerpo se cansa en el paseo, el sueño es intermitente, pesado é incompleto; asoma una molestia semejante al asma, pero distinta de ella, que molesta la respiracion, y aparecen en el cerebro los primeros síntomas del malestar, del aburrimiento, de la pesadumbre, y de la pérdida en intensidad de las facultades mentales.

El hombre se encuentra dolorosamente sorprendido en lo mejor de la vida: cuando ha constituido su familia, cuando ha dejado atrás lo más penoso del trabajo, cuando debe descansar en medio de los suyos, cuando le aguarda una vejez tranquila, esa vejez de los hombres cuidadosos y trabajadores, la recompensa de los hombres de bien. Muy doloroso es, sí, el cerciorarse de que la memoria ha huido, de que no se pueden relacionar bien las ideas, de que afluyen al alma tristes y negros pensamientos, de que las manos

tiemblan sin sujecion al imperio de la voluntad, y de que el estómago, rebelde á las costumbres, se nos impone con sus dolorosos cambios.

¿Qué ha sucedido en el organismo? El paciente «no ha cometido excesos;» ha tenido una vida metódica, ha sido buen casado y buen padre, no bebe licores, no ha tomado ninguna sustancia nociva, etc..... ¿Qué misterio es aquel? Empieza á desfilar el proto-medicato, cada doctor emite su opinion, llueven las recetas y los medicamentos, y mi hombre va hasta á los baños. Las aguas le lavan y le refrescan, pero no le curan. A los pocos meses la dolencia continúa, y lo peor que tiene es que es larga, larguísima.

Pero ocurre una cosa singular: en las visitas de los médicos, en la cama y en pié, en la mesa y en el paseo, en su casa y en los baños, el enfermo sigue con su inocente cigarro en la boca. Las gentes tal vez no reparan en ello, porque lo tienen delante de los ojos; el doliente tampoco, porque lo está manoseando y chupando sin cesar. Además, exclamarían todos si se les hiciera observar que el cigarro continuaba en uso:

—¡Eso no hace daño! ¿Qué puede influir el tabaco en un caso así?

Y no se comprende que en este hombre ese inocente vicio: *cavat lapidem, non vi, etc., etc.* Empezó á fumar á los diez años, continuó cada vez con más entusiasmo, y poco á poco en treinta años se fumó... los otros treinta y cinco ó cuarenta que le quedaban de vida. Aquel amontonamiento suave del narcotismo, de la intoxicacion,

del socabamiento gástrico ha durado cuarenta años, y, es claro, mientras el organismo ha sido fuerte, mientras la asimilacion ha sido poderosa, el enemigo ha estado oculto; pero llegada la hora de rendir cuentas, se presentan en frente de una musculatura que solo pide conservacion, de unos nervios que solicitan reduccion de trabajo, de unos aparatos que quieren método y labor lenta, una actividad fatal por largo tiempo sostenida en perjuicio de los músculos, de los nervios y de las funciones que para combatirla y sostenerla han dado de sí cuanto tenian que dar; todo lo que estaba reservado para la vejez.

Y viene la enfermedad, es decir, la quiebra física. Y el hombre continúa fumando; es más, no puede dejarlo, se moriria de dolor si se lo prohibieran, y se morirá tambien de mala manera si se lo consienten.

Ante el inmenso trabajo de la resistencia que ha sido necesaria emplear por años y años sin cuento por el organismo, para mantener el equilibrio de la salud á costa del vicio, ¿qué puede el médico? Francamente, nada. Cuando el árbol de hermosa corteza y frondosa vejetacion enferma, porque sus tegidos han perdido la fuerza, porque la sávia no alcanza á las ramas, porque las raíces se han debilitado en sus vasos fundamentales, y porque la madera está corroida hace mucho tiempo: ¿sanará nadie al árbol?

Dadle agua, toda el agua que queráis, resucitará momentáneamente; pero al dia siguiente caerán una á una sus hojas, quedará en pié el



negro esqueleto, y no habrá más remedio sino que venga el leñador con el hacha y haga lo que la muerte hace con el hombre.

Ni un cigarro ni veinte alteran en lo más mínimo la salud de un joven; pero ¿y cinco ó seis millones de cigarros que se fuma un buen aficionado para cuando llega á los cincuenta años? ¿Hay medicamento capaz de detener, ni mucho menos de cicatrizar una llaga fabricada en tanto tiempo?

En los efectos de este vicio, al que tan poca importancia se dá, tienen su explicacion mil oscuras y misteriosas dolencias, que aparecen en la edad indicada, que se achacan á cualquiera otra causa más ó ménos bien ideada, que se tratan de combatir en vano, y al fin de las cuales, no el médico, sino la muerte, dice al hombre lo que aquel debiera haberla dicho allá en sus buenos tiempos: «¡Alto, bastante has fumado!!!»

---





EL JUEGO.



---

## EL JUEGO.

---



I.

### La suerte.

En la idea que cada cual tiene formada de sí mismo, se cree un tanto predestinado para notables cosas, y un tanto sobresaliente y especial en otras. Nadie se conforma con la creencia de que ha

nacido para ser uno de los componentes del vulgo, un ente cualquiera, hijo del tiempo, y no de la preparada fortuna, y que su vida pasará y desaparecerá como pasan y desaparecen las de millones y millones de hombres desconocidos. No he encontrado aún un solo hombre que no se crea apto y cortado para alguna especialidad, y que no hable de su buena ó de su mala suerte.

¡Sobre toda la *suerte*! Esta palabra es la síntesis de toda la filosofía vulgar. «No le deis vueltas,—os dirán á menudo las gentes,—todo es cuestion de suerte; sin ella en vano aspirareis á ser algo en el mundo; con ella, no teneis más que echaros á dormir para ser feliz.» ¡Horrible fatalismo! ¡La suerte! En esa idea que acerca de nosotros nos hace formar el amor propio, nadie se resigna á creer que es un hombre sin suerte. Oid á las personas; oidlas contar las peripecias de su vida, y aun las más desgraciadas os aseguran que han tenido buena suerte; sino que: «se les ha vuelto.» Habrá quien diga que no cree en nada, y tal vez sea incompletamente cierto; pero creerá en la suerte.

¿Qué es la suerte? La adjudicacion anticipada y fija de la felicidad á una persona. Dos gitanos se ponen á jugar un duro á cara ó cruz; lanzan la moneda al aire, descende, toca en el suelo, y ¡zás!, uno de ellos ha acertado, y se lleva el dinero del otro. Es claro; estaba previamente fijado quién de ellos sería el afortunado, y ambos se quedan tan conformes con su buena ó su mala suerte, como si la más severa é inapelable justi-

cia la hubiera decidido. Todos los juegos de azar ó de suerte, están resumidos en este caso.

Hay en él los argumentos siguientes: Dinero propio, ganado por medio de un género cualquiera de trabajo: libertad de poder hacer con él lo que se quiera; necesidades personales; idea de la suerte: suerte, es decir, eleccion determinada y desconocida de un hombre feliz entre los dos jugadores; medio de conocerla, y conformidad absoluta con el resultado.

El dinero, único móvil del juego, propiamente dicho, es la representacion del valor del trabajo. Algunas veces, muchas, por desgracia, representa otra cosa; pero aquí hemos de admitir tan solo, que cinco duros en el bolsillo de un hombre, significan cinco dias que ha trabajado, para poder comer y vivir. Tambien ha podido robarlos más ó ménos legalmente; pero en el estudio del vicio, no puedo utilizar como argumento de deduccion otro vicio, porque el resultado no seria moral.

El dinero representa, pues, el trabajo, y como este es una carga tan pesada que no tiene igual, el hombre empieza á filosofar y dice:

—Trabajando como trabajo, no podré jamás pasar de pobre; cuesta mucho *trabajo* el hacer dinero; ¡si pudiera yo multiplicarlo *sin trabajar!*

Entónces acude á su cerebro la idea de la suerte. ¡Eureka! No hay persona que no crea en su suerte. Pero ¿y si no la tiene? ¿Por qué le ha de distinguir á él la suerte, en contra de otros?

En pos de ese razonamiento, se pueden tomar dos direcciones diversas: O creer en la suerte y

jugar; ó no esperar nada de ella, y trabajar.

En este dilema se han detenido algun dia la mayor parte de los hombres. Se discurre si la suerte puede ó no favorecernos, y se la analiza de este modo: Si soy hombre de suerte, creo que ya de antemano está predestinada mi felicidad ó mi desventura. Hay algo en el seno de lo misterioso y desconocido que se llama la suerte, y que está preparada para mí. Luego mi voluntad, esa maravillosa palanca de la vida, no tiene significacion alguna; por encima de ella está la suerte que ha de vencerla siempre. Luego todo cuanto trabajo puedo reducirlo á un sencillo golpe de azar; luego todo cuanto agradable hay sobre la tierra, se me va á venir á las manos sin molestia.

La forma de desenvolvimiento de esa suerte es el juego, debo jugar. El hombre no es hijo de sus obras, sino del destino. No hay más positivismo que lo incierto busquemos la suerte.

Y el corazon generoso ante esta deducccion se siente sobrecogido, reniega de semejante lógica, niega *en absoluto* la existencia de la suerte, sobrepone á ella la realidad de la personalidad humana, la dignidad del trabajo, y el derecho que tiene la voluntad de dominar con sus actos al mito del destino, y cree en sí mismo, y trabaja.

Y es lo cierto que va por el camino de la razon. La suerte es el resultado de la accion de la inteligencia sobre el trabajo. En el fundamento de toda fortuna legalmente adquirida, no hay más que actividad y talento. Todo el que trabaja



con constancia y prudencia se hace rico. A este axioma no hacen objeciones más que los vagos y los tontos. El secreto está en empezar bien. He dicho legalmente adquirida; si me habláis de otra clase de fortunas, y si os reducen, y os parecen justas, predicáis la continuacion del crimen. Siendo la suerte una cosa extraordinaria, no puede lograrse por medios ordinarios; una inteligencia-vulgar y un trabajo vulgar pueden producir un mediano pasar, pero la suerte nunca; una inteligencia aguda y un buen golpe de vista con el trabajo constante, ó una inteligencia corta, con mucho, muchísimo trabajo, la realizan todos los días. Si ambas potencias son de primer orden, la suerte que se obtiene es inmensa. En nuestros mismos pueblos, los ricos de la vecindad son en general inteligencias vulgares, que han realizado detrás del mostrador un trabajo incomparable, de años y años seguidos; hay algunos de reconocido ingenio, que con regular trabajo lo han logrado ser, aunque se cuentan en escaso número; y por último, los grandes hombres, que elevan su nombre y su fortuna á un grado envidiable, son tan raros en las naciones, como los grandes planetas en el cielo. No hablo de la suerte heredada, porque esa no se debe al hombre que la posee, sino al que se la legó despues de hacerla.

Va, pues, muy acertado el que cree que la suerte no es una cosa misteriosa y desconocida, sino un resultado positivo y real de nuestro trabajo. No es superior á la voluntad, sino hija y dependiente de ella; y no es el destino el que nos

tiene señalada nuestra fortuna, sino nosotros mismos los que la señalamos con nuestras propias obras.

Es verdad que se pone por delante la horrible condena del trabajo, y que es muy delicioso no trabajar.

La tendencia de nuestro espíritu á la holgazanería y al regalo, sin la fatiga necesaria para lograrlo, es la que ha inventado la idea de que existe una suerte prefijada y fatal, que puede hacernos ricos por la aparicion repetida del rey de bastos, ó por las vueltas que dan las chapas en el aire, ó por la casual salida de un número de una caja, en la que ruedan otros veinte mil.

Si existe esa suerte fatal y predestinada, comprendo la filosofía del árabe, que cruzado de brazos y de piernas, se sienta en la puerta de su casa esperando que vaya á buscarle. Si no va, no ha perdido, al menos, el tiempo y la salud que pierden los que corren desesperados tras ella, sin encontrarla jamás.

Ni por la imaginacion siquiera se me pasa el pensar que Dios se encarga de fijar esa suerte sobre determinadas cabezas, distribuyendo ó quitando el dinero á su capricho en el corro de una timba, ó en la legion de aficionados á la lotería. Los que eso crean no sienten á Dios tal como es.

El cree en la suerte, juega; y el juego como vicio, arraiga cada dia en su espíritu con más intensidad.

Tiene libertad de poder hacer lo que quiera de su dinero, como tenemos otras muchas liber-

tades, en cuya práctica escogemos siempre el medio que la razón nos aconseja. En el jugador esta es la primera falta, la de desatender á la razón que le dice: El trabajo es dinero condensado; si cuesta tanto ganar un duro, al decidirte tú á perderlo, solo por el albur de que salga una ú otra carta, inutilizas en un momento todo un día de trabajo, lo desprecias, supones superior el orgullo de tu capricho á todos los afanes, propósitos, días y medios, que has consumido para llegar á poder ganarlo, y por consiguiente sacrificas á lo más ruin que hay en el mundo, que es la frivolidad del egoísmo, lo más digno y noble, que es el trabajo.

Nadie, á quien le cueste mucho trabajo ganar un duro, lo juega; el jugador, en general, recibe el dinero sin que se le calienten la cabeza ni las manos trabajando. El dinero que se gana bien ganado, parece como que tiene parte de nuestro calor y de nuestra vida, como lo tienen nuestros hijos; y los hijos no se juegan. El dinero que cae sin sentir, con derecho pero sin molestia, y cuya cuenta no está apuntada en las necesidades del día, ese dinero *indiferente* ¡indiferente!, ese es el que se echa á reñir con el que otros poseen, en las mismas condiciones. Nuestro natural instinto de perversidad determina siempre en favor del vicio la cuestión, que en virtud de la libertad de obrar sentamos, sobre si hemos de jugar ó no.

La segunda falta de los creyentes ó apasionados de la suerte predestinada, es la de olvidar las necesidades personales. El que es de oficio juga-

dor y con el oficio vive, no entra en este cuadro. El que se sostiene con el producto grande ó pequeño de su profesion y juega, ofrece el triste espectáculo de ir arrastrando siempre la trampa por el suelo. Las trampas del juego, aunque no se ven, son las que más ruido meten.

Hay pasajeras temporadas de ganancia, pero los intervalos se llenan con horribles escenas de necesidad. Muchos que ganan hoy, pueden decir: ¡Estoy en grandel pero, ¿cómo estuvieron ayer? ¿han privado del pan á su mujer y á sus hijos antes de ahora? ¿Han pedido prestado? ¿Han pasado eternas noches de desesperacion? ¿Tienen bastante para pagar todo lo que deben? ¿Tendrán mañana lo que tienen hoy? Niegan á su cuerpo la comodidad modesta de que pudieron disfrutar, regalándolo con el humilde pasar de la familia; y niegan á su nombre ese brillo que se pierde, cuando las gentes le señalan con el dedo, diciendo: ¡Ese es un jugador! Así se olvidan las necesidades de la familia y de la honra: consumando un suicidio moral, poco envidiable por cierto.

La idea de la suerte le hace impenitente é incorregible. Si ha perdido durante ocho años seguidos, exclama sin cesar al acercarse de nuevo al tapete verde: ¡Ya es hora de que cambie la suerte! ¿No se cansará de perseguirme? Y creyendo en ella, insiste, y vuelve á caer. Su bello ideal son los hombres que han ganado mucho; y alrededor suyo no acierta á ver más que compañeros de desgracia, y á lo sumo, alguno que otro

afortunado de ayer, hundido hoy, ó poco menos.

En el amor se gusta un placer que he llamado sólido; en el vino el placer se desliza al deslizarse el líquido; en el tabaco el placer es gaseoso, en el juego el placer que se persigue, la suerte, es un puro ideal. Consiste en amontonar dinero, cuando se amontona, que es en el menor número de veces, y en el resto de ellas, en perseguir una cosa que no existe: la suerte.

Hasta que han venido á la ciencia física las ideas racionales, los físicos admitían además de la materia sólida, líquida y gaseosa, otra especie de materia, sin cualidades apreciables, llamándola éter; y el éter ha sido el misterioso busilis con el que se explicaban tanto los fenómenos fundamentales de la naturaleza, como muchos de los más vulgares que se estudian en la observación. Ese éter que ligaba los movimientos físicos y químicos de nuestro planeta, por ejemplo, con los del sol y con todo el universo, además de no ser casi nada, estaba llenando los infinitos espacios de la nada: el vacío. Digo casi nada, porque el *casi* lo constituía la materia, incomprensiblemente difundida. Hoy, ni el éter ni el vacío son ideas formales, y sin ellas se explican los fenómenos, sin otra base que la materia y el movimiento; considerando á la naturaleza como un total de ciencia mecánica, capaz de ser estudiada con el tiempo. Pues bien, en la metafísica, capítulo de los placeres ó de los vicios, lo sólido, lo líquido y lo gaseoso, corresponden al amor, al vino y al cigarro; y el éter, ese *Deus ex máquina* de los

resultados de nuestras obras, que yo atribuyo solo al trabajo, corresponde, según los viciosos, á la suerte. Eter es una palabra compuesta de cuatro letras, que no quiere decir nada; suerte es otra, un poco más larga, pero del mismo significado. El que trabaja tiene fé en su obra; el holgazán ó el ansioso de los bienes que no puede obtener, dada su escasez de medios intelectuales y materiales, no tiene fé en su personalidad, se agita en el vacío de sus propios esfuerzos, y para consolarse llena ese vacío con el mito de la suerte.

Hoy, lo que debe entender el hombre es que ni el vacío de la fé en sus propios trabajos, ni la esperanza de la suerte, resolverán positivamente el problema de su pequeña felicidad sobre la tierra; y que en cambio de su cabeza y de sus manos ha de salir la verdadera suerte de que ha de disfrutar.

El que herede á su padre ó á su tío, no ha tenido necesidad de buscar la suerte porque ha nacido con ella; el que en luengas tierras vendiendo negros y despojando blancos se llena el bolsillo, allá se las campaneé con su fortuna, que ningún hombre honrado desea; y el que impunemente mete mano á la hacienda particular ó nacional tiene un nombre característico que añadir á sus títulos. Todo esto no es hacer suerte, es encontrarla hecha en el primer caso, y ser un criminal en los otros.

Por último, es para todos fácil el hacerla, casándose con una millonaria sin tacha. Novia rica,

hermosa y buena, es una suerte que se conquista tambien con inteligencia y con no poco trabajo. Pero ¿habrá tres casos en España en nuestra generacion? Lo dudo. Ricas feas, ricas viejas, ricas intratables, ricas viudas sentimentales, ricas castigos, se habrán casado á centenares mejorando bastante la posicion de los novios; mas, esto no es suerte, mujeres semejantes son verdaderas desdichas.

El jugador sanciona el culto que rinde á la suerte, conformándose en absoluto con el resultado del juego. No hay nada para él sagrado en el mundo. En virtud del convenio que ha hecho con su contrario para despojarse mutuamente del dinero, basando el despojo en la aparicion de un número ó de una figura determinada, y preparando esta aparicion por medio de unas cuantas vueltas de bolas ó de papeles, en las que para nada entra la inteligencia, y para todo la casualidad, se guarda el dinero del enemigo con la misma garantía de propiedad que si lo hubiera ganado trabajando largos dias, ó que si lo hubiera recibido á cambio de alguna propiedad de reconocido valor.

En esta igualdad de consideracion, entre lo que se gana dignamente y lo que se recibe en virtud de un indigno convenio y de un movimiento casual, hay algo de desconsolador y de repugnante, porque igualadas las consecuencias se igualan las premisas, y se deduce que vale tanto aferrarse al banco del trabajo diario y obtener un producto, como poner una cantidad al juego y multipli-

carla; logrando en poco tiempo lo que del otro modo se logra en años y años seguidos.

Pero felizmente el mundo enseña, que entre una y otra ganancia, si bien para los jugadores son iguales, hay grandes diferencias; el trabajo hace ganar á la mayor parte, el juego á la mayor parte arruina; el trabajo dá un dinero que honra al que lo posee, el juego produce intereses, sobre los cuales todo el mundo tiene derecho á escupir; la riqueza del trabajo ha causado en torno suyo otras pequeñas riquezas que bendicen la primera; la riqueza del juego no tiene sobre sí más que las maldiciones y las lágrimas de muchas familias.

## II.

### **Los juegos.**

La palabra juego, aplicada al azar del que está pendiente la fortuna ó la desgracia de un hombre, es un sarcasmo. Jugar en su significacion en todas las lenguas del mundo, es poner en actividad el espíritu y la musculatura para distraer y alegrar al cuerpo. Los juegos públicos y privados han sido siempre objeto de placer.

Se comprende que á esa clase de juegos, en los que lucha la habilidad de los contrincantes, los juegos populares y el billar, por ejemplo, se denominen así; pero aquellos en que el ánimo está con febril ansiedad esperando de la incierta



suerte un resultado decisivo, esos en los que la inteligencia se reduce á cero, y en que el mentido fatalismo parece que impera, no debieran recibir ese nombre á no haberlo sancionado la hipocresía secular de las gentes que, fingiendo que buscan un placer, se dedican á uno de los ejercicios más crueles en que puede ocuparse el alma. Su verdadero nombre es el de sorteos.

Son los juegos de suerte escitantes poderosos del espíritu que le mantienen en perpétua fiebre y agitacion hácia lo extraordinario; y son causa del placer. Alteran la monotonía de la vida, y llegan á convertir en un lugar delicioso hasta la más miserable aldea. Con ellos, y con los de habilidad ó maestría, se han formado otros muchos juegos, los más usados tal vez, en los que entra como base el azar y como resolucion la habilidad. De modo que la clasificacion de los juegos puede hacerse así:—Juegos de azar.—Juegos de maestría.—Juegos mistos.

En los primeros es en los que dibuja el verdadero tipo del vicio, y á los que casi exclusivamente nos referimos. Los segundos, muy usados siempre, requieren largo aprendizaje y ofrecen solo incertidumbre en el resultado, cuando los jugadores se colocan en determinadas condiciones, dado que se conozca su mérito ó maestría respectiva; producen distraccion y entretenimiento sin el peligro de la ruina ni de la poderosa ganancia; y los hay muy variados, desde el ajedrez y el billar en los salones, hasta el de la pelota y la barra en las plazas. Los últimos son los más

generalizados; forman la base de pasatiempo del universo mundo jugador; y á ellos corresponden cuantos juegos de cartas tienen por principio la distribucion sorteada, y por marcha y fin la habilidad, maestría y cálculo del jugador. Constituyen tambien un vicio peligroso cuando se dedica á ellos más tiempo y más dinero de los que el aficionado tiene de sobra.

En todos ellos, ya como distraccion y pasatiempo, ya como ejercicio placentero, ya como obstinada persecucion de la suerte, está gozando y ha gozado la humanidad sin un momento de descanso. Los jugadores funcionan sin reposo en todos los rincones de la tierra. El cuadro es por demás animado.

Id en España á la aldea, no existe el vicio; las personas de cierta posicion se reunen despues de anoecer en casa del único tendero, en la botica ó en la cocina del propietario mayor, y diariamente «echan su mus, su tute, su veintiuna ó su brisca», aventurando algunos cuartos nada más, y llegando á disputarse algunas pesetas cuando el temporal arrecia. Los mozos no juegan hasta el domingo por la tarde, en cuyas últimas horas el juego de bolos, el de pelota, el de barra, ó la tranquilla, reunen á todo el elemento viril y alegre para disputarse algunos jarros de vino. Si las aldeas están inmediatas unas á otras, los curas turuan por temporadas, reuniéndose en casa de uno de ellos, y batallando alegremente en las peripecias de un tresillo, ó de un mus ilustrado. Las vecinas sentadas en corro en anchuroso por-

tal, y en crecido número, juegan su eterna treinta y una á ochavo.

En las villas regulares ya hay café, y en él maestros y discípulos, estudiantes y militares cumplidos, que dejan entrever el tipo del jugador. Se juega á todo lo que los naipes dan de sí, llegándose en los dias de feria, ó fiesta principal, á armar *la banca* en un cuarto retirado. La afición al dominó las va invadiendo; y los particulares, clérigos ó profanos, son tresillistas decididos. En las villas de importancia existe el tipo del jugador de oficio; hay timba todos los dias de fiesta; las sociedades tienen mesas de billar; juegan las señoras á la lotería doméstica, y son cinco, diez ó treinta las partidas distintas de variado color político, que en las boticas, en la trastienda de los comercios, en el comedor del cura, ó en la salita apartada del casino, juegan por las noches á los más distinguidos juegos de naipes.

En las ciudades capitales de poca importancia tiene el juego su fisonomía particular y fija. Las clases de nómina ó sueldo, renta ó ajuste, juegan constantemente desde la hora del postre hasta la del paseo vespertino, y desde que anochece hasta que tocan á cenar. Su lugar ó reunion es el círculo ó casino. Los socios inocentes se reúnen en torno á las mesas de billar donde la algazara y ruido de las carambolas, de la treinta y una, ó del palito, distraen á jugadores y mirones; los sosegados forman en los veladores partidas de dominó á seiscientos tantos; los peones ganan un jornalito diario en la sala de tresillo; y los tem-

plados toman el tole hácia el *cuarto del crimen* para armar la banca. Todos ellos tienen sus caracteres propios, sus genios, sus inclinaciones determinadas, y su peculiar manera de ser. Un timbero de ley no se confunde jamás con un carambolista ó con un estóico repetidor del dominó. La ley persigue sin descanso aparente al timbero; mas la casa necesita, como del suelo en que se sustenta, de su pródigo apoyo. El tipo de los socios esfinges que juegan una partida de ajedrez en cuatro horas, aparece también en estos círculos de cuándo en cuándo. Son gentes extrañas en sus costumbres, cuyo bello ideal está en dar jaque-mate á todo el mundo.

En los cafés públicos hay habitaciones separadas en las que abundan esos mismos tipos, pero en el género suelto. Clases de la sociedad más inferiores se ocupan en idénticas distracciones. Los carambolistas y devotos del billar son estudiantes y militares; los que revuelven las fichas empleados de corto sueldo; los de naipes en juegos mistos dueños de talleres, escribientes, procuradores y retirados, y los timberos todos los viciosos de la clase media, de la burocracia menor, de los desertores de los oficios, de las gentes sin profesión conocida y de los cucos del vecindario, que no arriesgan diariamente más que un par de pesetas hasta duplicarlas.

Estos centros atraen á todos los que sienten afición al juego, así es que son muy raras las personas que juegan á domicilio, segun las añejas costumbres. Sin embargo, nunca deja de haber

corros de intransigentes, á quienes la sociedad hace daño, que arman partidas caseras de corto número, y en las que á la distraccion del juego se une el delicioso ejercicio del despellejamiento general del pueblo. Son huroneras, cuyos individuos, cuando aparecen en público, van siempre por lugares poco concurridos, con la vista baja y el espíritu pegado á la tierra.

Los obreros y artesanos, segun la categoría de sus oficios, ó acuden en los dias de fiesta á los cafés, y se distraen con el dominó ó los naipes, en partidas de poca importancia, ó juegan en las afueras de la poblacion á la pelota, á la barra ó á algun otro ejercicio de fuerza y destreza. Son muy contados los que aun rinden culto al asqueroso mús de la taberna. El café, con su estética y sus prácticas distinguidas, está contribuyendo no poco á redimir y civilizar las masas obreras de las ciudades.

En las grandes poblaciones ese cuadro se encuentra multiplicado en todos sus barrios. En ellas viven los perdidos y perdidas de profesion. En ellas tiene el vicio sus más hondos abismos. Todas las clases tienen abierto su correspondiente garito. A los obreros les guian los tomadores y chulapos, á los estudiantes los perdis de la juventud, comerciantes, los aventureros quebrados; á los propietarios y gentes de posicion los caballeros aristócratas de la timba. Hay empresas eternas de juegos, y secuestros diarios de fortunas. Hay hijos mimados dioses de la suerte; y rendidos, ciegos, adoradores suyos.

En las capitales pequeñas y en las grandes se señalan los días de las fiestas populares y las épocas de baños por las colosales aventuras del juego. El vicio con todo su esplendor y su fausto es el objeto culminante de las grandes emociones del mundo forastero. Se juega con furia, con ensañamiento, sin que la ley, ni la justicia, logren detener con su vara aquel vertiginoso é inmundo torbellino de oro, que se agita sin cesar, impulsado por el fatal resultado de la casualidad mecánica de un corte de cartas, ó de las vueltas de una bola.

Fuera de España el espectáculo con esos mismos caracteres en cada pueblo, pequeño ó grande, ofrece mayores maravillas. Los jardines de Niza, de Monaco, y de Monte-Carlo, no son sino sencillas orlas de flores destinadas á hermo-sear los templos del juego; que con la apariencia de soberbios palacios, atraen á su seno á todas eminencias del vicio internacional. La fiebre que dió universal renombre á Baden Baden, ha hecho de estos deliciosos lugares del Mediterráneo una metrópoli llena de encantos.

Las delicias de la temperatura, la belleza del paisaje, la bondad del clima, la esplendidez del gran mundo, todo sirve de pedestal al sacerdocio del juego, ejercido por las notabilidades más distinguidas de los grandes calaveras del dinero. El vicio ha llegado á tener su trono como el amor, como el vino y como el tabaco. No hay centro importante del gran mundo que no tenga sus salones de juego (*autorisés*), y en Spa, y en

Vichy, y en Francfort, y en Hamburgo, y en Treport, en Arcachion, como en las localidades afamadas por el culto del vicio, se juega con verdadera pasión, por las eminencias del gran mundo. La ruleta y otros juegos de simple azar tienen sus dramas y sus misterios consignados en una série de recuerdos, superiores en interés y en detalles extraordinarios, á todos los relatos del amor y de las más ardientes pasiones.

Juégase en todo el mundo con febril insistencia. Roma, en sus artísticos palacios, lo mismo que en las revueltas callejuelas del Transtévère, mantiene viva la sed de la suerte con los naipes en la mano.

Los prosáicos barrios de las ciudades alemanas universitarias son un hormiguero de prácticos jugadores aspirantes á filósofos y á sábios; y de empedernidos devotos del azar, siervos del comercio y de la industria. Los puertos flamencos y las campiñas walonas se animan con los eternos corros de sus mercantiles aficionados al envite y á la fortuna de las cartas. En Lóndres el tahur lo invade todo, y así se distrae la altiva dama en su palacio ó en su quinta, jugando con sus ayas y lectoras al espiritual carteo, como mata sus menguadas horas en la tasca de los muelles viejos y de los barrios desconocidos, la mujer mónstruo de la baja plebe, disputando un guiñapo ó un sorbo de aguardiente á una carta, en el grupo de sus harapientos compañeros.

Juega el árabe á los dados horas enteras en estrechas tiendas de las callejuelas de Fez, en las

ruinas de Jerusalem ó en las súcias viviendas de barro y paja de Teheran. Los arrieros que con sosegado y monótono paso cruzan los altos puer-  
tos de los Andes, llevando mercancías desde el revuelto Océano á las villas de las inmensas soledades del interior, hacen alto al caer la tarde, y al amparo de los cobertizos situados en increíbles alturas, fuman y juegan tal vez, el producto de dos años de incomparable fatiga.

Los chinos, los jugadores más diestros y más incorregibles de la tierra, aguzan sin cesar su ingenio para engañarse mutuamente en las jugadas, lo mismo en el palacio del mandarin, que en el mercado agrícola, que en el junco donde navegan, que en el barrio en donde semejante vicio es único remedio y distraccion contra su indolencia.

Jugando estarán á estas horas los carolinos y los marianos en sus peleas de gallos; los habitantes de Sandwich en sus ágiles ejercicios; los salvajes de Nueva-Holanda y los Papús en sus mortíferas suertes de habilidad y de azar; y hasta en esas eternas noches de las regiones polares, el groelandés y el hijo del Alaska helado, dispútanse en sus respectivos pueblos el producto de sus mercancías, apostando en sencillos juegos de bolas, á la luz mortecina del crepúsculo infinito, ó de la perpétua aurora de dias y dias, que allí no tienen principio ni fin, las pocas monedas ó las estimadas provisiones, que han recibido de las naciones donde calienta el sol.

El indigno culto al dios de la casualidad, la



vergonzosa sumision á la dura ley del albur, que hace de todas las empresas humanas, de todos los propósitos y de todos los trabajos asunto baladí, despreciable é inferior al azar; esa llaga de nuestra conciencia que acusa la incredulidad más absurda, y que sostiene la tiranía del fatalismo, ha sido patrimonio de todas las generaciones. Al cuadro expuesto, puede añadirse en un trabajo detallado, el de todas las épocas.

Nuestros aventureros de los siglos XVII y XVI jugaron en Flandes, en el Rosellon, en Argel y en Fuenterrabía, en Italia y en Sajonia, no sólo sus sueldos y sus alcances de la guerra, sino los productos de sus merodeos y de sus conquistas belicosas. La córte de los Felipes de España y de los Luisés de Francia fueron entre el mundo cortesano régios garitos, á cuyo amparo y con cuyo ejemplo jugaron todas las potestades y clases del Estado.

Nuestros soldados jugaron en el Perú, en 1533, más oro macizo que el que habia en toda España en aquel tiempo. Uno de ellos, el vizcaino Leguizamon, perdió en una noche la gran estatua del sol, de uno de los templos del Cuzco, que le habia tocado en la reparticion del oro; y desde entonces se dice, al referirse á un jugador de alguna talla: «Juega el sol, antes que amanezca!»

Mazarino fué la providencia de los jugadores de Francia, como Enrique IV lo habia sido antes; y en ambas épocas, casi toda la nobleza y la caballería se componia de aristócratas tahures,

que alimentaban la rapiña de un mundo de usuarios.

Á fines del siglo XIV aparecieron los naipes en la corte de Francia; pero los juegos de azar venian entreteniendole á nobles y plebeyos desde los primitivos tiempos. Á medida que los pueblos fueron más bárbaros, el vicio tomó caracteres más horribles, y de los guerreros septentrionales se cuenta que se jugaban la libertad individual y la vida. En la corrupcion griega y romana, el juego dió motivo á los legisladores para que impusieran terribles penas á los viciosos, que en general no pasaron de amenazas, y á los poetas é historiadores para que satirizaran el vicio y para que consignaran los estragos que en aquellos tiempos hacia.

Los soldados de Pilatos jugaron á la suerte la túnica de Jesucristo: «*Et in vestem mean miserunt sortem...*» S. Juan, c. XVIII.

Entre los hallazgos prehistóricos hay objetos simbólicos de incomprendible aplicacion, que pueden tomarse como instrumentos de juego de los hombres trogloditas.

Así es la historia en sus deducciones. Puesta en manos de los criticos, es una arma de dos filos que sirve para atacar y defender á la vez todo linaje de opiniones. La virtud tiene sus bases fijas al través de todos los tiempos, y el vicio tambien.

La humanidad es una moneda con su cara y su cruz; cada cual juzga de ella segun que la mire por el anverso, ó por el reverso; porque en gene-

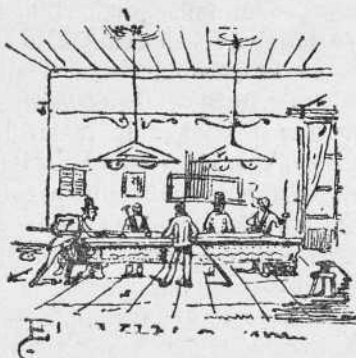
ral no suele haber tiempo ni paciencia suficiente para estudiarla por ambos lados, dado caso que las preocupaciones de escuela ó de partido lo consintieran. Pero tomando la suma de observaciones de dos investigadores opuestos, se deduce: que el hombre siempre ha tenido pasiones, que es por naturaleza bueno, y por necesidad malo, que en la lucha de las necesidades con la naturaleza va triunfando esta al través de los siglos con el perfeccionamiento que le dan la inteligencia y la esperiencia; y que á medida que la razon se impone al temor y á la fantasía, dentro de la nivelacion de condiciones, de derechos y de deberes, la caridad va enseñoreándose de todo el género humano. La caridad eleva el nivel de los desgraciados á la línea del de las gentes honradas, y así como han desaparecido materialmente las cartas y los siervos, así poco á poco han de desaparecer las diferencias del espíritu, y los esclavos de la plebe moral, por medio de la ilustracion universalmente propagada. El tahur, que era un tipo antes abundante en todas las clases sociales, hoy está relegado á determinados pueblos. La difusion de la idea de la dignidad humana, hecha hoy como nunca por la comunicacion de las gentes, y por la propaganda intelectual, ha expuesto á ese tipo á la vergüenza pública, donde quiera que existe. No podrá permanecer mucho tiempo en la picota; y aunque despues se oculte en las tinieblas, los hombres dignos y honrados le perseguirán con su desprecio hasta aniquilarlo.

En el juego, como en todos los vicios y pasiones, la humanidad está cada día ménos rebajada. El hombre de hoy es más poderoso, más sábio, más moral, y por consiguiente más perfecto, que el de ayer.

---

### III.

#### **Corroborando.**



He pedido parecer, en estos ligeros estudios, á un hombre tan ilustrado como docto en los azares de la vida, y en las jornadas del juego; y á renglon tendido, apunto algo de lo más importante que me ha dicho, respecto al vicio y á los viciosos, reproduciendo textualmente sus palabras:

«El juego puede decirse, sin temor de equivocacion, que es el Mentor que guia y dirige los pasos de la inesperta juventud para entregarla á sus hijos menores: el vino, el tabaco, y las mujeres.

El es el que en las horas de buena fortuna hace fáciles costosos placeres, que en otro caso no serian asequibles, y que en los momentos de desgracia hace tambien necesario sumirse en el letárgico estado, que produce el abuso de los demás vicios.

El nos conduce insensiblemente á adquirir hábitos de holganza, porque nada significa para el jugador el producto del trabajo, por lucrativo que sea, si lo compara con los rápidos golpes de la fortuna, y por consecuencia engendra la ociosidad, su esposa y madre de todos los vicios.

El juego es el nivelador de todas las clases sociales, porque en él se olvidan todo rango y posicion social; la categoría no existe, y ni aun la educacion es valla suficiente á establecer separaciones. El hombre honrado que está acometido de tan odiosa pasion tiene su asiento junto al acanallado tahir.

Si el juego no hiciese más que robar á sus adeptos el precioso tiempo que debe dedicar al trabajo y á la práctica de la virtud en beneficio propio y de sus semejantes, sería la más odiosa de todas las pasiones, y el más absurdo de todos los vicios.

Desgraciadamente para el hombre, esta enfermedad, llamémosla así, es inherente á su natura-

leza; empieza por entretenimiento, continúa por hábito, y termina por pasion.....  
 ....Difícil, difícilísimo es marcar la línea divisoria entre el jugador y el aficionado, entre el que siente la pasion, y el que por mera distraccion ocupa horas y horas de que dispone, por falta de mejor ocupacion.

Entre los primeros se destaca el nombre del *takur*, hombre salido con frecuencia de las últimas capas sociales, que con perspicaz inteligencia y falto de todo conocimiento y educacion aspira á una vida regalada, y á obtener las comodidades que disfrutaban aquellos, que por su trabajo ú origen son tenidos por los felices de la tierra. Fácil es conocerle por su aspecto y porte aun fuera del teatro de sus hazañas.

Su aspecto reposado y silencioso; sonrisa que no pasa del extremo de los lábios; mirada oblicua é inquieta; melosa palabra y extremada cortesía. Su exterior es algun tanto descuidado, aunque siempre ostentoso: gruesos brillantes en sortijas y botones de pechera; maciza cadena en el voluminoso relój con dijes de gran precio; camisas bordadas y descotados chalecos que permitan lucirla con todo su ornamento.

Este sér vive generalmente aislado; carece de familia y no conoce el cariñoso consuelo de la amistad; porque receloso por naturaleza y costumbre, rechaza la de sus iguales, que conoce es peligrosa, y es rechazado por las personas honradas de todas categorías; lleva la penitencia en el pecado.

Algunas veces el producto de sus malas artes le constituye una regular fortuna; pero su aislamiento, sus hábitos de holganza, y el desconocimiento de todo negocio, le hace insistir en el vicio que explota, donde á su vez es explotado por otro más afortunado ó diestro que le lanza á su esfera primitiva; desde la que comienza de nuevo la lucha, que por lo general termina por una completa derrota, y por crear un enemigo de mala índole para la sociedad, á la que declara cruda guerra.

El jugador *de pura raza* que forma en fila inmediata con el anterior, es un sér menos criminal, pero más desgraciado.

Vive, tiene y siente para el juego; las ciencias y las artes le son desconocidas; rechaza la familia y todo género de placeres; no tiene necesidades; y aunque se dan casos de espléndidos, son los menos, pues de todos los avaros es el mayor, con la diferencia de que no desea la acumulacion; lo que quiere es que no le falte capital que exponer constantemente para alimentar su pasion.

La ganancia le halaga, porque con ella podrá en lo sucesivo arriesgar mayores sumas y llevar el terror á las partidas que frecuente, y en las que se dá aires de triunfador; la pérdida no le espanta mientras le quede algo que arriesgar; ni en uno ni en otro caso dá valor al dinero, que para él no son más que fichas; porque puesto en el fatal tapete olvida las necesidades de la vida, se embriaga con la ganancia y sufre un verdadero terror al considerar que en caso adverso no po-

drá continuar el juego. Préstamos sobre palabra, sobre joyas, sobre fincas, todo lo acepta, y jugaría su vida y su honra si fuese estimable la primera ó cotizable la segunda. Puesto al tapete, la fiebre, el delirio de la pasion se lee en su mirada, la angustia en su ahogada respiracion y la avidez en sus convulsos movimientos; y si la pérdida le obliga á retirarse, lo hace pensando en la revancha, y en caso favorable, continúa buscando las mismas emociones, hasta que con verdadero sentimiento llega la hora de terminar la sesion.

Este tipo es escaso, como lo es todo lo extraordinario; su porte es descuidado por lo general y desaliñado; es sóbrio de palabras, tranquilo é indiferente á todo suceso; nada le preocupa; los placeres no le distraen, ni ejercen en él su imperio; tiene bastante con su pasion, y cree tiempo perdido todo lo que no se dedique al envite y azar.

En perfecto consorcio con el anterior, marcha el *jugador de tiempo*, á quien es indiferente la clase de juego, sea de habilidad ó suerte; sin quehaceres de ninguna clase, gastada su alma ó impotente para nada útil, haciendo del dia noche y de la noche dia, sin empeñarse en golpes que le puedan arruinar, y privarle de proseguir en la marcha trazada; como la ostra pegada á la roca lo está él al tapete; hace un verdadero estudio del que nada saca en limpio para lo sucesivo, por más que crea que las ganancias son producto de su inteligencia, y las pérdidas resultado de su negra fortuna.



De la familia de este sale el *cuco*, que tiene el vicio tan arraigado como los dos anteriores, y sus puntas y contacto con el primero.

Arriesga poco, y á ser posible con ventaja, dá *fragatas* á los puntos afortunados, hace la *oreja* al banquero en los dias de bonanza; este lleva monedas extranjeras que le dejan alguna pequeña utilidad; olvida los préstamos que le hizo algun compañero ganancioso, lleva una pequeñísima parte en banca con los que reparten en la proporcion establecida las utilidades, y no reclaman las pérdidas, para los que tiene la atencion de conservar el mejor asiento, ó pedir *as* al echarlo para tallar la banca; toma refrescos, dulces ó cigarros cuando por cualquiera motivo se llevan á la partida, de la que es un verdadero parásito. Si á este tipo le hacemos bajar un escalon más, se convierte en tahir sin corazon ni valentía, y su ocupacion será aprovechar descuidos, saquear con molestas peticiones á los jugadores y *levantar muertos* de los descuidados.

El jugador de *suerte*, que sin pararse en cálculos, acostumbrado á la ganancia, nada le detiene, abusando de los favores que le concede la fortuna, que dobla, triplica y centuplica su dinero, y continúa en la misma forma, desafiando repetidísimamente al azar, es el que hace mayores utilidades, exponiendo menos capital; es insaciable, y para estar contento necesitaria arruinar á todos los que le rodean. A este se refiere el caso siguiente, tan celebrado: habia concluido ya una vez con su dinero, y gustándole una de las cartas

que estaban sobre el tapete, dirigió una mirada en derredor, buscando quien le prestase algo, y no encontrándolo, dirigió una mirada al suelo, donde vió una, al parecer peseta, y exclamó sin detenerse: ¡una peseta al caballo! bajándose para cojerla; pero, ¡oh dolor! lo que él creyó moneda era una saliva; y cuando avergonzado iba á retirar su postura, el banquero le dió otra peseta que habia ganado, con la que se dice, hizo una gran pacotilla; y desde entonces, quedó como axioma de jugadores que: para ganar basta una saliva.

Tambien hay jugadores en las clases trabajadoras de todas especies, que, sin desatender sus negocios, acuden constantemente á distraer los ratos que aquellos les dejan, y que ligados al resto de la sociedad por vínculos estrechos, procuran mantenerse en los prudentes límites que la sana razon aconseja, y que rara vez traspasan.

Este jugador no tiene tipos, ó por mejor decir, tiene todos los de las personas que forman el grupo; en él está el jugador supersticioso que no juega en determinados dias; el que no apunta á banquero bizco ó cojo; el que se pone determinado chaleco con el que cree segura la ganancia; el que procura jugar con botas que le aprieten; el que nunca se sienta aunque le rinda lá fatiga; unos que no juegan más que con luz artificial; otros que cuentan los pasos que dieron al entrar; otros que se retiran si entraron con el pié izquierdo, y en fin, mil ridiculeces increíbles en proporcion de juicio y formalidad.

En él está el jugador calmoso que pasa dos horas para arriesgar una postura; el que aprovecha cuantos lances presenta el juego; el ostentoso que procura causar efecto con deslumbrantes y atrevidos golpes; el que no teniendo más deseo que el de crecida ganancia, todo lo compromete á una sola suerte; el tímido que siempre cree excederse, y con especialidad cuando gana por temor de ver variar su suerte, y que todo lo compromete en caso de pérdida, para reponerse de una sola vez; los jugadores de determinadas combinaciones de *saltos* y *martingalas* y otros.

En este inmenso grupo figura la mujer, aunque felizmente en cortísimo número.

La mujer, con gran sentido económico, no se atreve casi nunca á comprometer el bien que posee, por temor, y porque con claro criterio conoce que recaería sobre ella un estigma que la rebajaría á los ojos de sus adoradores; menos avara que el hombre, posee tambien mayor resignacion en sus desgracias, y la que quiere salir de su estado, lo hace por otra puerta más segura.

Es cierto que existen algunas jugadoras entre las mujeres opulentas, ó entre aquellas en que la virtud no conserva ni un solo recuerdo, y entonces el vicio toma el aspecto más degradante; obsérvanse en ellas la más sórdida avaricia, el más desenfrenado apetito, la más maligna sonrisa en los lábios cuando ganan, y la imprecacion más asquerosa cuando pierden, y por remate, la perdicion más vergonzosa en todos los casos, producida por el trato constante y libre con

los hombres, y por la facilidad de la adquisición en sus derrotas, de una miserable recompensa que la preste ligero lenitivo á sus despreciables penas.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Las casas de juego de envite y azar, ocupan los puntos más céntricos de las poblaciones, y para menor molestia, los pisos entresuelos ó principales, en los que la distribución, por regla general, es la siguiente:

Cuarto del conserje, donde éste, con alguno de los encargados del servicio y con los más tro-nados de la partida, hacen guardia para recibir los iniciados y dar aviso en caso de sorpresa de la autoridad; guarda-ropa, en que, por una tar-jeta que se recibe, queda garantida la prenda que se deja; gabinete de lectura con periódicos políticos é ilustrados, que nadie lee; y por últi-mo, dos ó tres salones donde tienen su asiento las mesas de monte, treinta y cuarenta y ruleta.

Su decoracion, sencilla, aunque costosa, no brilla nunca por su aseo; empolvados muebles, ahumadas paredes y entablados pavimentos, sem-brados de naipes, cubiertas de éstos y puntas de cigarros. El alumbrado, reconcentrado sobre las mesas, deja en semi-oscuridad el resto de la ha-bitacion, en la que se destacan en penumbra los concurrentes.

Un silencio profundo, interrumpido por in-tervalos por la voz de los banqueros, el ruido de las bolitas de la ruleta, el vibrante y metálico

sonido del dinero, y algun lamento ó imprecacion de los jugadores, dá al cuadro un aspecto sombrío, que hiela la sangre del neófito ó del curioso, entre aquella espesa atmósfera donde, como en el infierno del Dante, se agitan las más extrañas figuras, en las que se retrata la envidia, la avidez, el despecho, la extremada alegría y la más profunda pena.

Una multitud, apiñada en dos ó tres filas, espera á que la suerte decida la suya, y entonces domina la ansiedad, se corta la respiracion. la mirada de todos se fija como dardo en un solo punto, y solo Dios sabe lo que pasa en aquel momento en aquellas almas.

Salió el naipe fatal ó el dado ó la bola determinó la fortuna ó desgracia de los jugadores, y entonces, la mirada cambia de sitio, el pulmon recobra con fuerza la suspendida respiracion, se calma la ansiedad, y multitud de manos se extienden, muchas veces trémulas por la emocion pasada, para recoger el oro con que le favorece la fortuna y que han de comprometer en el siguiente momento.

Las filas se aclaran, saliendo de ellas los que creen hecha su jugada, y tambien por los que no tienen ya que jugar; y otros nuevos vienen á engrosarlas, cubriendo los claros que causó el último golpe.

Esta situacion dura diez ó doce horas todos los dias, repítense las mismas ó análogas escenas, que se reproducen en los sucesivos dias, meses y años.

Algunas veces los jugadores cambian el juego, siempre buscando el de mayor rapidez para reparar sus pérdidas brevemente, hasta que, desesperanzados por la falta de dinero, salen jurando no volver más; y efectivamente, no vuelven hasta otro día, en caso de que en el mismo no encuentren medios de hacerlo.

El personal de servicio de estas casas está compuesto de antiguos jugadores arruinados muchas veces en ellas; y si los que allí concurren se fijasen en esto, bastaría para que las abandonasen con espanto.

Cuando estas casas son de primer orden, acuden á ellas los tahures de profesion y juegan *honradamente* el producto de lo que robaron á los incautos, que acuden á lo que se llama *encerronas*.

Las encerronas son casas de juego, verdaderos garitos, que con la misma forma que las anteriores, y sola la diferencia de que los puntos son figurados, y se llaman *gurupies*, y el que lleva la banca *mataor*.

Estas casas tienen siempre un personal en movimiento que se llama de *ganchos*, que son los que, recorriendo constantemente calles, paseos, fondas y cafés, atraen á incautos y aburridos á sus madrigueras, donde son desplumados miserablemente. El gancho recibe una gratificación proporcional al producto de la estafa.

Las clases inferiores ó ménos acomodadas tienen sus casas, que se designan con el nombre de *partidas de cuartos*, en las que, como el nom-

bre indica, se admite calderilla; y así como desciende la moneda, descienden el jugador y el teatro de sus hazañas; en él se presenta el vicio en toda su desnudez y la miseria con todos sus horrores; huellas del insomnio, del alcohol, de asquerosas enfermedades y del hambre, han marcado profundos surcos en aquellas fisonomías, que dejan ver lo bajo de las pasiones que les dominan; el lenguaje es siempre soez; el juramento lanzado por broncas voces no tiene cabida en ningún diccionario, y con furiosos puñetazos hacen temblar las mesas en que juegan.

Frecuentes los altercados, empiezan por groseros insultos y terminan por sangrientas luchas.

Alguna vez, y cuando la partida está más concurrida y se atraviesa más dinero, uno ó más de los valientes que cobran *barato*, *arroja el negro*, es decir, apagan las luces, cojen el dinero, salen bastones, garrotes y navajas, y entre las tinieblas y el desórden se oye el quejido de alguna víctima. Acude la policía, nunca tan á tiempo que pueda evitar el crimen, y muchas veces lo bastante tarde para que hayan huido los autores; cuando intervienen pronto, dan con reos y víctimas, en el patio de la cárcel los primeros, y en las casas de socorro los últimos.

En algunas capitales hay casas denominadas de *cucas*, á las que concurren las mujeres que las dan ese nombre.

Escusado es decir quiénes son ellas, y si este es su único vicio.

Mujeres degradadas, á quienes la sociedad rechaza, buscan en ellas el pan que no quieren ó no pueden adquirir por medios más honrosos, y que á semejanza del *cuco* ya descrito, le llevan la ventaja de sus marchitos atractivos, con los que reparan su mala suerte, siendo el premio del jugador afortunado. Acompañando á estas y haciendo el comercio de la prostitucion ajena, van algunas viejas de repugnante exterior y podrido corazon.

Existen casas de juego exclusivamente para mujeres donde se reune la hez de la última escala social; allí todo es inmundo; el local, el moviliario, los naipēs, y más inmunda aún la concurrencia.

Mas abandonemos este antro fétido: dos cosas he visto durante mi vida, cuyo recuerdo me espantan, y no puedo desechar de la memoria: una de estas zahurdas, y la sala de imbéciles de un manicomio; en la una ví la degradacion moral con todos sus repugnantes horrores; en la otra la abyeccion fisica producida por la carencia de todo sentimiento humano; en la primera el ser más hermoso de la creacion, agitándose entre la impureza y el desenfreno de las pasiones; en la segunda el sér desprovisto de todo conocimiento, arrastrando la más asquerosa de las existencias. . . . .

Son curiosos los detalles relativos al *monte ó banca*.—En este juego se emplean cuarenta naipes; es decir, todos, escepto los ochos y nueves.—Uno de los jugadores lleva la baraja y se llama el *banquero* y los demás *puntos*.



El primero, despues de barajar y hacer que corten, saca dos cartas por debajo, que se llaman *albur*, y otras dos de encima que se llaman *gallo*; los puntos eligen y juegan una carta de cada jugada contra la otra, y tambien se juega una del gallo y otra del albur, ó el albur contra el gallo, y se llaman primeras ó arriba y abajo. Hay quien juega tres contra la otra, ó vice-versa, que se llama *martin-gala*.—Con la carta que ganó se tira una jugada que se llama *entrés*; y si se volviese á ganar en la misma, una tercera que se llama *elijan*.

Parece imposible el partido que los aficionados han sacado de juego tan sencillo, y las múltiples combinaciones que hacen los que dicen llevan juego, al que dan caprichosos nombres: como, mayores, menores, lados, cruces, brazos, judías y contras, muchachos, vizcarrondas y contravizcas, pintas y puntos, segun salen blancas ó figuras, nones y pares, ya de su suma, y de su color, etc., etc...

En la banca se paga uno por uno, excepto cuando se juega con puerta, en la que el banquero no paga más que dos terceras partes de lo puesto por el punto: se llama en *puerta* la primera carta que viene despues de hecho juego.

Infinito es el número de trampas que emplean los tahures en este juego, siendo las más notables: el *salto*, que consiste en quitar la carta que viene, y el *pego*, que es arrastrarle con la que está la primera, y tirar variedad de pegadas, ya

combinadas de antemano que llaman *cuartetas*, *quince*s, *veinticinco*s y otras.

Tambien preparan de antemano barajas para cuando son puntos, ya que llaman de *vista*, ó ya doblando ligeramente las puntas de las cartas, lo que llaman *banderillas*; ya quedándose con algun náipe al corte, ó ya por otros muchos medios tan reprobados como los anteriores. . . .

..... Si no es fácil señalar el límite entre el jugador y el aficionado, es tambieu difícil marcar los juegos que constituyen el vicio y los que solo sirven de pasatiempo.

En los primeros el dinero lo es todo, y el placer crece, á medida que aumenta la habilidad y destreza que demandan y de la mejor defensa que ofrecia en sus cálculos, entrando por lo menos la suma jugada.

De esto resulta como consecuencia, que los de monte, ruleta, bacarrá, dados, etc., en que el cálculo y la habilidad no existen, que no tienen más incentivo que la suma expuesta, y que su rapidez es vertiginosa y la suerte ciega, están comprendidos entre los de puro vicio; y que los de tablero, como ajedrez, damas, asalto y billar entre otros, en que la habilidad y cálculo lo es todo, y poco ó nada la cantidad jugada, son de puro entretenimiento.

Como intermedio de estos, y en los que entra la combinacion, y cuyos límites no se pueden deslindar, están los que se llaman carteados y algunos de envite como el tresillo, sólo, ecarté y gol-

fo en que entra por tanto la casualidad como la inteligencia; en estos, cuando el aficionado pasa á ser apasionado; cuando se adquiere este hábito como verdadera ocupacion, abandonando las legítimas, y comprometiendo mayores cantidades de las que pudieran perderse en menoscabo de la propia fortuna, y destruyendo el bienestar de la familia, todos deben calificarse entre los vicios, y en caso opuesto como de entretenimiento.

Jamás será loable que el hombre dirija su actividad por extraviadas sendas; pero si consideramos que un trabajo constante agotaría las fuerzas de la inteligencia, y que el que á él se consagra necesita vigorizarla con la distraccion y el reposo, olvidando por algunas horas sus negocios, sus estudios ó su material ocupacion, con vendremos que el juego es una, si no de las mejores, por lo menos una de las distracciones, y que no porque algunos se dejen llevar de sus pasiones desenfrenadas, y de sus malos instintos, el resto de los hombres, y casi en la totalidad, se debe privar de un placer, que tiene como los demás un término infranqueable, si han de conseguir ese aprecio de sus semejantes á que todos aspiramos en la vida social.

Conocido el tahir y el vicio, caiga sobre ellos el anatema de todos, pero no sobre el que alguna vez distrae sus ócios buscando un placer que en nada perjudica su reputacion, ni amengua su fortuna legítimamente adquirida; y de la que puede disponer con toda libertad.

A los que á esto califican de vicio por sus se-

veras costumbres ó desgraciadamente por hipocresía, dejémosles en su manía de declama, contra esta distraccion, como lo hacen contra todo lo que es expansion del ánimo, y permitámosles rendir culto á escondidas, á lo que otros hacen á la luz del dia.

En prueba de esto, ¿podrá calificarse de jugador al que fatigado por largas horas de trabajo y estudio, trata de desentumecer sus miembros en una distraida partida de billar, ó desimpresionar su cansada imaginacion con el modesto tresillo?

¿Podrá calificarse de vicioso al honrado obrero que tras penosa semana de perpétua sujecion y trabajo, respirando el aire puro del campo, empuña habilidosa partida de pelota, marro ó tejo?

Nó: ó por lo menos tales en mi pobre opinion: el juego en estos casos y en otros análogos, satisface una necesidad natural, de la misma manera que mil otras distracciones, el paseo, el baile y el teatro, que si bien más cultas en sus formas y mucho más amenas é instructivas en el fondo, no satisface la necesidad de todos, porque la opinion de gentes es tan variable en este punto como en los demás, y como lo es el criterio universal.

Por lo tanto, rechazo y creo digno de castigo al que del juego hace una profesion; acepto el vicio con pena, como una de las muchas enfermedades sociales, cuando constituye un hábito, y contemplo con gusto cuando sirve de pasatiempo y grato solaz, á los que no se dejan arrastrar ni poco ni mucho en la senda en que algunos se extravían...»

Hasta aquí mi amigo. A sus curiosos datos no he de añadir una sola palabra; y como no son estos capítulos cartilla ni manual de aficionados, suprimo la descripción y tecnología de los diversos juegos, así de fortuna, como de maestría y de pasatiempo.

#### IV.

#### **El juego y la salud.**

Se formaban y se forman los atletas y los hombres ágiles y robustos en el ejercicio de los juegos corporales; los que aún se usan en muchos pueblos, son utilísimos para la juventud; y sabido es de sobra, que el billar mismo, en los salones, está recomendado á cuantas personas pasan horas y horas con la pluma en la mano en su bufete ú oficina. Todo eso es cooperar poderosamente al sostenimiento de la salud; pero no así el ejercicio del juego de azar, en el vicioso. Aquí el atleta es la pasión que crece en potencia cada día, para ir aniquilando al individuo; aquí, desde la juventud, empieza el trabajo de destrucción, y lejos de esparcir y recrear el ánimo del aficionado, aumentase progresivamente la congestión de su trabajado cerebro.

No hay pasión, ni bebida, ni escitante alguno comparable con el escitante que anima al jugador á proseguir la suerte, y no hay tampoco emociones más profundas por lo continuadas, incesan-

tes é inesperadas que esas que siente el hombre incapaz de sentir nada por su familia, por su conciencia y por su porvenir. El cerebro es un ovillo enredado en el laberinto de la suerte, que tiene cuarenta senderos, por los cuales corren á su antojo, sin poder salir jamás de ellos las cuarenta cartas. Ninguna otra diversion escita aquel centro nervioso, que subyuga á su capricho á todos los demás órganos importantes de la vida. La escitacion moral que el jugador sufre cuando juega y cuando no juega, enferma toda su economía desde que el vicio está arraigado.

Detrás de la comida viene la sesion del monte. Todo el mundo sabe que la accion químico-mecánica de la digestion, necesita gran cantidad de calor para verificarse con regularidad, porque sabiamente la naturaleza, hace que el calor, puro movimiento, acuda con su poderosa ayuda á todo órgano que funciona de período en período; y que unos centros á otros en nuestro cuerpo, se ceden mutuamente ese calor mientras descansan. El aparato compensador del digestivo, es el nervioso en su masa central; así es que por instinto, mientras el estómago funciona, el cerebro reposa. Los trabajos y escitaciones intelectuales despues de comer, roban actividad, calor á la digestion, y esta se hace de un modo anormal, á costa de los elementos orgánicos del estómago. Todos los que incesantemente trabajan durante la digestion, mueren jóvenes; el órgano principal se ulcera. La historia está llena de estos ejemplos. El trabajo material no daña tanto, y sin embar-

go, aún á los obreros se les concede una hora de reposo despues de la comida.

Pues bien, si la actividad cerebral debe ceder casi toda su potencia á la digestiva, si causan inmenso daño la lectura, la escritura, el estudio y las discusiones insistentes, ¿qué destrozo no hará en el estómago del jugador la tension terrible y extraordinaria de los nervios y de la masa cerebral, durante este período? Parece que nó, y sin embargo, ante el tapete verde que cubre las mesas despues del postre, se inician incurables gastralgias, radicales anemias digestivas, y úlceras y lesiones mortales.

El juego tiene el poder de cambiar hasta las manifestaciones del temperamento de una persona, por la constante accion de los nervios, que determinan los abcesos biliosos, por las excitaciones de esa víscera, madre de las irritaciones, del mal humor y de la melancolía: el hígado.

Y en lucha con el aparato digestivo está el cerebro. En el cerebro del jugador hay un calvario incesante, un martirio cruel y eterno. Busca el oro y no le dá valor; anhela miles y miles de monedas y las arroja todas de una vez al albur de una carta; come, y piensa en la jugada, duerme y sueña en la afortunada partida, conversa con sus amigos, y no habla más que de las peripecias del último envite.

Ante la mesa de juego, el cerebro hierve y rebota contra la bóveda del cráneo. Si practicando una ancha incision en la cabeza pudiera contemplarse la masa cerebral, como se contempla en

algunos casos clínicos, espantaría el movimiento de palpitation de los cerebros de los jugadores. Como tierra removida por el fuego interno que se alza y tiembla en horribles sacudimientos, así vibra el asiento del alma de esos hombres, removido por el fuego de una pasión-demencia. Un centro nervioso alterado es un centro enfermo. Los jugadores no están en su sano juicio. Y así se explica que os cuenten en todas las ciudades que el Sr. A... consiente cínicamente en que abusen del honor de su mujer y de sus hijas, por sostener el vicio de jugar; que el Sr. B... tenga muertos de hambre á sus hijos; que G... haya amenazado á su padre con asesinarle si no le dá dinero; que E... haya arruinado su casa y deba á todo el mundo, cambiándose en poco tiempo de caballero en pordiosero; que H... se ha levantado la tapa de los sesos, y que N... sea considerado como un bandido, á quien nadie saluda, porque se ha enriquecido á costa de un centenar de viciosos como-él. Todos estos son casos patológicos del espíritu.

Ante el culto de la suerte desaparecen todos los demás. El jugador es el incrédulo de peor especie. Duda de Dios y ¡además se olvida de sí mismo, de su esposa y de sus hijos!

Es la cabeza la que se agita sin cesar, discurrendo; pero es el corazón el que resulta directamente lesionado por la sostenida lucha de los sentimientos. Hay en él alegrías infinitas, inesperadas, cuando la suerte le sonríe, y hay profundos desengaños, negras ideas, tristeza inmen-



sa, cuando, mordiéndose los labios y clavando sus uñas en el pecho, quiere ahogar la voz de la desesperacion y los latidos del infortunio al ver desaparecer, con satánica insistencia, su dinero. El corazon es el receptor de todas las sacudidas nerviosas que se inician en el cerebro, para transformarlas en sentimiento. Por muy bien tejido que esté en sus robustas fibras, por muy bien acorazado que se encuentre por la edad y la resistencia de la organizacion, no puede soportar el continuado martilleo de las sensaciones extremas; el compás de sus movimientos se altera, la elasticidad cede, el aneurisma latente se inicia, y desde ese momento la muerte está pendiente sobre la cabeza del jugador. En la relacion íntima entre el cerebro y el corazon, á cada sacudimiento nervioso corresponde una accion reflexiva en el centro circulatorio; y á la fiebre constante de la cabeza, un desarrollo colosal de trabajo en el gran órgano pectoral.

Yo os presento, pues, al hombre lesionado de gravedad en el estómago ó en el corazon; sin fé y sin cariño, pobre y entregado á los vicios, que al fin y al cabo forman el siniestro cortejo del juego; decidme si hay un sér más desgraciado en el mundo. Del jugador que ha ido á la cárcel y al presidio, y que allí, ignorado, sufre vergonzosa condena, no hay que hacer mencion. El mundo no le vé; la víctima y el verdugo batallan lejos de nuestros ojos. Pero ese desgraciado que os presento es el padre de familia que vive entre nosotros, un caballero, al cual no se le pue-

de, ni aún en confianza, decir una palabra. Con ese hablo. Y quisiera lanzarle una queja final: él se ha perdido, pero esto no le basta; en pos de sí lleva á la mesa del crimen una trahilla de jóvenes, en quienes aún no apunta el bozo, que apenas han concluido sus carreras, y que en vez de embriagarse en el estudio y en el honor que produce el acrecentamiento de los propios méritos, han olido la suerte sobre el tapete verde, y le siguen entusiasmados á practicar el asqueroso aprendizaje del vicio. Es el tigre seguido de sus cachorros. Como aún es caballero, aún tendrá un poco de vergüenza; y ¡no le ahoga esta vergüenza cuando se sientan á su lado á jugar con él, una turba de chiquillos! ¡Y no siente todo lo sangriento del vicio cuando contempla que cada joven de esos es un nuevo brazo del insaciable pólipó, destinado á hundir una familia! Como enfermedad, el juego es un contagio. ¡Cuántos pueblos, que al parecer gozan de cabal salud, están interiormente minados por el cólera-morbo de la avaricia de los jugadores!

## V.

### **Una página alegre.**

De un libro que está escribiendo mi fraile capuchino, el de las sentencias latinas contra los bebedores, intitulado, segun dice él, *La critica futura*, tomo los siguientes párrafos, concentra-

dos en microscópica letra en la pág. 915 y en el capítulo XLII, que lleva este epígrafe: «Los cultos de España en 1867.»

«Hácesele creer á este pueblo que no tiene más que un solo culto; y créesele el muy rústico, porque nunca discurrió cabeza poco educada y dura más que lo que llegó á decirle cualquiera otra, que se le puso por delante, empinada en una cátedra.

Aquí se cree que no hay más fé que la romana, y á cada paso le sale á uno en cada esquina un nuevo dios, con su altar y todo. Ahora mismo estoy viendo desde mi celda dos cartelones pegados en las paredes laterales de la puerta de mi vecino de enfrente. Dice en el uno, con letras de á palmo, y al pié del escudo español: *Lotería nacional*; y reza el otro, debajo de las armas de la ciudad: *Gran corrida de toros*. ¡Este es mi pueblo, sí! Esta es la España de hoy, cinco de Mayo de mil ochocientos sesenta y seis, liberal y religiosa.

La lotería es el culto de la suerte. Los toros son el culto que se rinde á las preocupaciones y á las bárbaras costumbres del pueblo.

Cuando nuestros descendientes juzguen la manera de ser de la época actual, dirán de seguro: «Estaban muy arraigadas en aquel tiempo algunas prácticas indignas de una generacion que se llamaba civilizada, las cuales contribuian no poco á que aumentara la resistencia que el pueblo español ofrecia á entrar de lleno en la vida del progreso, que ya para entonces era una verdad en otras naciones.

Pueblo niño, el pueblo español, vivía satisfecho con que halagaran sus pasiones. Creía muy de veras en la fortuna que se viene por el aire, en la predestinación ruin hasta para los actos más triviales de la vida; y se distraía en las plazas ante el asqueroso destrozo de centenares de caballos cuyas entrañas hechas pedazos salpicaban el aire y el suelo con la sangre; y ante la vida de los diestros puesta en constante peligro, algunas veces hundida de una cornada en presencia de miles de personas, que de fieras escitadoras del toro y de los toreros, se cambiaban entonces en llorosas y compungidas.

Sin fé en su trabajo, tenía la suerte; y los gobiernos mismos alentaban y sostenían el culto del dios casualidad, haciendo de la lotería un juego *nacional*! Se hubiera castigado al que pretendiese establecer la libertad de las creencias, y sin embargo, la mayoría del país creía en el profano mito de la fortuna sorteada. Y no solo creía en él, sino que destinaba el producto de los ahorros de su trabajo, el dinero que había de dedicar á satisfacer sus necesidades, y hasta el valor de sus vendidas alhajas, á sostener esa creencia. Y tal idea tenía de la justicia del cielo, que imploraba de rodillas su mediación, para que le tocara un premio considerable.

Jamás se pagó tan caro el placer de vivir en la esperanza ocho ó quince días. En la manera de elegir los números de la lotería, en la elección del momento de adquirirlo, en la condición de la persona que había de comprarlo, en la eficacia de

guardarlo sin mirarlo hasta que apareciese la lista, en las casualidades de la repartición de un décimo, en el día que se tomaba, en la situación de ánimo y de trabajo del jugador, en todos estos y en otros muchos detalles estaba fundada una fé supersticiosa tan ridícula, que comprendía lo mismo al grupo de menestrales de una vecindad que tomaba un décimo para quince personas, que al aristócrata comerciante ó magistrado, que guardaba un billete entero en su cartera.

Prohibían los gobiernos las timbas y garitos, y eran ellos los banqueros de este monte nacional, con escusa de que el vicio autorizado constituía una fuente de seguras y grandes ganancias para el Erario, como si la banca particular no lo fuera también para el jugador de profesión. Los premios que se repartían en las poblaciones eran ejemplos tentadores que incitaban á pobres y ricos; y á había miles de familias que en vez de constituir modestos fondos para sus atenciones domésticas, derrochaban sus pequeñas sobras en la administración, persiguiendo una fortuna, que siempre les volvía las espaldas.

El culto á la casualidad, síntoma evidente del positivismo público, llegaba á la idolatría. El gobierno era su pontífice máximo. En cambio, jamás distribuía beneficios ni recompensas á los que más se distinguían en el trabajo. Así como el espíritu era tributario de la supersticiosa fé en la suerte, la vida material, las comodidades y los adelantos se nos imponían desde el extranjero.

Además del culto á la suerte habia el culto á la rutina. (En la jurisdiccion de un arciprestazgo, una poblacion de cinco parroquias, no quiso tener estacion sobre la via férrea, que pasa á doscientos metros de ella; y un rico propietario que trajo para su finca máquinas agrícolas, por valor de diez mil duros, tuvo que venderlas por hierro viejo, ante la oposicion ruda del país, que se negó á ayudarle.) (1)

El culto á las prácticas bárbaras, á la educacion torcida que les legaron sus mayores, tambien tenia el sello de doctrina nacional. Corriáanse novillos en las plazas de las villas y aldeas, donde á la vista de un pueblo, bien comido y bien bebido, eran conducidos á las casas de curacion, mortalmente heridos, algunos vecinos.

El instinto sanguinario de herir, atormentar y matar á los animales no era patrimonio exclusivo de los diestros, sino que alcanzaba en todos los pueblos á la juventud artesana, que en las novilladas acudia en masa á exponerse ante los cuernos. El que hacia propaganda contra los juegos feroces de las corridas de toros y vacas, era considerado como un ente raro é hipócrita; y si el gobierno se hubiera atrevido á suprimirlos, la inmensa mayoría de los españoles se hubieran levantado como un solo torero, á pedir una satisfaccion por semejante atentado á su fé y á su dignidad.

---

(1) Pueden citarse los nombres del pueblo y del propietario.

¡Curiosos tiempos aquellos, en que la civilización había traído ya á nuestra patria los grandes adelantos materiales, y las grandes ideas, y en que cerrada la puerta á toda innovacion en las creencias, el pueblo y los gobiernos sostenian tan groseros cultos: el de la casualidad y el de la lucha con las fieras!

Perseguíase el vicio del juego, y repetian los jugadores: «Si el guardian juega á los naipes, ¿qué harán los frailes?»

Se negaba á la razon la entrada en los dominios de la conciencia, y se esperaba todo del fatalismo de la suerte.

Se predicaba el amor al trabajo, y se enseñaba el camino de la holgazanería, y el desprecio de la personalidad.

Aquella generacion ante este dilema: «O el premio gordo ó el hospital», no veía para sus últimos años ese bienestar que dá la convicción del propio valor, utilizándolo por medio del trabajo: fiábalo todo á la suerte y á la *vita bona* y creía en el absurdo pesimismo, de que no hemos venido á la tierra más que á sufrir y á padecer. Cerrados los ojos á la luz de la posible perfectividad, dormitaba dulcemente mientras otros pueblos se hacian grandes, poderosos y felices.»

---

